

Lo que la verdad esconde

Manantial Words



*Lo que la  
VERDAD ESCONDE*

MANANTIAL WORDS

## Capítulo 1

Una limusina negra llegó a la puerta exterior de la casa de Melissa Talso. El conductor esperó a que las puertas se abrieran para acceder a la propiedad. Todavía era de día, pero faltaban escasos quince minutos para la puesta de sol. El color del cielo era precioso, los tonos rojizos teñían las escasas nubes que surcaban el firmamento. El vehículo estacionó delante de la puerta principal de la vivienda. Antes de que el conductor apagara el motor del vehículo, Germán ya había abierto la puerta.

—Sergio, no es necesario que bajes. Yo mismo puedo abrir mi propia puerta.

Germán salió del coche antes de esperar la respuesta de su chófer y se dirigió a la puerta de la casa. Tocó el timbre y en escasos diez segundos la asistente de su novia abrió la puerta.

—Buenas tardes, señor —le saludó la mujer con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes. ¿Está Melissa? —La mujer asintió mientras Germán entraba—. ¿Melissa? ¿Estás ya preparada, cielo? —preguntó el apuesto hombre desde el centro del hall.

—Estoy en el salón, Germán —le contestó ella.

Germán era alto, medía un metro noventa. Tenía el pelo corto y ondulado, castaño claro, casi rubio. Sus ojos azul cobalto se escondían tras unas tupidas y largas pestañas. Sus andares demostraban seguridad. Era un hombre muy guapo y él lo sabía y lo aprovechaba.

—¿Estás enferma, cielo? —le preguntó él al entrar en el salón y verla echada en el sofá tapada con una manta hasta el cuello.

—Si. Siento no haberte llamado antes para informarte de mi estado. Me acosté aquí en el sofá para ver la televisión y me quedé dormida —le contestó ella medio somnolienta todavía.

—No pasa nada, cariño. —El hombre la cogió los pies, se sentó en el sofá al lado de ella y los reposó sobre sus piernas—. ¡Tienes fiebre! —comentó tras comprobar la temperatura de la mujer en frente y labios—. Llamaré a un médico para que te examine —añadió mientras sacaba el móvil de su abrigo y comenzaba a marcar un número de teléfono.

—No, Germán, por favor. No hace falta que llames a ningún médico —le dijo ella mientras le quitaba el móvil de la mano antes de que pudiera hacer la llamada—. Solo tengo una simple gripe. Con un par de días en la

cama, calentita, me curaré. No es necesario molestar a nadie por una simple gripe.

—Bueno, entonces llamaré a mi representante y le diré que no voy a asistir al estreno de la serie —le contestó él mientras intentaba recuperar de nuevo su teléfono de las manos de su chica.

—Germán, por favor —respondió ella sin permitirle recuperar su celular—. No puedes perderte el estreno, eres el protagonista. ¿Qué pensaría la gente de tu ausencia? Tienes que asistir, es un día muy importante para ti. Lo único que agrava mi enfermedad, es no estar contigo ahí para quitarte de encima al montón de mujeres que se te tirarán al cuello nada más verte. Eres tan guapo que eres un imán para las féminas.

Germán se rió con ganas.

—Pueden tirárase un montón de mujeres al cuello, si es lo que quieren. Pero yo solo tengo ojos para ti, Melissa y lo sabes. Tu me robaste el corazón y eso no cambiará.

El hombre intentó finalizar la frase inclinándose sobre su chica para besarla.

—¡Shhh, shhh, shhh! No, no, no. —En el último momento Melissa consiguió intercalar una de sus manos entre su boca y la de su chico—. No vas a conseguir que te contagie, si es lo que estás buscando. —Germán la miró con tristeza. Lo que más deseaba en aquel momento era besarla y se lo había impedido—. ¡Ale, ale! Tienes al pobre chófer esperándote ahí fuera. No te hagas de rogar. ¡Venga, venga! No hagas esperar a tus ansiosas fans. Ellas necesitan verte para saciar sus fantasías mas eróticas.

—¿Tu ya has saciado las tuyas? —le preguntó de forma pícara.

—¿Quieres que te sea sincera? —Germán asintió a modo de contestación mientras la miraba fijamente a los ojos—. No. El verte ahí sentado a mi lado, tan guapo, tan perfecto y yo así de horrible. —Melissa señaló su pelo arremolinado.

—Tu estás preciosa aunque vayas vestida con un saco y hayas metido los dedos en el enchufe.

—Si, claro. Bueno a lo que iba, la cuestión es que en lugar de saciar mis fantasías, las has avivado aún más. —Melissa humedeció sus labios—. Azugas mis instintos mas primarios de una forma que nadie lo había hecho antes. A veces me cuesta controlarme y eso me preocupa. Yo siempre he

sido muy acometida, pero tu presencia me desinhibe.

—Con esas palabras haces que mi determinación de abandonarte aquí se quebrante. La verdad es que si por mi fuera, me quedaría aquí contigo haciendo de enfermero para ti —agregó el hombre con picardía en sus ojos—. Tengo una idea. ¿Qué te parece si tras la fiesta del estreno de la serie vengo a dormir aquí?

—¿A dormir aquí? La fiesta terminará tardísimo. Para cuando llegues, me encontraré ya en mi tercer sueño. Será mejor que vengas mañana aunque estés un poco resacosillo. Así jugaremos al mismo nivel. —Melissa le sonrió.

—No vas a conseguir que cambie de opinión, Melissa. Prefiero venir a dormir hoy aquí para así mañana poder cuidarte como una reina, como tu te mereces. —ambos se miraron cariñosamente—. Bueno cariño —agregó mirando su reloj—, creo que es hora de que me vaya si quiero llegar a tiempo al estreno. —Germán besó su dedo índice y lo puso sobre los labios de Melissa—. Te quiero, Melissa. Hoy es uno de los días más importantes de mi vida pero está algo empañado por que tú no puedes acompañarme.

—Yo también te quiero, German —le contestó ella tras besar el dedo de su novio—. Siento no poder acompañarte hoy al estreno. Pero te prometo que el próximo no me lo perderé por nada del mundo. Te compensaré, te lo prometo.

El hombre se levantó del sofá.

—Ya creo que me compensarás. Hoy pensaba ir acompañado por la mujer más espectacular del planeta. Me hubieras ayudado desviando algún que otro objetivo de mi persona. En cambio ahora, todas las cámaras se posarán sobre el todavía soltero más codiciado del momento sin saber que ya estoy pillado.

Melissa le sonrió.

—No te entretengas más, Germán. Si sigues por ese camino, será el primer estreno sin la estrella principal del reparto.

Finalmente, Germán la miró por última vez y la hizo caso abandonando la casa. Melissa escuchó como arrancaba el motor del vehículo de Germán y sintió como el coche de su novio se distanciaba de su hogar.

Tras un rato de espera, dando tiempo por si Germán regresaba de nuevo, se quitó la manta de encima y se levantó del sofá para dirigirse a la biblioteca. Tras entrar en la estancia, Melissa cerró con llave la puerta para que nadie la molestara mientras estuviera dentro. A continuación, se

dirigió a las ventanas y cerró las cortinas para que no se viera el interior de la habitación desde el exterior. La mujer se dirigió a la estantería de la derecha de la biblioteca. Tras quitar los libros del estante del centro, sacó un poco la balda. Hizo la misma operación con el estante de abajo de este. Metió sus manos en cada uno de los huecos que habían dejado las baldas respecto al frontal del mueble y tiró de ellas hacia afuera. El mueble escondía una escalera que conducía a un sótano secreto, una habitación que solo ella sabía que existía.

Melissa comenzó a descender las escaleras, las bajó rápido pero sin correr. Cuando llegó al final de las mismas, una amplia habitación apareció ante ella. Justo en frente de las escaleras, había una zona de entrenamiento que constaba de un saco de boxeo, una cinta de correr, un banco de hacer abdominales y varias máquinas de musculación. A la derecha, había una pequeña armería. Melissa se dirigió hacia allí decidida, sin pensárselo dos veces. Una vez allí, se quitó el pijama que llevaba puesto y seguidamente se puso un mono pantalón ajustado de color negro y unas botas militares del mismo color. A la altura de la pantorrilla derecha, se ajustó una banda a la que amarró una navaja militar. En el muslo izquierdo se colocó otra a la que aseguró varios cargadores. Encima del mono-pantalón se puso otro pantalón tipo motero con aberturas estratégicamente colocadas justo donde tenía ancladas la navaja y los cargadores. Para finalizar el conjunto, se puso una funda sobaquera para llevar dos pistolas, una a cada lado de su cuerpo. Colocó las dos armas convenientemente cargadas y se vistió una cazadora. Melissa cerró la cremallera de su cazadora, y se dirigió a un pequeño espejo que había en la armería. Se peinó su pelo y lo recogió en una coleta. Había mechones de pelo que no se sujetaban y los afianzó con unas horquillas.

Después de comprobar varias veces toda su indumentaria, subió la escalera e hizo la operación contraria a cuando abrió la puerta de su sótano secreto. Empujó las dos baldas de la biblioteca a la vez hasta que oyó un click que indicaba que se había cerrado convenientemente todo el mecanismo de la puerta. A continuación, colocó de nuevo todos los libros en su lugar original. Una vez que hubo finalizado convenientemente su trabajo, abrió la puerta de la estancia y se dirigió al garaje.

El garaje se encontraba en la otra ala de la casa. Por el camino no se encontró a ninguno de su criados y aunque lo hubiera hecho, ninguno se atrevería a preguntarla a donde se dirigía. Cuando llegó a la puerta del garaje, la abrió, entró dentro y encendió la luz. El garaje era muy grande, había hueco para aparcar cinco coches, pero Melissa solo disponía de dos y una moto, por lo que el lugar estaba medio vacío.

La mujer descendió rápidamente las escaleras del garaje y se dirigió directamente a la pared en la que había un armario donde guardaba los cascos de moto y los guantes moteros. Eligió un casco negro y unos guantes del mismo color. Tras ponérselos, se subió a su moto, una

Kawasaki ninja negra. Al acercarse al portón, este se abrió y Melissa se encontró en la zona exterior de su mansión. En lugar de salir por la entrada principal de su casa, decidió salir por la parte trasera con las luces de su moto apagadas. La joven conocía aquel camino como la palma de su mano, por lo que no necesitaba llevar las luces de su moto encendidas para guiarse. Tras unos segundos, llegó al final de su propiedad y se incorporó a la carretera principal. A una distancia prudencial de su hogar, encendió las luces y aceleró su moto a todo gas. Si quería llegar a tiempo a su cita, debía conducir rápido. Había quedado en el otro extremo de la ciudad y debía llegar en treinta minutos. Era una misión complicada pero no imposible para ella.

## Capítulo 2

## Capítulo 3

La base de la organización Águila se encontraba en el centro administrativo de la ciudad de Ximar. Concretamente en un sótano al que se accedía por varios edificios que albergaban las oficinas de las empresas mas prestigiosas de todo el país. ¿Quién podía imaginarse que bajo aquellos edificios se encontraba uno de los centros secretos más importantes de la nación?

El acceso a su interior se hacía mediante los ascensores del edificio Plaza y de los edificios colindantes. Para bajar a las entrañas del centro de operaciones por medio de los ascensores, era necesario el uso de llaves digitales que solo poseían los agente de la organización. Las llaves se introducían en la misma ranura que las llaves comunes para acceder al garaje de los inmuebles, pero al meter la llave digital, esta era rápidamente reconocida por el sistema y con ello se conseguía el acceso al fuerte.

Melissa estacionó su recién adquirida moto en una de las plazas del garaje del edificio Plaza. A continuación se dirigió con paso decidido a los ascensores. A aquellas horas de la noche el parking estaba desierto. Todos y cada uno de los trabajadores que ocupaban aquel edificio en hora punta, ahora se encontrarían felizmente durmiendo en sus respectivas casas. Melissa oía sus pasos, eso la relajaba y la ponía tensa a partes iguales. Se encontraba en estado de alerta tras las palabras que le había dedicado Borja. No se sentía segura, debía cubrir bien su espalda las veinticuatro horas del día y debía de comenzar a hacerlo desde ya. La mujer llegó a las puertas del elevador y esperó a que este llegara. El ascensor tardó poco en llegar al parking. La mujer entró en el elevador e introdujo su llave digital en la ranura para tal efecto. En lugar de ascender al área de oficinas, descendió a un nivel inferior al del garaje. Tras unos segundos de descenso, el ascensor paró, las puertas se abrieron y ella se internó en la base.

—Buenas noches, Melissa. ¿Vienes mojada? —le preguntó de forma alegre Tania al verla salir del ascensor aún chorreando.

—¿En serio? La verdad es que hasta que no lo has mencionado, no me había dado cuenta. Gracias por la observación, Tania —contestó Melissa con una sonrisa dibujada en su rostro—. ¿Sabes si está Alex todavía por aquí?

—No. Ya se fue hace un buen rato. ¿Por? —se interesó Tania.

—Quería darle las gracias por la moto que dejó en el sitio acordado. No es

como la que perdí, pero tiene muy buena pinta.

—Entonces me temo que tendrás que esperar a mañana para darle las gracias, Melissa.

—¡Melissa a mi despacho! —Francisco la llamó sin un ápice de alegría tiñendo su voz.

Francisco era el jefe de la organización Águila. Tenía unos cincuenta años. Era alto, gallardo, apuesto y su pelo negro impoluto comenzaba a encanecerse. Poseía una sonrisa carismática que en raras ocasiones dejaba entrever. Era joven para ostentar aquel puesto, pero si lo tenía, sería por algo. Según le había comentado en una ocasión Alejandro, durante su época como agente de campo había sido implacable. Había ejecutado cada una de sus misiones de una forma impoluta. Era meticuloso y no le temblaba el pulso cuando era necesario. Siempre se había discernido de sus compañeros por una virtud, su increíble inteligencia. A pesar de que a todo agente se le daba una hoja de ruta para realizar su misión, él la estudiaba de una forma meticulosa, intentaba vislumbrar las debilidades del plan trazado y si las encontraba, que siempre lo hacía, las subsanaba para no correr riesgos innecesarios durante su ejecución. En poco tiempo, se ganó el respeto de todos sus compañeros y sus superiores se fijaron en él. Rápidamente escaló puestos en el organigrama hasta llegar al puesto que ostenta en estos momentos.

—Si, señor —le contestó ella—. ¿Me permitiría antes de informar sobre mi misión cambiarme de ropa? Estoy empapada y no me gustaría pillar un resfriado.

—Por supuesto, agente. No está dentro de nuestro deseo que enferme —contestó en esta ocasión Yolanda, la segundo de Francisco—. No creo que cambie mucho nuestra situación informando cinco minutos antes o cinco minutos después, ¿no crees? —La mujer se dirigió a Francisco pero este no contestó ni apartó su mirada de Melissa—. Tome una ducha, después vaya al vestidor de mi despacho y escoja la ropa que prefiera, Melissa. Nosotros le esperaremos en el despacho de Francisco.

Melissa asintió a sus jefes a modo de contestación y se dirigió, sin preámbulos, a los vestuarios para darse una merecida ducha.

Los vestuarios estaban completamente vacíos, nadie se encontraba en ellos. La mujer se dirigió a uno de los solitarios bancos y se sentó sobre él. Primero se quitó sus botas, a continuación, hizo lo propio con los calcetines. Posó sus pies sobre las frías baldosas. Antes de continuar desvistiéndose, escurrió uno por uno sus calcetines. Tras ejecutar esa acción, posó los calcetines en el banco cerca de donde estaba sentada y se levantó. Se quitó primero la cazadora y la colgó en una de las perchas. Hizo lo propio con la sobaquera. A continuación, se quitó los pantalones y

los dejó encima del banco. Melissa procedió a eliminar de sus piernas las bandas a las que estaban sujetas tanto los cargadores como la navaja militar que portaba. Se quitó el mono pantalón ajustado que vestía y toda su ropa interior, tras lo cual, se quedó completamente desnuda y eso la reconfortó porque odiaba tener que vestir aquella ropa tan pesada.

Melissa llevaba su melena recogida en una coleta. Primeramente quitó las horquillas que llevaba en el cabello. A continuación hizo muy lentamente lo mismo con la goma y saboreo como su melena tocaba suavemente su piel. Meneó su melena. Le encantaba llevarla suelta, pero durante las misiones era más práctico llevarla recogida, había que correr y el pelo suelto en esas circunstancias era un incordio.

Se encaminó a las vacías duchas. Ninguno de sus compañeros se encontraba por allí. Por lo que ella sabía, hoy no había misiones programadas por lo que podía tomarse una ducha de forma relajada sin miradas indiscretas sobre ella. El agua tibia comenzó a caer de forma reparadora sobre su cuerpo. En ese momento, al notar el tacto cálido del agua sobre ella, se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba helado por culpa de su chapuzón en las gélidas aguas del mar. La mujer se jabonó bien tanto su pelo como su cuerpo, quería eliminar de ella cada resto de sal que se encontrara sobre ella. Cuando supuso que estaba convenientemente limpia, cerró el grifo y se dirigió a buscar una toalla. Llevando solo una toalla cubriendo su cuerpo, se dirigió al vestidor que se encontraba en el despacho de Yolanda.

Aquel vestidor era inmenso, contenía ropa de todos los estilos, desde vestidos de fiesta, hasta ropa de baño. Todo agente antes de ir a su misión pasaba por allí para seleccionar la indumentaria más acorde al entorno en el que fuera a trabajar. Melissa se decantó por unos vaqueros grises, una camiseta blanca y unos botines negros de tacón bajo; ropa sencilla pero con la que se sentía muy cómoda. Tras mirarse en el espejo y peinarse el pelo un poco con las manos, se encaminó al despacho de Francisco para informar sobre lo acontecido en su reunión con Borja.

Antes de entrar en el despacho, llamó a la puerta y esperó a que la invitarán a pasar.

—Adelante, Melissa —oyó decir a Francisco desde dentro.

—Buenas noches. Señor, señora —contestó ella tras abrir la puerta y entrar en la sala.

—Por el escándalo que se ha formado en el puerto, me temo que hubo una desavenencia entre Borja y usted, ¿no es así? —Francisco estaba sentado relajado tras su escritorio.

—Más que eso, señor —contestó Melissa tras sentarse en una de las sillas enfrente de su jefe.

—¿Más que eso? Explíquenos, por favor. —Yolanda estaba de pie tras el sillón de Francisco con una mano descansando sobre el respaldo.

Yolanda era la mano derecha de Francisco. Entre ellos había una relación muy complice. En ocasiones Melissa creía que entre ellos había una relación sentimental. Cuando Francisco no se encontraba en la base, Yolanda era la que estaba al mando. Fuera de las paredes de la base, era la encargada de supervisar y coordinar los orfanatos de todo país. Era una mujer lista y también muy joven para ostentar un puesto de tanta responsabilidad como el que poseía. Tenía cuarenta y ocho años, media un metro setenta, era esbelta y tenía el pelo corto de color caoba.

—Borja, como sospechábamos, no acudió solo a la cita. Al menos había cinco francotiradores apostados en la zona alta de la fabrica. Por la rapidez con la que abrieron fuego contra mi, estaba todo más que preparado. En cuanto Borja entró en su vehículo, un mar de balas surcó el ambiente cuyo destinatario era yo.

—¿Pudo contraatacar? —quiso saber Yolanda.

—Me fue imposible. Llegué a duras penas al abrigo de un container que me sirvió de escudo. Teniendo en cuenta las múltiples direcciones de los proyectiles y sin contar con refuerzos, creí más conveniente escapar de allí que arriesgarme a intentar eliminar a algún francotirador —contestó Melissa mirando tanto a Yolanda como a Francisco—. Valoré la posibilidad, pero mis probabilidades de éxito eran bajas.

—Hizo bien —contestó Francisco tras removerse en su sillón—. Además, tampoco creo que sobreviviera ninguno a la moto bomba. Bueno, ahora vayamos a lo importante. ¿Qué proposición tenía Borja para nosotros?

—En realidad era un mandado del mismísimo presidente. Quería que asesináramos al vicepresidente del país. —Melissa miró únicamente a Francisco.

—¿Al vicepresidente? —Francisco estaba extrañado por la proposición de Borja—. ¿Qué insensatez es esa? ¿Qué pretenden con ello? Sobreentendiendo que lo rechazó rotundamente por los acontecimientos ocurridos posteriormente.

—Si —Melissa también asintió con su cabeza—. El objetivo no cumplía nuestros criterios de aceptación. Espero haber hecho lo correcto, señor.

—Por supuesto que hizo lo correcto. No dude de su criterio —respondió Francisco rápidamente—. Según la información que manejamos, ese

hombre es un hombre completamente íntegro; no como parece ser nuestro querido presidente. No se preocupe, ya pensaremos algo para intentar minimizar las consecuencias de todo esto. Ya puede volver a casa. Ha hecho un buen trabajo hoy, Melissa.

—La verdad es que hay algo más, señor.

—¿Algo más?

—Sí, señor —respondió Melissa—. Mi negativa no gustó nada a Borja. Me hizo saber que habría consecuencias para nosotros por no aceptar el trabajo encomendado y tal y como abrieron fuego esos francotiradores contra mi, esa amenaza no se hizo esperar.

—Comprendo —contestó Francisco—. Habrá que extremar nuestras medidas de seguridad. No es bueno no tomar en cuenta los apercebimientos. ¿Tiene algo más que informar?

—No, señor. Eso es todo.

—Perfecto. Es hora de que regrese de nuevo a su casa, Melissa. Descanse. Mañana es un nuevo día y no sabemos lo que nos puede deparar. A partir de hoy, todos debemos estar en máxima alerta y para ello es necesario descansar bien mientras podamos.

Melissa tras oír esas palabras, se levantó de la silla y procedió a abandonar el despacho de su jefe. Antes de salir, Francisco la abordó de nuevo.

—¡Ah Melissa! Se me olvidaba. En la plaza número quince encontrará una moto exactamente igual a la que perdió hace un rato en el puerto. Por supuesto, posee la misma matrícula, nadie se dará cuenta del cambio, ni siquiera usted. Tome las llaves.

Francisco le tiró las llaves y Melissa las cogió en el aire con una sonrisa dibujada en su cara.

—Gracias, señor —respondió ella una vez que ya tenía entre sus manos las llaves de su nueva moto.

Al menos, a pesar de haber perdido su moto, volvía a tener de nuevo una exactamente igual, nueva y sin tener que haber gastado un solo euro por ella. No todo había salido tan mal después de todo.

## Capítulo 4

## Capítulo 5

Germán ejerció de enfermero durante dos días para ella. Fueron los dos días más románticos de sus vidas. Y por fin había llegado el día en el que conocería a los padres de su chico. Melissa nunca había asistido antes a una fiesta de la alta sociedad por lo que no sabía que tipo de indumentaria debía llevar para la celebración del solsticio de verano que celebraban los padres de su novio. Melissa decidió pedir ayuda a la mujer que más sabía sobre el tema, Yolanda. Hoy era un día importante para ella y quería causar la mejor sensación posible a los padres de él. La fiesta a la que iba a asistir acudiría la más selecta sociedad de Ximar y ella debía estar a la altura.

La fiesta de solsticio de verano de la familia Domínguez era el acto que inauguraba el inicio del verano y con él, la vuelta de las fiestas más exclusivas de la ciudad. Cada familia celebraba una durante el estío y todos querían ser los mejores anfitriones. Pero aquella fiesta no era una fiesta más del verano, era la que contaba con más tradición y una de las más longevas. Se celebraba durante la noche más corta del año, una de las noches más mágicas. Melissa cuando era pequeña junto a sus amigos, veía desde la ventana del orfanato los fuegos artificiales de aquella fiesta y ahora ella misma asistiría a ella. No se lo podía creer. Durante los días posteriores, los invitados ocupaban todas las hojas de las revistas y horas y horas de la televisión. Todo el mundo admiraba y odiaba a partes iguales aquella fiesta. Pero si uno se consideraba alguien en aquella ciudad, debía asistir a ella.

Las puertas del ascensor del edificio Plaza se abrieron en las entrañas de la base de la organización Águila. Melissa cruzó el hall y se dirigió directamente al despacho de la segunda al mando de todo aquello. Al llegar a la puerta llamó antes de entrar.

—Buenas tardes Yolanda. —Melissa abrió la puerta del despacho de esta.

—Pasa, pasa, por favor —le animó la mujer—. Siéntate, espera que termine esto y soy toda tuya, ¿de acuerdo? —Yolanda señaló una de las sillas de su otro lado del escritorio.

Melissa cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla que le había indicado la mujer. Yolanda terminó de escribir las últimas palabras de lo que estuviera haciendo en aquel momento y centró toda su atención en ella.

—Cuéntame, Melissa. ¿Por qué has venido a verme? —Yolanda se quitó las gafas y las posó sobre la mesa cuidadosamente.

—Necesito su ayuda en una cuestión. —Melissa se revolvió en su asiento, no se sentía cómoda enseñando sus debilidades ante aquella mujer aunque sabía de antemano que ya las conocía.

—Tú dirás. Si está en mi mano ayudarte, haré todo lo posible para hacerlo. —Yolanda sonrió con autosuficiencia. Sabía que tenía el poder y le gustaba demostrarlo.

—Germán me ha invitado a la fiesta del solsticio de verano, la fiesta que organizan sus padres todos los años.

—Conozco la celebración en cuestión. Nunca he asistido a ella ya que nunca he tenido el honor de ser invitada. —La mujer bajó su voz—. Pero según se cuenta, es la mejor fiesta a la que se puede asistir. Mis más sinceras felicitaciones, Melissa. Si el pequeño de los Domínguez te ha invitado a asistir, eso quiere decir que vas por el buen camino. Sabía que eras la adecuada para esta misión.

—No sé yo si ser tan positiva. Por lo que tengo entendido, Germán asiste cada año a esa fiesta con la conquista que posee en ese momento. Que me haya invitado a ir, no quiere decir nada.

—Sí, en eso tienes razón. Pero no puedes quitarte el mérito de que contigo ya llevaba saliendo ocho meses, Melissa. Eso sí que es un triunfo. Ni él mismo creo yo que todavía es consciente. Aunque no quieras admitirlo, ese chico siente algo por ti aunque ese sentimiento no sea recíproco, claro. Por fin te va a presentar a sus padres y eso es una buena señal. Tendrías que estar saltando de alegría por conseguir tu objetivo de una forma tan rápida, querida.

—¿Una buena señal? ¿Eso cree que es asistir a esa fiesta? —Melissa estaba sorprendida por las palabras de su superior.

—Sí, créeme que sí. A que adivino por qué estás aquí. Has venido a pedirme consejo sobre que vestido llevar a esa fiesta.

—¿Eres clarividente? —contestó Melissa—. Si te soy sincera no estaba muy tentada en aceptar la proposición, pero todo por la buena marcha de la misión.

—No seas ridícula, Melissa. Cualquier mujer estaría deseosa de asistir a esa fiesta. —Yolanda se recostó sobre su sillón—. Si por mi fuera, yo misma me cambiaría por ti. Una pena que ese Germán sea tan joven, si no yo misma me habría encargado de tu misión. No puedes negar que ese hombre es tremendamente apuesto. Cualquier mujer se tiraría a sus brazos. Incluso tú misma aunque no lo quieras reconocer.

—No puedo negar que Germán es muy guapo. Pero yo solo lo veo como un objeto para llegar a un fin.

—Estoy tremendamente impresionada con tu frialdad, Melissa. Cuando te propuse para ejecutar esta misión, Francisco dudó de mi elección. Dijo que no estabas preparada para tal empresa, pero yo le hice recapacitar. Y menos mal porque nadie mejor que tú podría llevarla a cabo. —Yolanda entrelazó sus manos sobre su regazo—. Por tu indumentaria para esa fiesta no debes de preocuparte, yo te ayudaré en la elección. —Yolanda se levantó de su silla y Melissa la imitó—. Sígueme, por favor.

Yolanda salió de su despacho con Melissa a su zaga. La mujer se dirigió directamente al ascensor cruzando todo el interior de la base.

—Pensé que me llevaría al vestidor de la base —intervino Melissa cuando ambas mujeres entraron en el interior del elevador.

Yolanda marcó el piso trece. Las puertas del ascensor se cerraron delante de sus miradas.

—Querida, no puedes asistir a una fiesta de esa categoría con ninguno de los vestidos que tenemos aquí. —Yolanda habló sin mirar a Melissa, fijó su mirada al frente—. Necesitas algo más exclusivo, personal y sobre todo único. Algo hecho exclusivamente para ti, ¿comprendes? —Yolanda miró a la joven para enfatizar sus palabras.

Melissa la respondió asintiendo.

Tras unos segundos interminables de ascenso en silencio absoluto, las puertas del ascensor por fin se abrieron. Yolanda fue la primera en salir pero Melissa no tardó mucho en seguirla. La arquitecta no conocía aquel piso, de hecho nunca había estado en él antes.

Yolanda se movía con paso decidido por los pasillos de aquella planta, parecía que ella si conocía muy bien aquel lugar. Al llegar a una de las puertas se paró en seco y esperó que Melissa llegara a su vera.

—Hemos llegado. El diseñador que aquí trabaja es considerado un artista. Las mujeres de la alta sociedad se lo rifican. Pero no te preocupes, a ti te hará un hueco en su apretada agenda.

Yolanda llamó a la puerta. Un hombre la abrió al cabo de unos segundos. El hombre era alto, completamente calvo y delgado. Llevaba unas gafas muy llamativas de pasta gruesa de color rojo e iba vestido de forma impoluta. Para completar el conjunto llevaba un pañuelo entorno a su cuello del mismo color que el de sus gafas. El modisto primero se fijó en

Melissa y a continuación en la segundo de la organización.

—Yolanda, querida. —El hombre estaba emocionado al verla y la abrazó efusivamente—. Cuanto tiempo. Hacía un montón que no nos veíamos. ¿A qué se debe este honor? —El hombre invitó a las dos mujeres a pasar dentro de su estudio de moda.

—No voy a andarme con rodeos, Floren. Necesito un favor y eres en la primera persona en la que he pensado.

—Si está en mi mano, ya sabes que te ayudaré en lo que pueda. —El hombre cerró la puerta cuando ambas mujeres entraron dentro de su estudio.

—Mi amiga necesita un vestido exclusivo para mañana por la noche.  
—Yolanda señaló a Melissa.

—¿Para mañana por la noche? Eso es imposible, querida. Tengo muchísimo trabajo acumulado. Mañana es la fiesta del solsticio de verano y muchas de mis clientes asistirán con una de mis creaciones. Ya sabes lo agobiante que son las horas previas a una fiesta en este taller como para encargarme de la confección de un vestido desde cero. Lo siento mucho querida. —Floren cogió las manos de Melissa para transmitirle sus condolencias—. En otra circunstancia habría sido un honor confeccionarte un vestido único y exclusivamente ideado para ti. Si quieres puedes elegir uno de los de mi nueva colección. Tienes unas medidas perfectas, cualquiera te sentará genial sin necesidad de ningún arreglo.

Melissa simplemente miró a Yolanda, no sabía que contestar.

—Eres un artista, Floren. Siempre has esperado la oportunidad para catapultarte entre los modistos elegidos por las mujeres más importantes de la alta sociedad de Ximar. Seamos claros. Algunas de tus clientes asistirán a esa fiesta, pero ninguna tendrá la repercusión de esta mujer que te traigo. Si la vistes, te prometo que tendrás la mejor publicidad que te puedes proporcionar.

—Lo siento de veras, Yolanda. Pero tengo cinco vestidos que rematar. Cualquiera de mis vestidos de colección son perfectos para asistir a ese evento.

—Si la he traído hasta ti es porque la prometí que la vestirías de una forma especial.

—Y lo haría si dispusiera de tiempo. —Floren miró a Melissa—. Eres una modelo perfecta para lanzar mi imaginación a trabajar, pero de veras que

no dispongo de tiempo.

—La chica ha sido invitada a la fiesta mas glamurosa del año, ¿y me dices que no puedes diseñarla un vestido? Te aseguro que no te arrepentirás del esfuerzo, amigo.

—La ejecución de un vestido no es cosa sencilla, Yolanda. Se requiere tiempo. No es solo tener una idea, es plasmarla y ejecutarla.

—Vamos, Floren. ¿Desde cuándo no te gustan los retos?

—Tu amiga es monísima, con una increíble planta. Tengo un montón de vestidos que la quedarán genial.

—¿Un vestido acorde a la fiesta del solsticio de verano para la novia de Germán Domínguez? —Yolanda no se daba por vencida, era hora de poner toda la carne en el asador. Si quería convencerle era hora de poner todas las cartas sobre la mesa

—¿Es cierto que eres la pareja de Germán para esa fiesta?

—Es más que su pareja, es su novia —contestó Yolanda antes de que lo hiciera Melissa—. Llevan saliendo juntos durante ocho meses; pero tienes que prometernos que esto se quedará entre nosotros tres, en petit comité.

Floren miró a la joven de arriba a abajo.

—Podéis estar seguras que mi boca permanecerá cerrada en cuanto a ese tema. —El hombre miró primero a Melissa y a continuación fijó su mirada sobre su amiga.

—Puede que esta sea la mejor oportunidad que tengas de llegar a esas señoras adineradas a las que tanto quieres poseer como clientes. Que mejor para ello que vestir a Melissa para la fiesta de mañana por la noche. Al día siguiente, te aseguró que tendrás a todas esas ricachonas quemándote el timbre para adquirir uno de tus vestidos. Tu nueva colección se venderá en un suspiro. Dime que eso no se merece un pequeño esfuerzo por tu parte, un pequeño último tirón. Venga, Floren, ánimo.

—¿Un pequeño esfuerzo? —Floren puso sus brazos en jarras—. ¿Tienes idea del duro trabajo que requiere la fabricación de un vestido de fiesta?

—Te pagaré lo que consideres. El precio es lo de menos —intervino Melissa—. Necesito ir a esa fiesta y causar buena sensación. Para mí es

una prueba de fuego.

—Mi negativa no tiene nada que ver con el dinero, tiene que ver con la escasez de tiempo. ¿Por qué no vinisteis hace una semana?

—Fui invitada hace dos días —contestó Melissa—. No es plato de gusto estar a estas alturas sin vestido para una fiesta tan importante para mi.

—Venga, Floren. Si en el fondo estás deseando aceptar el reto. —Yolanda dio un último empujoncito a la situación.

—Vale, de acuerdo. Acepto el reto. —Floren miró a las dos mujeres—. Pero pondré una condición.

—Lo que sea —contestó Melissa antes de que lo hiciera su superior.

—Confeccionaré el vestido a mi gusto, sin ninguna objeción por vuestra parte. Ahora te tomaré las medidas y mañana a media tarde te enviaré el vestido directamente a tu casa.

—Eso es muy arriesgado —intervino rápidamente Yolanda.

—Puede —respondió el hombre— pero es mi condición para trabajar a contrarreloj. Te prometo que haré un gran trabajo, excelente, me esmeraré. —Floren miró a la mujer que iba a vestir.

—Si no queda otro remedio... —Melissa miró al modisto a los ojos y este le devolvió la mirada—. De acuerdo, yo también acepto el reto. Nunca he asistido a ningún acto sin elegir yo misma mi propio vestido. Solo espero no arrepentirme toda mi vida de ello.

—No creo que lo hagas —respondió Yolanda—. Si de una cosa estoy segura es que Floren se esmerará en su trabajo. Por la forma en la que te está mirando ahora mismo, creo que Floren ya está diseñando tu vestido en su cabeza.

—¿Tú crees? —Melissa miró extrañada a su Yolanda.

—Silencio, por favor. Con tanta conversación no hay quien se concentre.

—La cortó Floren saliendo de repente de su trance—. Pasa por aquí, Melissa. —Floren se internó en su estudio—. No perdamos más tiempo para tomar tus medidas. Tengo mucho trabajo por delante si te quiero diseñar un vestido espectacular que no solo te catapulte a ti dentro de la alta sociedad de este país sino que se reconozca por fin mi trabajo.

## Capítulo 6

German terminó de vestirse en su habitación, salió de ella y bajó cantando las escaleras hasta el hall. Al llegar abajo, se dirigió al salón donde sus padres ya se encontraban desayunando.

—¡Qué feliz se te ve hoy, cariño! —le dijo Elisabeth a su hijo nada más verlo entrar por la puerta—. ¿No crees Borja?

—Si tú lo dices —contestó el hombre sin apartar su mirada del periódico que se encontraba leyendo.

Germán se sentó en la mesa al lado de su padre y enfrente de su madre.

—La verdad es que hoy me encuentro genial. —German se sirvió una tostada, café y zumo de naranja.

—Me alegro que hoy te encuentres bien —le contestó Elisabeth con una sonrisa en la cara—. Yo en cambio estoy aterrada por los arreglos de última hora. Estoy deseando que pase este día para pasar la patata caliente a otro ingenuo. Cada año, me cuesta más organizar la fiesta del solsticio de verano.

—Por Dios, no exageres tanto —dijo Borja cerrando el periódico y dejándolo encima de la mesa al lado de su hijo—. Estas cansada de organizar fiestas. No veo el estrés que puede causarte hacer una más.

—Cada fiesta es diferente y con la jubilación de nuestra antigua ama de llaves todo el peso de la organización ha caído sobre mi.

—Porque tú has querido. Ya te comenté que podíamos haber contratado una empresa que organizará este evento.

—¿Y qué mi fiesta sea como la de todas las demás? Me niego. Mi fiesta tiene que ser personal y diferente a las de los demás.

—Entonces no te quejes por la sobrecarga de trabajo. El año que viene puedes pedir ayuda a la nueva ama de llaves. Quizás te proporcione ideas nuevas.

Elisabeth únicamente contestó a su marido con una leve sonrisa.

—Papá, mamá, la verdad es que ahora que os encuentro a los dos juntos, querría comunicaros una cosa. —Intervino Germán—. Hoy vendré a la fiesta acompañado.

—¿Vas a traernos a una de tus nuevas amigas, como haces cada año?  
—preguntó su padre de forma despectiva.

—No, papá. En esta ocasión voy a traer a una persona especial para mi, no a un simple pasatiempo. Hoy conoceréis a mi novia.

—¿Tienes novia. cariño? —Elisabeth estaba feliz por su hijo—. Ahora comprendo el aura de felicidad que llevas contigo. Ingenua de mi creí que era por tus buenos comienzos como actor, en cambio, ahora, ya lo veo todo más claro.

—¿Esta vez de que se trata? ¿De una modelo o de una actriz de tres al cuarto, hijo? —Borja no compartía la felicidad de su mujer.

—¡Borja! —le regañó su mujer—. ¿Por qué hablas así a tu hijo?

—Mamá, no te preocupes. — Germán no le gustaba que sus padres discutieran por su culpa—. Las palabras de papá ya no me molesta, con el tiempo he aprendido a escuchar sus palabras hirientes sin que me hagan el menor daño.

—¿Cómo voy a molestarte con mis palabras, hijo? A fin de cuentas, tú y yo sabemos que solo digo la verdad. ¿O es qué miento?

—Borja...

—Tú cállate —cortó Borja a su mujer—. Tú únicamente le tapujas con tus tejemanejes. Crees que le ayudas, pero lo único que haces es estropearlo aún más. Es hora de que asuma sus responsabilidades como hijo mío que es y se olvide de esas estupideces en las que está siempre metido.

—Borja centró su atención de nuevo en su hijo—. ¿Crees que estás preparado para enfrentar a la vida real? Te equivocas. Sin mi, no eres nadie.

—Podría vivir igual si dejara este techo —Germán contestó rápidamente a su padre antes de que continuara con su monólogo.

—¿Crees qué por haber trabajado de camarero durante un año ya conoces todos los golpes que te puede dar la vida? ¡Qué equivocado estás! No tienes ni idea de lo que es pasar hambre. No tienes ni idea de que es labrarse un futuro sin ayuda de nadie. Eso es lo que le ocurre a la gente del mundo real, hijo. Y te guste o no, tú has nacido en una gran familia, y esos problemas nunca los sufrirás.

—Tengo que sufrirte a ti, ya es suficiente —contestó German muy bajo, como para sí.

—¿Qué has dicho? —gritó Borja al no escuchar la respuesta de su hijo.

—Nuestro hijo está intentando labrarse un futuro el solo —intervino Elisabeth—. Ha conseguido un papel como protagonista en una serie, y lo ha hecho él solo. No le puedes quitar el mérito a eso.

—Ya veo —respondió Borja—. Es hora de que sepas que ese papel te lo consiguió tu querido padrino, Germán. —El hombre miró de nuevo a su hijo de una forma dura—. Sergio conocía tu pesar por no conseguir un papel después de haberte presentado a tantos castings. Así que movió algunos hilos y te dieron ese papel que tanto alaba ahora tu madre. Hijo, tienes ya treinta años, es hora de que asumas tu responsabilidad como un Domínguez que eres.

—Sé lo que pretendes hacer con esas palabras, padre. —Germán devolvió la dura mirada a su progenitor—. Pretendes que acuda a esa fiesta solo para presentarme a alguna de las solteras de este país que tú mismo apruebas. Pretendes que sea como tú y no lo conseguirás por más que me humilles. —El hombre se llevó el vaso del zumo a los labios y bebió de él de forma serena—. Una cosa te advierto padre, esta vez no conseguirás espantar a mi nueva novia como has hecho con las anteriores. Ella es diferente, no se amedrentará ante ti tan fácilmente.

—Eso déjame a mi que lo valore —contestó nuevamente Borja—. Dudo que tras la fiesta siga a tu lado a pesar de ser mi heredero.

Germán se levantó de la silla furioso por las palabras de su padre.

—¿A dónde vas, cariño? —Elisabeth intentó apaciguar a su hijo.

—A trabajar.

—Pero no has desayunado nada, hijo —le respondió su madre.

—La verdad es que se me han quitado las ganas de desayunar. —Germán comenzó a abandonar el salón.

—Germán, por favor. Desayuna algo —le dijo su madre disgustada porque ambos hombres hubieran discutidos y su hijo se fuera de allí de aquella forma.

—No te preocupes, mamá. Desayunaré en el estudio. —Germán se dio la vuelta y miró a sus progenitores—. Por la noche os presentaré a mi novia, espero que sepan comportarse. —Germán procedió de nuevo a salir del salón pero antes de hacerlo se volvió para mirar esta vez a su padre—. Por cierto, padre. Llevo ya ocho meses saliendo con ella y somos muy

felices. Dudo que puedas empañar esa felicidad con tu actitud arrogante.

Germán abandonó el salón antes de que sus progenitores pudieran contestarle.

—¿Qué te pasa Borja? —le inquirió Elisabeth a su marido—. ¿Por qué le hablas así a tu hijo? A él, desde pequeño, le gusta la interpretación. Su sueño es ser actor y lo sabes. Tu obligación como padre que eres de él, es apoyarle en sus proyectos, no contrariarle y desalentarle como acabas de hacer ahora mismo.

—Acabáramos. Lo que me acabas de decir es inaudito. ¿Tú me dices que mi obligación es apoyar a mi hijo en una cruzada estúpida? Mi obligación es llevarlo por la buena senda y como un Domínguez que es, tiene unas responsabilidades asumidas con este país.

—Su deseo no es dedicarse a la política. Nunca le gustó y lo sabes.

—¿Crees que yo no tenía deseos y proyectos de juventud? Mi afán era ser médico.

—¿Y es que no lo conseguiste?

—Mi pasión no era sólo poseer un título universitario. Yo ansiaba ejercer, pero me topé con la realidad y tuve que abandonar mi sueño para dedicarme a las responsabilidades que en su tiempo había asumido mi familia.

—Las cosas en los últimos años han cambiado. Tal vez...

—Le consientes demasiado a Germán —le cortó Borja a su mujer—. Si es así, en cierta medida, es por tu culpa. Si por mi hubiera sido, nunca le hubiera dejado meterse en el mundillo de la farándula. Por Dios, es un Domínguez. Si mi padre levantara la cabeza, se moriría del susto.

—¿Me echas toda la culpa a mí? Tú hijo solo busca su felicidad y yo, si esta en mi mano, siempre le apoyaré para que la consiga.

—¿Su felicidad?

—Sí, el solo busca ser feliz. Tú también deberías apoyarle.

—¿Y también debería apoyarle con la recua de novia que ha tenido? Pero si cada una es peor que la anterior. Espero que esta al menos sea una stripper que podamos usar de animadora...

—¡Cállate ya, Borja! —le cortó en esta ocasión su mujer—. No entiendo tu actitud. Nuestro hijo solo intenta buscar su felicidad y tú insistes en

ponerle la zancadilla una y otra vez.

—Si tú lo dices. —Borja se levantó de la silla malhumorado, no quería seguir con aquella conversación—. Ahora si me disculpas, tengo que irme a trabajar. Buenos días, cariño. —Borja se acercó a su mujer e intentó besarla en la cara pero esta la apartó antes de que lo consiguiera.

—Espero que te comportes hoy en la fiesta.

—Llegaré unas horas antes de que comience la fiesta. Que tengas un feliz día, cariño.

Borja abandonó el salón al igual que su hijo dejando a su mujer, en soledad, terminar su desayuno.

## Capítulo 7

Elisabeth se estaba terminando de preparar para la fiesta que en poco más de dos horas daría en su maravillosa mansión junto a su esposo. La mujer estaba terminando de ponerse las joyas que luciría en el evento: una preciosa gargantilla de diamantes de color amarillo y blanco junto a una pulsera y unos pendientes haciendo juego para terminar el conjunto. Elisabeth se encontraba sentada en su tocador mirando a través del espejo el reflejo de su marido. Este todavía estaba terminando de vestirse. El hombre había elegido para la ocasión un esmoquin negro. La mujer se levantó al ver que su marido iba a proceder a ponerse la pajarita.

—¿Te ayudo, querido? —le preguntó Elisabeth a su marido.

El hombre miró a su mujer y la sonrió.

—Gracias, cariño. Tú tienes más maña que yo para esto. —Borja tendió la pajarita a su mujer. Esta se levantó de la silla en la que se encontraba sentada y se dirigió a él. Aceptó la pajarita entre sus manos y la puso alrededor del cuello de su esposo. En pocos segundos la mujer ya la había anudado—. No sé que haría sin ti para llegar presentable a las fiestas.

Elisabeth miró triste los ojos de su marido y se separó de él rápidamente como si de repente su cercanía la quemara.

—Querido, voy a comprobar que todo se encuentra perfectamente —se excusó la mujer—. ¿Nos vemos luego?

—Por supuesto —contestó escuetamente el hombre.

Elisabeth salió de la habitación pero en lugar de dirigirse a la planta baja de la casa pasó de largo las escaleras para encaminarse a la habitación de su hijo. La mujer entró despacio en la habitación de Germán sin antes no llamar a la puerta para advertir de su presencia. Su hijo también estaba terminando de vestirse para ir a buscar a su novia.

—Hola —le saludó ella mientras él se contemplaba en el espejo de cuerpo entero.

—Hola, mamá. ¿Ya estás preparada? —Germán no se giró para mirarla.

—Sí, aunque aún hay algunos detalles que debo supervisar.

—La verdad es que deberías contratar a un organizador de eventos. Es

demasiado trabajo para ti sola.

Elisabeth se sentó en un sillón de la zona de estar de la habitación de su hijo.

—He venido para disculpar el comportamiento de tu padre —sentenció la mujer una vez que había tomado asiento—. Tu padre no se encuentra orgulloso de las palabras que te dijo antes en el desayuno.

Germán se giró para mirarla directamente a la cara.

—Mamá, no eres tú quien tienes que disculpar la conducta de mi padre, sino él. Él debería de ser quien me estuviera diciendo esas mismas palabras y no tú. Comprende que si no las escucho de su boca pensaré que vienen de ti y no de él.

—Ya sabes como es, hijo. Aunque tu padre lo siente, nunca lo reconocería, ya lo conoces.

German volvió a centrar de nuevo su atención en el reflejo del espejo.

—No te preocupes, mamá. Por mi ya está olvidado —respondió el hombre serio.

—¿Y por qué tu semblante no lo confirma? —preguntó la mujer afligida por encontrarse entre la espada y la pared. Se encontraba entre el fuego cruzado de los dos hombres más importantes de su vida, su hijo y su marido.

—Estoy bien, mamá. Sabré comportarme en la fiesta, como siempre hago.

—No seas así de duro conmigo, por favor.

—Olvida la escena del desayuno, mamá. Mi único propósito era que no os cogiera por sorpresa la presencia de mi novia en la fiesta. Creí conveniente informaros de su asistencia, pero sinceramente, creo que hubiera sido mejor no haber dicho nada al respecto. Hubiera sido más acertado haberos presentado la situación delante de los invitados para que no me hubierais montado ningún numerito, ya que sois más acometidos delante de extraños que con vuestro hijo a solas.

Germán terminó de acicalarse y se sentó en el sillón de enfrente de su madre.

—No entiendo tu dureza conmigo, Germán.

—¿Qué no la entiendes? No me has defendido ante él. Nunca lo haces. Siempre te quedas en segundo plano.

—Perdóname, hijo, pero comprende que cuando vosotros dos discutís me encuentro en una situación compleja. Os amo a los dos y si me posiciono de algún lado, alguno de los dos os lo tomaréis a mal. —Elisabeth se acercó a su hijo y le cogió una de las manos—. Quiero que sepas que estoy encantada de poder conocer a la mujer que ha cambiado de tal manera a mi amado hijo. Estos últimos meses tienes una felicidad impresa en ti que hacía mucho que no poseías. Pensé que era porque te iban bien las cosas en el terreno laboral pero nunca imagine que fuera por una mujer. Esa chica te ha cambiado para bien y estaré deseosa de poder conocerla.

Germán centró su mirada en los ojos de su madre. Él sabía que estaba siendo sincera y que de veras estaba encantada con su felicidad y de conocer a la mujer que había acrecentado ese sentimiento dentro de él. Germán adoraba a su madre y no comprendía como podía estar enamorada de aquella manera de un hombre tan autoritario como lo era su padre.

—Melissa te encantará, mamá —respondió el hombre—. Conectaréis nada más conoceros.

La mujer sonrió al ver como la mirada de su hijo se iluminaba al hablar de su pareja. Ella nunca había visto antes aquel brillo en los ojos de su vástago. Él estaba contento y ella por ende también.

—Debe ser una mujer muy especial por como te brillan los ojos nada más hablar de ella.

Germán sonrió antes de contestar a Elisabeth.

—Es una mujer increíble, madre. Cuando la conozcas tú también te darás cuenta. Siempre está alegre, derrocha simpatía allí por donde pasa.

—Germán miró en silencio la mano que estaba entrelazada a las manos de su madre.

—Cuéntame algo más sobre ella, Germán —le animó ella.

—Melissa es muy guapa, tiene una cara angelical que quita el sentido a cualquiera que se cruza con ella. Tiene unos preciosos ojos almendrados de color avellana perfilados por unas rizadas e infinitas pestañas. Su nariz es pequeñita pero especial. —Germán sonrió al acordarse como le gusta a Melissa que sus narices se rozaran antes de que sus labios se fundieran en un torrido beso—. Tiene unos labios sensuales y en la zona izquierda aquí, justo encima —señaló el hombre en su propia cara—, tiene un lunar. Siempre tiene la cara sonriente. Su alegría es contagiosa a todos aquellos

que la rodean. Si te soy sincero nunca la he visto triste. Su pelo es castaño miel y le llega casi a media espalda, su tacto es sedoso, me encanta jugar con él. Le gusta llevarlo recogido, pero cuando queda conmigo lo lleva suelto porque sabe que es como a mi me gusta.

Elisabeth aprovechó un silencio de su hijo para hablar.

—Se nota que estás muy enamorado de ella.

—Ha sido un respiro de aire fresco en mi vida. Fue una coincidencia que nos reencontráramos.

—¿Ya la conocías de antes?

—Si, la conocí durante el año sabático en el que me olvide de ser miembro de la familia Domínguez —respondió Germán—. La conocí en uno de los pueblos en los que me establecí durante aquel verano. Ella había ido a pasar las vacaciones estivales con unos familiares. Estaba trabajando en un proyecto y le faltaba inspiración, así que decidió ir allí a ver si la hallaba. No te imaginarías como la conocí —Germán sonrió al recordarlo.

—Cuéntame, hijo —le animó la mujer a que prosiguiera con el relato.

—Una mañana cuando iba de camino a mi lugar de trabajo vi un coche parado en la cuneta. Una mujer se encontraba apoyada sobre el vehículo esperando a que alguien apareciera para socorrerla. Nada más que me vio comenzó a hacerme señas con la mano. En lugar de estar cabreada, se encontraba sonriente. Al ver la escena, no tuve más remedio que parar. Como bien sabes no tengo ni idea de motores así que le invité a que subiera a mi camioneta para que llamara a la grúa desde el bar. Ella aceptó sin dudar y me relató jovialmente lo que le había ocurrido y la suerte que había tenido de que alguien pasara por aquel lugar tan remoto. Una vez que llegamos al bar, se maravilló de su construcción y fue allí donde encontró la inspiración para su proyecto.

—¿Qué ocurrió después?

—Estaba muy agradecida por mi ayuda así que organizó una fiesta en el bar en el que trabajaba. Vinieron sus primas y un grupo muy nutrido de amigos. A todos les encantó el lugar y eso ayudó a su promoción. La siguiente vez que la volví a ver fue en una fiesta en la playa. Se encontraba alegre y despreocupada. Pero nada más que me vio, dejó a sus amigos y se dirigió a mí para saludarme. Ese día me robó el corazón.

—Pero el verano terminó. ¿Cómo fue la despedida? —se interesó Elisabeth.

—Muy triste. Ella me hablaba constantemente de su vida en Ximar. En cambio yo nunca le había dicho que procedía de aquí. Le mentí respecto a mis orígenes. Ella me quería por lo que era, no por ser un Domínguez y no quería que eso cambiara. Cuando comienzas una relación con una base de mentiras, el paso del tiempo complica la tarea de subsanarlas. Ella alargó su marcha lo máximo que pudo pero su jefe le llamaba constantemente para que regresara y presentara su trabajo —Germán paró un momento su relato—. La separación al finalizar el verano fue muy dura. Pensábamos que nunca más nos volveríamos a ver, aunque yo sabía que esa opción podía ser posible porque yo tarde o temprano regresaría aquí y tarde bien poco en hacerlo al marcharse ella de allí. —Germán miró a su madre sonriente.

—Ya empiezo a entender que te hizo cambiar durante ese año. Siempre creí que había sido toparte con la dureza de la vida real, pero en cambio la causante de ese cambio fue una mujer.

—Ya ves mamá. Ella es increíble y cuando la conozcas a ti también te gustará.

—No necesito conocerla para que me guste, hijo. Cuando te escucho hablar de ella, lo haces con sentimiento y eso es lo que cuenta. Por supuesto que debe ser increíble para tener ese efecto sobre ti. Estoy deseosa de conocerla y poder ponerla, por fin cara.

—Pues hoy lo harás, mamá.

Elisabeth soltó las manos de su hijo, se levantó del sillón y besó a su vástago en la mejilla.

—Ahora debo ir a echar un vistazo a los últimos preparativos de la fiesta. Tu padre cree que ya me encuentro en ello y si baja y no me encuentra por allí, se pondrá como un basilisco. —Elisabeth apoyó su mano izquierda sobre el hombro de su hijo—. ¿Nos vemos en la fiesta?

Germán apoyó su mano derecha sobre la mano de su madre y la estrechó.

—Por supuesto, mamá. Luego nos vemos.

## Capítulo 8

*iDing, dong!*

El timbre de la puerta de la casa de Melissa comenzó a sonar. Ella se encontraba trabajando en su despacho cuando el insistente desconocido se cebó con su llamador. La mujer, al seguir escuchando aquel insistente sonido, salió de su oficina.

—¿Teresa? —Melissa gritó el nombre de su asistente pero esta no contestó por ningún sitio.

La mujer llegó al hall y la volvió a llamar sin éxito. Al no recibir ninguna contestación, decidió abrir ella misma la puerta principal de su casa.

—¿Floren? —Melissa no se podía creer que el modisto estuviera en su casa a aquellas horas—. La verdad es que no te esperaba tan pronto.

Floren se giró y aplaudió a su equipo que entró en la casa de Melissa todos ellos muy cargados.

—No podía dejar que te prepararas tú sola para una fiesta tan importante. Me he permitido el atrevimiento de traer a todo mi equipo para acometer tal labor. No debemos dejar nada al azar, querida.

Floren llevaba un traje negro impoluto y para completar el conjunto, en esta ocasión, llevaba entorno a su cuello un pañuelo color verde claro del mismo color que las gafas que portaba.

Melissa cerró la puerta de su hogar en el momento en que llegaba Teresa al hall para llevar a cabo su trabajo.

—Señorita, siento mucho no haber estado aquí para abrir la puerta —la asistente se disculpó por no haber hecho su trabajo.

—Ya habrá momento para explicaciones, Teresa —le contestó Melissa quitando importancia a la ausencia de la mujer.

—¿Ella es tu asistente? —quiso saber Floren al ver a Teresa.

—Una entre otras —respondió la arquitecta de forma escueta.

—Es monísima, ¿dónde la has encontrado? —Floren evaluó a la mujer de arriba a abajo.

—Trabajaba ya con mis difuntos padres. —Melissa fue concisa con su contestación. Aquel hombre no se merecía una contestación mas extensa,

a fin de cuentas, era un completo desconocido.

—Bueno, pues ya va siendo hora de proceder a prepararte. —El modisto era un hombre inteligente y había comprendido que Melissa era celosa de su intimidad. En su trabajo era muy importante conocer a sus clientes y sobretodo, saber cuando ponían los límites a su relación con él—.

Tenemos mucho trabajo por delante. —Floren estaba exultante, aquel era el trabajo que había estado esperando durante toda su vida y quería controlar cada detalle para que todo saliera perfecto.

—¿Ya? Pero si son las cinco —respondió Melissa sorprendida ante la iniciativa del hombre—. Tengo que terminar un trabajo en el que ahora mismo me encuentro inmersa.

—¿Terminar un trabajo? Habrás de hacerlo mañana —sentenció Floren—. Se nota que nunca antes has asistido a una fiesta de alta sociedad como a la que vas hoy. La preparación para ese tipo de eventos, requiere mucho tiempo. No es bueno andar con prisas. Muchas cosas pueden ocurrir y se debe disponer de tiempo suficiente para subsanarlas. Confía en mi, sé de lo que hablo.

—¿Y el resto de tus clientas? ¿No debías entregarlas a todas ellas sus vestidos hoy por la tarde? —Melissa intentaba conseguir tiempo de forma no muy fructífera.

—Esa labor se la he ordenado a una de las chicas del taller. ¿Vamos a vestirme aquí en el hall, querida? —Floren miró detenidamente la pomposa entrada de la casa de Melissa.

—No, por supuesto que no —respondió la mujer—. Teresa os acompañará hasta mi habitación. Yo me reuniré con vosotros allí dentro de unos minutos. Ya que no puedo terminar el trabajo con el que estaba, al menos, habré de apagar mi ordenador.

—Perfecto, pero no tardes, ¿eh? —replicó el hombre.

Melissa le sonrió a modo de contestación y le hizo unas señas a Teresa para que guiará a todo el grupo hasta su dormitorio. La mujer no tardó en comprender la orden de su jefa y dirigió al séquito hasta el piso superior de la casa.

Melissa, por su parte, se dirigió de nuevo a su despacho para apagar su equipo informático. A continuación se encaminó también a su dormitorio. Cuando llegó, un grupo de cinco personas revoloteaba en su interior. Floren dirigía a todos pero notó su presencia nada mas entrar en la estancia.

—Pensé que nunca llegarías. —Floren se aproximó a ella, la cogió de las manos y la guió hasta un biombo—. Desnúdate y ponte la ropa interior que hemos elegido para ti. Encima vístete la bata que te ha dejado Teresa para tal efecto. Cuando hayas terminado, las esteticistas procederán a realizar su trabajo.

Melissa hizo lo que aquel modisto le había ordenado. Cuando se puso detrás del biombo, se dio cuenta de que Teresa no se encontraba por ningún sitio. ¿Dónde se habría metido de nuevo aquella mujer? Primero se descalzó, a continuación se quitó los pantalones y después las camisa que vestía. La mujer miró detenidamente la ropa interior que descansaba sobre una mesa, era de color verde oscuro. Tras un detenido examen de las prendas, se quitó las que llevaba puestas y se puso las que le había traído el diseñador para la ocasión. Melissa se miró al espejo, el conjunto era muy provocativo, pero le quedaba como un guante. Tras unos breves segundos mirando su reflejo en un espejo, se tapó con la bata de seda que le había dejado su asistente como bien le había dicho Floren. Cuando ya estaba tapada, salió de detrás del biombo pero Floren había desaparecido.

—Mi nombre es Sara. —Una mujer le tendió la mano. Melissa se la aceptó sin dudar—. Yo me encargaré de maquillarla y peinarla. Mi compañera, Nuria, se encargará de la manicura. ¿Le parece que procedamos?

—¿Y Floren? —quiso saber la anfitriona de la casa.

—Vendrá dentro de poco. No se preocupe por él. Floren no es de esos que te dejan trabajar sin su atenta mirada observándote —contestó Nuria sonriendo—. Enseguida estará revoloteando por aquí.

Melissa sonrió también y eso la relajó.

—Y menos hoy —intervino en esta ocasión Sara—. Considera este día su prueba de fuego, como para no estar controlándolo todo.

Las dos mujeres condujeron a Melissa a su tocador. Encima de él habían puesto todo su equipo para poder trabajar a gusto. La anfitriona se sentó en la silla y Nuria en un taburete; Sara por su parte, se colocó de pie en el lado contrario al que se había colocado su compañera.

—¿Te sueles maquillar a menudo? —le preguntó Sara a Melissa.

—Si te soy sincera, no —respondió ella—. Nunca dispongo de mucho tiempo para hacerlo.

Sara miró detenidamente su cutis.

—Tampoco tienes muchas imperfecciones que ocultar. Tienes una piel magnífica. —Sara le retiró el pelo de la cara y estudió su rostro—. Tu maquillaje me llevará menos tiempo de lo previsto, eso le encantará a Floren.

Las dos mujeres comenzaron a trabajar en ella. Eran muy buenas profesionales en sus respectivos campos. Cuando Floren llegó de nuevo a la habitación, estaban inmersas en sus labores. El hombre se acercó a contemplar la labor de ambas.

—Muy bien, chicas. —Las felicitó el modisto mientras miraba a Melissa por encima de sus gafas de color verde—. Estoy realmente impresionado con vuestro trabajo, seguid así.

—¿Eso es un cumplido, Floren? —La peluquera no se creía lo que acababa de oír de la boca del diseñador.

—¡Menos cháchara, chicas! —le respondió el hombre mientras tocaba sus palmas—. Unos minutos de conversación puede atrasarnos en sobremanera y nuestra guapa Melissa no puede llegar tarde a su cita de hoy. De qué servirían todos nuestros esfuerzos si la fiesta ya ha comenzado y la gente no se fija en ella por estar inmersa ya en los aperitivos.

Las dos mujeres se miraron entre si y resoplaron para a continuación proseguir con sus labores. Al cabo de quince minutos, Melissa pudo observar el resultado final.

—¿Esa mujer que se refleja en el espejo soy yo? —preguntó Melissa al ver el efecto del maquillaje sobre su rostro.

—Pues claro que eres tú, cielo —contestó la esteticista que se había encargado de hacerla la manicura—. Fíjate con que poco maquillaje pareces una modelo de esas de pasarela.

—Ya quisieran algunas de esas modelos poseer su cutis —contestó la maquilladora—. A mi ya me ha tocado maquillar a alguna de ellas y algunas tienen unas imperfecciones que ni te imaginas.

—¿En serio? —quiso saber de nuevo la esteticista.

—¿Ya habéis terminado, chicas? —Floren se acercó al tocador y cortó la conversación entre las dos mujeres.

—Decide tú mismo, Floren —respondió la maquilladora.

—Podrá servir —contestó el modisto una vez que comprobó detenidamente el maquillaje y la manicura que habían hecho a su musa—.

Muy bien. Melissa ahora llega la auténtica prueba de fuego para mí. Espero que mi creación sea de tu gusto. Llevaba años intentando plasmar una idea que recorría mi mente y tú hiciste que me decidiera por fin a llevarla a cabo.

Floren hizo un gesto a una de sus ayudantes y la mujer abrió la bolsa que contenía el vestido que había creado para ella. Melissa al ver el vestido se quedó sin palabras.

—Bueno, ¿qué te parece? —Bajo su pose de modisto frío, estaba tremendamente nervioso por si no le gustaba a su clienta su creación. El hombre sabía que era difícil confeccionar un vestido con tan poco tiempo pero él se había comprometido y no quería fallar.

—Es precioso —contestó escuetamente Melissa.

—Si no te gusta...

—¡No, no, no! —le cortó Melissa rápidamente—. Disculpa que no haya sido más expresiva pero es que no me esperaba un vestido como este. Es perfecto, me encanta.

La mujer se acercó a la percha en la que descansaba la creación confeccionada por Floren. El vestido era largo de color verde oscuro, con escote palabra de honor. El cuerpo se encontraba entallado con pedrería dorada pero al llegar a la cadera, tenía un cierto corte vaporoso. La tela con la que había sido confeccionada era ligera por lo que no la daría calor durante la fiesta.

—Te he traído también esta torerita dorada por si la noche refresca. No tamará la elegancia del vestido. —Floren se acercó a ella sonriente con la prenda—. Está hecha de hilos de cristal a mano. Es una exquisitez.

—Eres un genio —sentenció Melissa—. El conjunto es inmejorable.

—¡Qué bah! —quitó importancia el hombre—. Bueno, bueno, no perdamos más tiempo. Ahora debemos proceder a vestirte por si necesito hacer algún retoquito al vestido.

Melissa sonrió mientras se quitaba la bata y se quedaba en ropa interior delante de tanta gente.

—¿Pues a qué estamos esperando? —preguntó la joven deseosa de probarse por fin aquel vestido.

Las dos ayudantes de Floren la ayudaron a ponerse el vestido, pero él fue quien subió la cremallera trasera. Una vez que lo hizo, tocó los hombros

de la joven y descendió lentamente sus manos por sus brazos.

—Parece que no tendré que hacer ningún retoque. Mi creación te queda como un guante. —Floren giró alrededor de Melissa como un pajarillo observando que el conjunto le quedaba impecable.

El modisto temía que la zona del pecho no le hubiera quedado bien ya que Melissa poseía un busto prominente, pero no, el vestido le quedaba perfectamente.

—¿Deseosa por ver el resultado final? —le preguntó Floren a su musa.

La mujer únicamente le contestó asintiendo con su cabeza. No se atrevía a hablar por miedo a que le temblara la voz. Aquel vestido era precioso y era ella la encargada de llevarlo. Floren la cogió de la mano y la llevó hasta un espejo de cuerpo entero. Melissa estaba preciosa, aquel vestido era la mejor carta de presentación que podía llevar para entrar en la alta sociedad de Ximar. Nadie podía no fijarse en ella.

*¡Toc, toc, toc!*

Alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¡Adelante! —animó Melissa a la persona que llamaba.

—¿Señorita? —preguntó Teresa desde el umbral de la puerta.

—¿Sí? —le contestó la dueña de la casa.

—Germán Domínguez la está esperando en el hall, señorita.

—Gracias, Teresa. Ahora mismo bajo.

La asistenta se fue y cerró la puerta tras de sí tan rápido como había llegado.

—Querida, estás preciosa —expresó la peluquera—. Todo el mundo te observará a tu paso. Estoy segura que serás la más guapa de toda esa fiesta, más hermosa sería imposible.

—Ninguna de las presentes estará más elegante —intervino Floren radiante ante el resultado final de su aventura a contrarreloj.

—Gracias a todos, chicos —se atrevió a decir Melissa—. Sino hubiera sido por vosotros, este resultado habría sido imposible de conseguir. Os estoy muy agradecida.

—Basta, basta, que nos vas a sonrojar —contestó Floren—. ¡Vamos, vamos! —Aplaudió el diseñador—. Vosotras a recoger todo este desorden —se dirigió a todo su equipo—. Y tú —se centró ahora en Melissa—, debes reencontrarte con tu chico. Cuando te vea, se le parará el corazón.

—Espero que no —respondió Melissa sonriendo.

Melissa salió de su habitación y se encaminó a las escaleras que conducían al hall en el que se encontraba Germán. Cuando llegó a ellas se paró en el umbral de las mismas y fijó su mirada en su novio. Este al escuchar sus pasos levantó su cabeza para poder contemplarla. El hombre tragó saliva al verla tan espectacular. Tras unos segundos de espera en lo alto de las escaleras, decidió descenderlas bajo la atenta mirada del hombre. Germán se quedó mirándola sin poder coordinar palabra.

—¿No estoy bien? —Melissa se paró en seco en las escaleras al ver que Germán no la decía nada.

—Para nada, estas simplemente increíble —pudo finalmente declarar Germán.

Melissa bajó el último tramo de escaleras con paso decidido. El pelo lo llevaba recogido con algunos mechones sueltos estratégicamente en los laterales de la cara.

—Gracias, pero no es para tanto —dijo al llegar al final de la escalera y ponerse a la altura de Germán.

—¿Qué no es para tanto? Voy a ser el hombre más envidiado de la fiesta por contar con tu compañía. —Melissa simplemente le contestó besándole castamente en la boca—. ¿Ya estás completamente recuperada de tu gripe?

—Sí, gracias a tus cuidados y con el reposo oportuno, estoy ya perfectamente.

—No tienes idea del gusto que me produce oírte decir eso.

Germán la besó apasionadamente mientras la abrazaba con tales ganas como si hiciera un siglo que no lo hacía, como si estuviera sediento de

ella. Tras un rato entregados al beso, Melissa consiguió zafarse de él.

—No sé yo si a este paso llegaremos a la fiesta, Germán. —Melissa puso pucheritos sin que fueran muy creíbles.

—Que quieres que te diga. Ahora que sé que vuelves a estar recuperada, la idea de ir a la fiesta se me hace menos apetecible —le contesto él con una sonrisa pícaro e intensificando más su abrazo sobre ella.

—No seas tonto. —Melissa comenzó a golpearle con sus manos suavemente para enfatizar su negativa—. ¿Qué impresión se formarían tus padres de mí si por mi culpa no asistes a su conocida fiesta del solsticio de verano?

Melissa intentó zafarse con poco éxito del agarre de su novio.

—Bueno, tal vez tengas razón. No quiero ser el causante de que entres con mal pie en mi familia —Germán sonrió—. Además, me encantará ser el hombre más envidiado del evento por llevar del brazo a la mujer más sexy de la ciudad.

Germán decidió terminar el abrazó besando dulcemente a Melissa en la frente. A continuación, la pareja salió de la casa de la mano en busca del coche que los llevaría a la mansión de la familia Domínguez.

## Capítulo 9

El coche en el que viajaban se internó en la propiedad. El conductor condujo por un largo camino hasta llegar a la casa. Melissa pudo observar como los jardines estaban pulcramente cuidados y los setos correctamente recortados.

Cuando por fin el coche llegó a la entrada principal y paró su marcha, la pareja esperó a que el conductor les abriera la puerta. Cuando lo hizo, primero salió Germán y después Melissa gracias a la ayuda que le ofreció su novio. Una vez que ambos estaban fuera del vehículo, decidieron subir la escalinata de la mansión de los padres de Germán. Ellos, a diferencia de los demás invitados al llegar a la puerta de la villa, no entregaron ninguna invitación a los agentes de seguridad que allí se encontraban, ya que todos conocían perfectamente bien a Germán y esa acción era ridícula en su caso particular.

—Ella viene conmigo, es mi invitada personal —informó Germán a uno de los hombres que controlaban la entrada de invitados.

—Pásenlo bien, señor —le contestó el hombre a la vez que cabeceaba en su dirección.

—Eso espero —le contestó él.

Germán guió a Melissa a través de su casa mientras la cogía por la cintura. El salón era inmenso y estaba repleto de gente. Germán caminaba sonriente, estaba arrebatador y orgulloso de llevar a su lado a una mujer como Melissa.

—Parece que hemos sido de los últimos en llegar. —Germán habló a su pareja al oído.

—Eso parece —contestó Melissa sonriente mientras miraba a todos los allí ya reunidos.

La mujer se percató que todas las mujeres llevaban una flor en una pulsera alrededor de sus muñecas izquierdas, cada una la llevaba de un color distinto.

—¿Por qué todas las mujeres llevan esa flor? —preguntó Melissa a su pareja.

—Es una tradición de la fiesta del solsticio de verano. La mujer debe llevar una flor en su muñeca y su pareja masculina llevará una igual es su bolsillo del traje. Cada pareja lleva una flor de un color. Ahora si me disculpas, tengo que ir a buscar las nuestras. —Germán besó a su chica

en la mejilla y desapareció entre la multitud.

Melissa se quedó allí plantada en mitad del salón, sola entre toda aquella gente desconocida para ella. A la derecha, divisó una barra y decidió ir a buscar unas bebidas.

—Dos copas de champagne, por favor —pidió Melissa al camarero que le atendió rápidamente. En breves segundos la mujer ya tenía en la barra la comanda.

—¡Cómo narices has entrado aquí! —le inquirió Borja agarrándola fuertemente del codo antes de que pudiera coger entre sus manos las dos copas.

—¡Suéltame! —le contestó ella intentando zafarse del agarre del hombre—. ¿Quién te crees que eres para agarrarme de ese modo? Suéltame, o no respondo. —Melissa estaba enojada con la actitud de aquel hombre. ¿Cómo se atrevía a hacerle aquel número delante de toda aquella gente?

—¿Cómo te atreves a venir aquí, a mi casa? Tienes muy poca vergüenza presentándote aquí sin haber sido invitada. Márchate ahora mismo o llamaré a seguridad para que te echen. Ahórrate esa vergüenza.

Melissa y Borja se miraron directamente a los ojos retándose uno al otro. El hombre estaba muy cabreado con la presencia de la mujer en su fiesta. Él no la había invitado y desconocía como había conseguido acceder sin invitación. La seguridad había tenido que fallar si ella se encontraba allí. Más tarde tendría que hablar con el equipo de seguridad a solas.

—Padre, ¿ya conoces a Melissa? —le preguntó Germán a su progenitor con dos cajitas que contenían las flores que lucirían él y su novia. Se trataban de unas grandes y preciosas rosas blancas.

—¡Oh, dios mío, Germán! ¿Este señor es tu padre? —intervino Melissa al ver que Borja no articulaba palabra—. El que nos hayas encontrado hablando, es meramente fruto de la casualidad. Vine a pedir unas copas de champagne y este amable señor me estaba aconsejando cual era la mejor elección. —Melissa le tendió a Germán la copa de champagne con una amplia sonrisa dibujada en su cara.

—¡Vaya! Pues que casualidad. La verdad es que tenía pensado hacerlo más tarde, pero para que dilatar más el momento y más ahora que se ha roto la sorpresa. Papá, te presento a mi novia, Melissa Talso. —Germán la cogió por la cintura, la estrechó contra él y la besó en el pelo—. Melissa, este es mi padre, Borja Domínguez.

—Encantada de conocerle, Borja —le dijo Melissa tendiéndole su mano de una forma cordial—. Su hijo me ha hablado mucho de usted y de su esposa. Tenía muchas ganas de poder conocerles.

—El placer es todo mío, Melissa. Aunque no tenía idea de su existencia hasta este preciso momento. Mi hijo nunca la había mencionado —contestó Germán mientras la cogía la mano y la besaba—. Tengo que felicitarte, hijo. Has sabido escoger muy bien.

—No lo sabes tú bien, papá. Ya os iréis conociendo mejor —dijo dirigiéndose a ambos—. Si nos disculpas, papá. Ahora iré a presentarle a mamá. No es justo que ya la conozcas tú y ella no.

—Por supuesto. Yo seguiré haciendo mis labores de buen anfitrión aquí. Melissa —agregó dirigiéndose a ella directamente—, siéntate como en tu casa.

—Gracias —le contestó ella con una sonrisa amable en su rostro.

La pareja abandonó la compañía de Borja y se internó en el bullicio propio del evento. La fiesta que celebraba la familia Domínguez para festejar el solsticio de verano era importante a nivel de la alta sociedad. A ella acudían personalidades de todos los ámbitos, desde políticos y personas de la nobleza, a banqueros y empresarios. Toda persona con un cierto poder en el país, se encontraba allí. Y aquella persona que no era invitada un año, era la comidilla del lugar.

Todo el mundo lucía sus mejores galas. Los hombres de frac o esmoquin y las mujeres de vestido largo de alta costura sin olvidar el mínimo detalle. Las mujeres de mayor edad lucían sus lustrosos collares de perlas naturales y las mujeres más jóvenes aprovechaban la velada para destacar; si no tenían todavía pareja, aprovechaban la ocasión para codearse con los solteros más influyentes y pudientes de la alta sociedad. También era la ocasión propicia para tejer alianzas y conseguir realizar alguna que otra transacción comercial. Se dice que la mayor parte de los negocios se cierran en fiestas, y comidas y es verdad, pero en esta en concreto, la frase cobraba mayor relevancia.

Borja no había escatimado en gastos. En aquel momento tocaba la mejor orquestas del país, como no podía ser menos. A medida que se adentrara la noche, el escenario se movería al jardín y se transformaría en una mesa de mezclas para acoger a uno de los dj más respetados a nivel mundial y como no podía ser de otra forma, uno de los de mayor cachet.

—Bueno, parece que a mi padre le has entrado por buen ojo. Mi madre te encantará, ya verás. Antes de ir a buscarla, tenemos que ponernos las

flores como los demás invitados. Espero que las flores sean de tu gusto.

—No habrías podido hacer mejor elección, son perfectas —sentenció la mujer.

Germán le tendió una caja a Melissa. Mientras ella intentaba abrirla, él cogió la pulsera de ella entre sus manos. A continuación, cogió la mano izquierda de su novia y le puso la flor en la muñeca. Melissa imitó la acción de su pareja poniéndole la rosa blanca en el bolsillo del frac.

—Ahora sí que formamos parte de la fiesta de forma oficial. Vayamos a buscar a mi madre. —Germán cogió la mano de su pareja entre las suyas—. No la he visto en el bullicio de la fiesta, seguro que estará todavía en su invernadero. Es su lugar de culto, ¿sabes?

—¿En su invernadero? —se interesó la mujer.

—Sí. Mi madre no es muy aficionada a las fiestas aunque organice esta. Le estresa el bullicio. Y como has podido comprobar, a esta le sobra.

—¿Entonces por qué tus padres celebran esta fiesta?

—Es una tradición familiar para mi padre. Mi madre, suele hacer solo el paripé para contentarlo. Recibe a los invitados, está al lado de mi padre cuando da el discurso de rigor, pero en cuanto puede, suele hacer una escapada de la fiesta con el pretexto de ver sus plantas. Se puede decir que es su lugar de escape, su pequeño oasis personal donde nadie irá a molestarla.

—Excepto nosotros. Me temo, ¿no?

—Ella estará contenta de conocerte, Melissa. No le importará que la irrumpamos en su oasis de tranquilidad. De hecho, estará encantada, ya veras.

Germán y Melissa salieron de la casa por una cristalera que daba a la piscina, la bordearon y bajaron unas escaleras. A unos cincuenta metros, se erguía un magnífico invernadero de estructura señorial. El camino para llegar a él era de baldosas intercaladas por hierba, se encontraba iluminado con unas bonitas farolas. Desde la base de las escaleras, se podía ver como la puerta del invernadero se encontraba abierta.

—Ves, como te dije. Mi madre debe de estar ahí porque sino la puerta se encontraría cerrada. Mi madre es muy cuidadosa con todo eso.

La pareja se encaminó dirección al invernadero. Entraron en él y Germán guió a Melissa hacía una preciosa fuente situada aparentemente en el centro del invernadero. Allí estaba su madre descansando en un banco

mirando como caía el agua. La mujer vestía un elegante vestido de noche, y un chal cubría sus hombros a modo de rebeca. El sonido que hacía la fuente era realmente relajante.

—Mamá. ¿Qué haces que no estás en la fiesta con papá ejerciendo de anfitriona? —le preguntó cariñosamente Germán a la vez que la besaba en la mejilla.

—Querido, tan guapo como siempre —le contestó tras mirarlo de arriba a abajo aprobando lo que veía—. Ya me conoces, no soporto la falsedad que se destila en este tipo de eventos. Todo el mundo viene con su mejor máscara puesta, destilan amabilidad, y nada más darte la vuelta, les falta poco tiempo para despellejarte o clavarte un puñal en la espalda. ¡Ups!, lo siento. —En ese momento la señora se dio cuenta que en el invernadero no estaban solo su hijo y ella sino que había otra mujer desconocida para ella—. ¿Cómo no me dijiste que venías acompañado?

—Si le sirve de consuelo. Yo tengo la misma opinión que usted de este tipo de eventos —contestó Melissa sonriendo e intentando quitar hierro al asunto.

La señora le devolvió la sonrisa de forma cómplice.

—Bueno, mamá. Te quiero presentar a mi novia. Mamá, ella es Melissa Talso. Melissa, ella es mi madre, Elisabeth.

—Querida —la señora se levantó grácilmente del banco y abrazó efusivamente a la mujer—. Tenía tantas ganas de conocerte. Mi hijo me ha habla tanto sobre ti. Qué alegría conocerte al fin y poder ponerte cara. —Elisabeth la dio dos besos sonoros en la cara—. Madre mía hijo, es más preciosa de lo que me habías dicho. —Melissa solo pudo sonreír—. Vienes preciosa, chiquilla. ¿Quién es el diseñador de este magnífico vestido? ¿Es famoso?

—No mucho. Si lo fuera no podría permitirme uno de sus vestidos. Pero tal vez lo conozca. Según él me ha comentado, alguna de sus invitadas de hoy llevan alguno de sus diseños. Su nombre es Floren Deil.

—¿Floren Deil? —preguntó la mujer más para ella que para Melissa—. ¿Tiene su taller en el edificio Plaza?

—Sí —contestó rápidamente Melissa—, efectivamente.

—He oído hablar a alguna de mis amigas de él pero no sabía que tuviera tanto talento. Tu vestido es realmente increíble. Quizás le haga pronto una visita. Estoy un poco harta de mis diseñadores habituales, siempre tan clasistas y una a veces quiere ser un poco rompedora, ¿sabes?

—Melissa sonrió a modo de respuesta—. Pero bueno, ale, ale,

reincorporemos los tres de nuevo a la fiesta. ¿Qué pensarán todas esas hienas si los tres no volvemos a aparecer en la fiesta? Me gusta que hablen de mi pero tampoco de forma tan innecesaria. Ya habrá tiempo de poder conocernos de forma más íntima, ¿no crees? —La mujer se dirigió directamente a Melissa.

—Tiene toda la razón —le contestó ella.

—Además, Germán, tu chica no ha venido tan divina para venir a aquí y no lucirse. —Elisabeth sonrió a su hijo—. Pavonearos orgullosos por la fiesta y disfrutad queridos, disfrutar todo lo que podáis.

La señora cogió del brazo a ambos y así, los tres, abandonaron el invernadero dirección de nuevo a la fiesta.

Elisabeth y Melissa congeniaron desde el principio. La madre de Germán era una señora elegante de mediana edad. Para la ocasión llevaba su pelo negro recogido en un moño bajo sujeto con un prendedor de brillantes. Lucía un vestido largo, azul oscuro del mismo color que sus ojos. A pesar de lo que cabría esperar, era una mujer muy sociable. Presentó a Melissa como novia de su hijo a un montón de invitados, derrochaba alegría y se le notaba contenta a pesar de detestar el bullicio de las fiestas. Melissa pudo comprobar como madre e hijo se llevaban a las mil maravillas. Tenían una relación cercana, una química especial surgían entre ambos.

La música sonaba, aunque a la gente no le impedía hablar. Bebida y comida nadaba entre los invitados y la gente no se cortaba a la hora de catar y beber manjares. En ese momento Germán divisó a alguien conocido para él.

—Si me disculpáis. Acabo de ver a Tomás, me gustaría poder hablar con él. Mamá, Melissa —dijo Germán a modo de despedida a las dos mujeres dando a esta última un beso rápido en los labios antes de alejarse de ellas.

Melissa vio como su novio se alejaba de ella y desaparecía entre los invitados. Ella no podría poner cara a Tomás.

—Hacía mucho tiempo que no veía a mi hijo tan feliz, y eso me gusta —dijo Elisabeth cuando su hijo ya se había alejado de ambas—. Ni siquiera cuando cumplió su sueño de ser actor al darle el papel protagonista de la serie "Balas perdidas" estaba así de contento. Derrocha

alegría y eso me hace muy feliz y todo, presumo, gracias a ti, querida. —La mujer la miro y la sonrió de forma cómplice, pero esa sonrisa se desvaneció tan rápido como se dibujo en su rostro. Alguien había aparecido en su campo de visión que le había hecho cambiar de semblante—. Mira, por aquí viene mi marido. —Elisabeth intento hablar de forma casual, pero Melissa pudo percibir un deje especial. Borja se aproximaba a ambas con cara sonriente, como si el incidente del inicio de la velada nunca hubiera acontecido entre él y la novia de su hijo—. Borja, querido. —Este dio un beso casto a su mujer en la cara a modo de saludo y rodeo con su brazo la cintura de su esposa.

—Señoras —dijo a modo de saludo para ambas—. Compruebo que nuestro querido vástago ya te ha presentado a su preciosa y nueva novia —agregó diciendo la última palabra con cierto deje despectivo.

—Sí, es una joven encantadora —contestó rápidamente Elisabeth para quitar hierro al asunto—. Presiento que nos haremos grandes amigas, ¿a qué sí, querida? —agregó cogiendo las manos de Melissa entre las de ella.

—Eso espero, Elisabeth. —La joven sonrió a la mujer de forma cómplice.

—No os encariñéis mucho —cortó tajantemente Borja—. Como bien sabrás —dijo mirando directamente a Melissa—, y si no lo sabes te informo yo ahora mismo. A mi hijo le dura una novia lo que dura un telediario.

—¿Qué te pasa, Borja? —le inquirió su mujer sorprendida ante el comentario hecho por su marido.

—Solamente estoy siendo sincero con la chica. Es mejor que sepa la realidad que le espera antes de que desaparezca el suelo bajo sus pies cuando menos se lo espere —le contestó él.

—¿Siempre le dice estas lindezas a las “novias” de su hijo? —le contestó Melissa—. Ya entiendo un poco mejor porque las parejas de su hijo no han fructificado antes. Le aseguro que conmigo, esas “perlitas” no le servirán para separarme de él, si es lo que realmente pretende con ello. —Borja no la contestó y Elisabeth no intervino por miedo a crear un conflicto delante de todos los invitados de la fiesta—. Cariño, ya comenzaba a extrañarte —agregó Melissa dirigiéndose a Germán que se aproximaba al grupo compuesto por sus padres y ella.

—¿De verdad? ¿Entonces me harías el honor bailar conmigo? —le preguntó Germán a su novia.

—Me encantaría —le contestó ella—. Si nos disculpan —dijo a modo de

despedida a los progenitores de su novio.

La elegante pareja se unió a las demás que ya bailaban al son de la música. Melissa desde la pista, comprobó como el matrimonio mantenía una acalorada conversación y al finalizar, Borja desapareció como alma que llevaba el diablo. Por su parte, Elisabeth mantuvo la compostura y continuó ejerciendo de buena anfitriona a falta de la presencia de su marido. Melissa se alegró por dentro, claro estaba sin exteriorizarlo. Borja podía ser poderoso pero también estúpido e impulsivo. Estaba claro que las palabras mordaces que le había dedicado no habían gustado nada a su mujer y le había reprendido por su comportamiento inaceptable.

—Parece que mamá y tú habéis compaginado bien, ¿no? —Germán la devolvió a la realidad y la sacó de la ensoñación en la que estaba inmersa justo en aquel preciso momento.

—Si, sería imposible no llevarse bien con ella. Tienes mucha suerte de tener una madre así, German. —Melissa apoyó su cabeza sobre el hombro de su novio.

—¿Mi padre dijo o hizo algo que te incomodó, Melissa?

—No, cielo. —Melissa no podía comprender por qué le hacía aquella pregunta—. ¿Por qué habría de hacer tu padre una cosa así?

—Porque es lo que hace siempre con todas las mujeres a las que traigo a casa. Intenta espantarlas y me extraña que no halla intentado esa maniobra ya contigo. —Germán bajó su mano despacio por la espalda de su chica.

—Quizás le guste más que mis antecesoras, ¿no crees? —Melissa miró a los ojos a su novio, se lamió el labio inferior de forma sensual y a continuación se ríó—. Sí, cariño, me has pillado. Tu padre ya intentó espantarme hace apenas unos minutos.

—¿Ocurrió justo antes de que yo llegara? —Germán estaba completamente indignado por la actitud de su padre.

Melissa asintió antes de proceder a contestar.

—Pero no tienes de qué preocupar. Como puedes comprobar, sigo aquí a tu lado. —Melissa le tocó grácilmente el cuello—. Si quiere separarnos tendrá que esmerarse algo más que con unas simples palabras soeces. Te quiero, German. Y ahora que nos hemos reencontrado, nada podrá separarnos, cariño, nada. Te lo prometo.

—No sé que he hecho para merecerte. —Germán apoyó su frente suavemente sobre la de su novia—. Eres increíble, Melissa. No entiendo

como alguien no te pescó antes que yo. —Melissa volvió a morderse el labio—. Melissa, cielo, no sigas haciendo eso porque lo único que consigues con ello es que desee morderte yo mismo esos labios tan sensuales que tienes. —Germán no la mordió pero la besó tiernamente en los labios—. En estos momentos me siento el hombre más feliz del mundo. No sé que sería de mi si te perdiera ahora que por fin te he hallado.

—Creo que deberíamos descansar un poco, ¿no te parece? —le preguntó Melissa a Germán tras llevar un buen rato bailando sin parar—. Además, me gustaría retocarme un poco el maquillaje. Si no te importa, claro.

—¿Quieres retocar el maquillaje? Pero si estas preciosa, Mel. Ni siquiera entiendo porque te has maquillado para venir. Tu eres guapísima tal y como eres sin necesidad de esos potingues que te has echado hoy en la cara. —Germán tocó la mejilla derecha de su chica de forma tierna.

—Eso lo dices porque me miras con buenos ojos. Toda esta gente no pensaría igual que tú si no me viera maquillada —le contestó ella.

—Lo dudo mucho. Por la forma en que te miran los solteros de la fiesta, bueno mejor dicho todos los hombres de esta fiesta, diría que soy el hombre más envidiado e incluso odiado a partes iguales por acaparar yo solo tú entera compañía —le contestó él con su característica media sonrisa. Esa media sonrisa que hacía que cualquier mujer se derritiera nada más verla y que a ella tanto le gustaba.

La canción que en ese momento estaban bailando, terminó y la pareja abandonó la zona de baile cogidos de la mano. Germán la guió hasta una zona más distante de la fiesta y la abrazó efusivamente atrayéndola hacia su cuerpo.

—Eres tan perfecta, Melissa. He tenido tanta suerte de encontrarte —Germán jugó con uno de los mechones del pelo su pareja.

—¿Me indicarás por donde debo dirigirme para ir al tocador, Germán?

Melissa cambió de tema radicalmente y eso lo descolocó.

—En serio, ¿me estás preguntando eso? —Germán no podía creer que no le siguiera la corriente y que solo estuviera obsesionada con ir al baño. Ella le respondió asintiendo—. Sigue ese pasillo —lo señaló con un

movimiento de cabeza—. Es la tercera puerta de la izquierda.

—Gracias, cielo. No tardaré. Te prometo que te recompensaré a mi regreso.

Melissa se puso de puntillas y besó a su chico en los labios.

—Eso espero. Si veo que tardas en volver, me preocuparé tremendamente. Aquí hay mucho hombre suelto y no todos son tan decentes como yo. —Germán estrechó aun más fuerte a Melissa.

Melissa consiguió finalmente separarse de su chico y tomó la dirección que su pareja le había señalado. Al cabo de unos segundos, llegó al baño. El baño era amplio, como no podía ser de otra forma teniendo en cuenta la casa en la que se encontraba. Las paredes eran de mármol negro. El baño estaba decorado de forma clásica y ostentosa. La joven dejó su pequeño bolso sobre el mármol que bordeaba el lavabo y se miró en el gran espejo. El maquillaje había aguantado bastante bien la velada pero creyó conveniente retocarlo un poco. Todavía quedaba mucha noche por delante y debía estar perfecta durante el resto de fiesta que quedaba por delante. Cuando terminó de retocarse, estaba ya lista para regresar a la fiesta y continuar con su mejor actuación delante de toda aquella gente.

Salió del baño y se encaminó de nuevo al salón donde tenía lugar la fiesta. Cuando estaba apunto de llegar, a la altura de la primera puerta del pasillo, una mano la cogió agresivamente por el codo y la arrastró hacia la habitación donde se escondía el propietario de la misma. La mujer no supo reaccionar a tiempo y desapareció antes de que nadie se percatara de su desaparición.

## Capítulo 10

La puerta de la habitación se cerró tras su paso. El desconocido la inmovilizó rápidamente contra la puerta. Le colocó los brazos por encima de su cabeza y la aprisionó con su cuerpo impidiéndola el movimiento. La habitación estaba en penumbra, por lo que no podía ver el rostro de su agresor. Tras un pequeño forcejeo por parte de la mujer, el hombre misterioso decidió hablar.

—Deja en paz a mi familia. Aléjate de ellos. —Melissa discernió la voz de Borja—. Pero sobre todo, aléjate de mi hijo, o no responderé de mis actos. ¿Me has entendido con claridad? —Borja intensificó sus palabras dándole un golpe seco contra la puerta.

Melissa estaba cansada de la estupidez de aquel hombre y de su prepotencia. ¿Quién se creía que era? Ella no pudo hacer otra cosa que reírse de aquella situación tan surrealista. La mano derecha del presidente la estaba amenazando en la fiesta de solsticio de verano. ¿Qué le iba a hacer teniendo en cuenta que la casa estaba rodeada de invitados? Aquel hombre estaba claro que no sabía con quien se estaba enfrentando.

—¿De qué narices te ríes? —preguntó Borja aún más enfurecido por la actitud de aquella mujer.

—De esta situación tan surrealista. Dime que no te parece cómica esta escena. ¿Qué diría tu mujer si nos viera a los dos de esta guisa? ¿Se pondría celosa? —Melissa se mordió el labio inferior para darle más dramatismo a la situación—. ¿O acaso estás disfrutando? No creía que fuera tu tipo, Borja.

El hombre intentó volver a golpearla contra la puerta pero Melissa decidió contraatacar demostrándole que las amenazas que le lanzaban no le intimidaban en absoluto y que si alguien allí tenía posibilidades de coaccionar, esa persona era solo ella. El vestido que llevaba era bastante ajustado, por lo que no tenía mucho margen de maniobra, pero eso no le impediría salir victoriosa de aquella situación. En otras situaciones peores que aquella ya se había visto envuelta. Decidió clavar su tacón izquierdo en el pie derecho de Borja, esto le provocó tal dolor al hombre que disminuyó la fuerza de agarre que ejercía sobre sus brazos. Melissa aprovechó ese momento de debilidad de su agresor para zafarse de él. Con la rodilla derecha le golpeó la entepierna, el hombre se dobló de dolor como acto reflejo. La mujer aprovechó la situación para escabullirse definitivamente y retorcerle el brazo derecho e inmovilizarlo finalmente contra la pared. Las tornas habían cambiado radicalmente en poco tiempo.

—La que no voy a responder de mis actos, querido Borja, voy a ser yo como sigas por ese camino —Melissa le susurró a su anfitrión en el oído—. Estoy harta de tus estúpidas amenazas. La que ahora te intimida, soy yo —Melissa levantó su tono y empujó a Borja contra la pared—. El que debes dejarme en paz o te arrepentirás eres tú. ¡Ah! Y permíteme darte un consejo, Borja, y sólo porque comienzas a caerme bien. Hazme caso y no sigas tocándome más las narices, porque yo si que nunca amenazo en vano. ¿Me has entendido bien? —Borja contestó asintiendo—. Si quiero salir con tu hijo, me permitirás hacerlo y si quiero hacerme amiga de tu mujer, tú me apoyarás y no me lo impedirás bajo ningún contexto. No te conviene enfurecerme, Borja, porque no me conoces enfadada y no sabes de lo que soy capaz cuando me encuentro en ese estado.

—De acuerdo —contestó finalmente Borja a media voz—. Te he entendido perfectamente. Si lo que quieres es que no me interponga en tu camino, eso haré.

—Buen chico, buen chico —respondió Melissa sonriendo por culpa de las falsas palabras que le transmitía aquel hombre—. ¡Ah! Si me permites añadir una última cosita... Ni se os ocurra ni a ti, ni al presidente intentar atentar contra el vicepresidente como teníais planeado. Si eso ocurre, si que habrá consecuencias por nuestra parte. Créeme, no os gustarán a ninguno de los dos descubrirlas y puede que yo ya tenga alguna que otra cosa pensada. —Borja intentó zafarse pero Melissa no se lo permitió—. ¿Es qué me estás leyendo la mente? No tienes ni idea de lo imaginativa que soy. Podría hacerle cosas increíbles a tu encantadora mujer o quizás mejor a tu hijo.

—No te atreverías.

—¿Eso crees? ¿Crees que no soy capaz de hacerle daño a tu hijo? ¿Realmente crees que estoy enamorada de él? —Borja no le contestó—. No te creerías de verdad que estoy con tu hijo por pura casualidad, ¿no? Estoy precisamente donde la organización quiere que esté. No solo yo me encuentro infiltrada, hay más como yo revoloteando entre los miembros del gobierno.

—Eso es imposible.

—Llevamos años infiltrándonos en vuestras filas. Nada más tienes que ver lo bien que me ha ido a mi. ¿Quién sabe si a los demás no les habrá ido aún mejor? —Borja intentó zafarse de nuevo sin éxito—. He de decir que yo he tenido suerte teniendo que engatusar a tu guapísimo hijo. Algo fanfarrón, pero en el fondo un trozo de pan que he sabido fácilmente conquistar. Créeme cuando te digo que está siendo una experiencia muy satisfactoria para ambos. Tu hijo y yo nos lo pasamos muy bien juntos. Cada día que pasa creo que está más encaprichado de mí. ¿Te lo puedes creer? Una lástima que yo no sienta lo mismo por él. En otras

circunstancia no me habría sido difícil enamorarme de él. He de decir que tienes una familia increíble a pesar de que no te la mereces. Ahora si me permites, tengo que continuar asistiendo a una maravillosa fiesta de la que tú eres el anfitrión y a la que yo he sido invitada. ¿Quieres que nos reincorporemos juntos o será demasiado para ti?

Borja pensó durante un rato su contestación pero al final asintió despacio. Melissa decidió cesar poco a poco su agarre sobre el hombre. Al ver que no cometía ninguna estupidez, lo soltó por completo.

—¿Ves como no todo es tan malo? —intervino de nuevo Melissa—. Quizás tú y yo podamos llegar a ser grandes amigos. ¿Quién sabe, no crees?

—Tú y yo nunca podríamos ser amigos —le contestó el hombre que se giró para enfrentarla.

—¿Tu mamá nunca te dijo que nunca digas nunca? A veces las circunstancias cambian y debes saber tragarte tus propias palabras. No se sabe donde uno puede encontrar a su próximo aliado.

—De una cosa en esta vida si que estoy seguro. Tú y yo nunca seremos aliados y mucho menos amigos. Cuando menos te lo pienses, te destruiré y ese día te arrepentirás de haberte entrometido en mi camino. El infierno está aquí en la tierra y yo te lo demostraré y no tardando mucho.

—No tienes ni idea de lo gracioso que eres. ¿Nunca has pensado en cambiar de profesión y hacerte monologuista? —Melissa se acercó a Borja mientras lo miraba a los ojos—. Ahora saldremos de esta habitación y nos reincorporaremos a esa maravillosa fiesta como los dos adultos sensatos que somos —la mujer le acarició el brazo izquierdo—. No tenemos porque dar una escena delante de los invitados, si tu no quieres, claro —Melissa le dobló el brazo, se puso a su vera y se agarró a él—. Podemos actuar y parecer una nuera y un suegro felices, ¿qué me dices? Será quizás nuestra mejor actuación.

Borja bajó su mirada para ver como Melissa estaba agarrada a su brazo. Aquella mujer lo tenía entre la espada y la pared. Si quería deshacerse de ella debería de hacerlo más adelante, hoy estaba claro que no era el día. Pero si de una cosa estaba seguro es que no había llegado hasta su posición por no ser paciente. Esperaría su momento y cuando tuviera la oportunidad la destruiría sin miramientos.

Borja decidió finalmente abrir la puerta y los dos salieron al pasillo para retornar a la fiesta. Cuando los dos llegaron al umbral del festejo, Germán se acercó a los dos rápidamente.

—Melissa, me tenías preocupado. —El hijo de Borja se puso delante de la

pareja—. Pensé que te había ocurrido algo, tardaste tanto en regresar...

—Puedes comprobar que tu chica se encuentra perfectamente —contestó Borja—. Esta mujer sabe cuidarse perfectamente ella sola. Quizás mejor que tú y yo juntos, hijo.

Melissa sonrió a su novio mientras se desenlazaba de Borja y cogía la cara de Germán entre sus manos.

—¿Qué podría ocurrirme aquí? —Melissa terminó la pregunta sellando sus labios a los de su chico—. ¿Sabes una cosa? Me encanta que me eches de menos.

## Capítulo 11

Al cabo de cinco horas de fiesta, Melissa estaba tremendamente agotada. Germán estaba en su salsa. Hablaba cordialmente con cada uno de los invitados que todavía aguantaban en la fiesta y la presentaba a todos los que podía. Estaba claro que estaba deseoso de que todos conocieran a su nueva pareja. Cuando los dos hombres que estaban hablando con su novio en aquel momento se marcharon, Melissa aprovechó el momento para hablarle a solas.

—Germán, estoy tremendamente agotada. No sé cuanto tiempo más aguantaré. —Melissa tocó el brazo de su novio dulcemente—. No estoy acostumbrada a ir subida en tacones durante tanto tiempo y tengo los pies destrozados. —Melissa lo miró con cara de cansancio para darle pena.

—¿Quieres que te lleve a casa, cariño? —Germán la cogió de las manos.

—La verdad es que ahora lo que mas deseo es poder quitarme estos zapatos — Melissa le sonrió.

—Siento no haberme dado cuenta antes de que estabas tan agotada pero estaba tan extasiado porque todos te conocieran que no me he percatado. Avisaré a Ricardo para que nos lleve.

—¿No sería mejor que antes nos despidiéramos de tus padres?

—Tienes razón. —Germán la besó en la mejilla y la guió hasta donde se encontraban sus progenitores—. Papá, mamá —les saludó—, acompañaré a Melissa hasta su casa.

—Ha sido un placer asistir a esta maravillosa fiesta. —Melissa se despidió primero dando dos besos a Elisabeth y a continuación a Borja—. Espero que nos veamos muy pronto en circunstancias más íntimas.

—Para mí también ha sido un placer conocerte —intervino Elisabeth—. Yo también deseo que nos volvamos a ver muy pronto. ¿Qué te parece si comemos todos juntos dentro de unos días? —la mujer miró a los cuatro para enfatizar su pregunta.

—Sería perfecto —contestó rápidamente Melissa antes de que alguien se le adelantara—. Cuando podáis nada más tenéis que avisarme. Yo puedo escaparme unas horas del trabajo, sin problema.

—Entonces quizás la semana que viene podamos hacer esa comida. Primero tendré que organizar mi agenda, pero no creo que haya muchos inconvenientes. —Borja tampoco se cerró en banda aunque Melissa sabía

que solo decía aquellas palabras por quedar bien.

—Entonces ya lo iremos hablando —intervino Germán—. Ahora si nos permitís...

—Por supuesto, hijo —contestó Elisabeth.

—Siento no poder seguir en la fiesta, pero me encuentro tremendamente agotada —expresó Melissa.

—Para serte sincera, si yo pudiera, este sería el momento preciso para irme también, pero es lo que tiene ser la anfitriona. Mi obligación es resistir hasta el final.

—Entonces nada más puedo desearla que lo que le quede de velada se le pase lo mejor posible. —Melissa se cogió del brazo de Germán para proceder a irse.

—Eso espero, cielo, eso espero —sentenció Elisabeth.

Germán y Melissa abandonaron la fiesta y se dirigieron a la entrada de la mansión donde se encontraba Ricardo hablando efusivamente con otros choferes. Al verlos bajar las escaleras de la entrada, el hombre abandonó el grupo y se dirigió a la pareja.

—Ahora mismo traeré el coche —les informó.

—Gracias, Ricardo —respondió German antes de que desapareciera.

El chófer se marchó en busca del vehículo.

—Parece que la noche esta refrescando —comentó Melissa a la vez que se tocaba los brazos para intentar darse calor.

Germán se quitó su chaqueta y la puso sobre los hombros de su chica.

—Nunca he entendido porque vuestros vestidos tienen que ser tan veraniegos.

—Cariño, no hace falta. —Melissa intentó quitarse la prenda sin mucho éxito—. Ahora el que te quedarás helado serás tú.

—¿Qué clase de hombre sería si dejara que mi amada se congelara? Por mí no te preocupes, Ricardo llegará enseguida. —Germán tocó los brazos de Melissa—. ¿Te lo has pasado bien?

—Claro. Ha sido una velada increíble —respondió Melissa sonriente.

—¿No respondes eso solo para contentarme?

—¿Por qué habría de hacer eso?

—No, por nada. —Germán se giró al ver aproximarse su coche—. Es hora de llevarte a casa.

Tras un cuarto de hora de trayecto, llegaron a la urbanización de Melissa. Su hogar no era tan despampanante como la casa de los Domínguez pero ella estaba orgullosa de su morada. Ella misma la había reformado tras haber terminado su carrera y ahorrar algo de dinero. Aquella casa había pertenecido a sus padres adoptivos. En ella había pasado muy buenos momentos y aquellas paredes poseían muchos recuerdos que la permitían seguir viviendo cada día.

El coche estacionó delante de la entrada. Cuando el vehículo paró, Melissa se giró y besó en los labios a su novio.

—Gracias por traerme.

Germán la atrajo hacia él y la devolvió el beso apasionadamente.

—¿Quieres que pase? —le preguntó al oído.

Melissa puso su mano sobre el pecho de Germán para alejarse un poco de él antes de contestar.

—Será mejor que lo dejemos para otro día. Estoy tremendamente agotada, cariño. ¿Qué te parece si te pasas mejor mañana y hacemos una cena romántica?

—Me encantaría, Mel. —Melissa antes de bajarse del coche se quitó la chaqueta de Germán y se la entregó—. ¿Quieres que traiga algo para cenar?

—No, no hace falta. Deja que me encargue yo de todo, es lo mínimo que

puedo hacer.

Melissa salió del coche y cerró la puerta del vehículo suavemente tras de sí. A continuación se dirigió a la puerta de su casa y la abrió. Antes de entrar, se giró y miró a Germán que se encontraba observándola desde el coche. Ella le saludó con la mano y él le respondió con una sonrisa. Seguidamente entró en casa y cerró la puerta.

## Capítulo 12

Una vez que Melissa escuchó como el coche de su novio abandonaba su finca, se descalzó y se dirigió corriendo a su habitación para cambiarse de ropa.

Una vez en ella, se bajó la cremallera de su vestido y se lo quitó. A continuación, se metió en su vestidor y se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta ajustada negra. Para finalizar el conjunto, se puso una cazadora negra y se calzó unos playeros.

Melissa salió de su habitación y bajó corriendo las escaleras. Cuando llegó al hall se dirigió al garaje. Una vez en él se dirigió a su moto favorita. Se puso el casco y se subió a ella. Arrancó el motor y salió de su propiedad dirección a la autopista. Una vez en ella se alejó de la ciudad. Al cabo de veinte minutos tomó la salida número doce para continuar conduciendo, en esta ocasión, por una carretera comarcal. Llegó a un pequeño pueblo, tras cruzarlo tomó una entrada que se internaba en un frondoso bosque. El camino era de tierra por lo que tuvo que reducir la velocidad. Tras unos minutos llegó al final del camino, había una cabaña de piedra y madera construida en un claro.

Melissa estacionó la moto delante de la puerta de la cabaña y se bajó de ella. La mujer tras quitarse el casco, se dirigió a la puerta y llamó tres veces. Alejandro abrió la puerta despacio, pero al ver a Melissa al otro lado la terminó de abrir más rápido.

—¿Qué narices haces a estas horas aquí, Melissa? —Alejandro se restregó la mano por los ojos. Estaba claro que el hombre estaba durmiendo y ella lo había despertado.

—¿Estabas durmiendo? —le preguntó la mujer.

—¿No es obvio? Son las tres de la madrugada, Melissa. La gente normal duerme a estas horas, ¿sabes? —Alejandro la invitó a pasar al interior de su cabaña con un movimiento de mano—. Por cierto, ¿a estas horas no deberías estar en una fiesta?

—La fiesta estaba quemada y no pintaba nada más allí. Fui a presentarme delante de Borja como novia de su hijo. Hice mi mejor papel y decidí irme en el momento álgido.

—¿Y dónde está tu vestido de princesa? Porque dudo que fueras así vestida, ¿no? —el hombre enfatizó sus palabras señalando la ropa de la mujer.

—¿Estás loco? Fui preciosa a la fiesta pero como comprenderás, no pintaba nada con ese vestido subida en una moto —Melissa sonrió a Alejandro antes de sentarse en un sofá.

—Tampoco pintas mucho subida en una moto con ese peinado y ese maquillaje y mira por dónde, lo has hecho. Por cierto, siéntate, querida. Estás en tu casa. —Alejandro la hizo una reverencia muy teatral mientras sonreía.

—Ya se que estoy en mi casa, Alejandro. No tienes porque recordármelo una y otra vez cada vez que vengo a hacerte una visita —Melissa le sonrió mientras se recostaba en el sofá de forma relajada.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí a estas horas? ¿Y si llego a estar con una mujer? Tienes que acostumbrarte a llamar antes de venir. Quizás algún día te encuentres con una escena poco agradable para tus ojos. Ya sabes que tengo unos gustos muy especiales.

—Mis ojos están acostumbrados a escenas realmente surrealistas. No me asombraría de nada de lo que pudieras hacer. Además, por lo que tengo entendido, ahora no estas saliendo con nadie.

Alejandro cogió una silla y se sentó enfrente de su amiga, en lugar de hacerlo en el mismo sofá que ella ocupaba.

—No se necesita estar con nadie para tener una noche loca. —Alejandro apoyó sus codos sobre sus rodillas y miró fijamente a su invitada.

—Tú no eres de esos, Alex —sentenció Melissa.

—Tienes razón. Ese tiempo para mi ya pasó. —Alejandro se movió en la silla y apoyó su espalda en el respaldo—. ¿Para qué has venido hasta aquí realmente, Melissa? No sueles venir mucho, pero cuando lo haces, tienes una explicación convincente para ello.

—Necesitaba hablar con alguien —respondió escuetamente la mujer—. Necesito desahogarme con alguien o voy a explotar.

—¿Necesitabas hablar con alguien a las tres de la madrugada? Por Dios, Melissa. ¿No podías hacerlo mañana por la mañana de una forma más relajada?

—Pues para serte sincera, no, no podía. Hoy, en esa fiesta, me he acordado de una época pasada muy feliz en su momento para mí, pero que ahora me hace daño recordarla. Si me quedaba sola en mi casa, me volvería loca. Tú eres el único con el que puedo hablar de ello.

—Ya me puedo imaginar de qué se trata. ¿Una época en la que estaba en tu vida...

—No lo nombres, Alex. No digas su nombre en voz alta —le cortó Melissa antes de que pudiera terminar la frase—. Ya sabes que no quiero oír su nombre.

—¿No quieres o no puedes oírlo? Melissa, ya ha pasado un año desde que lo nuestro se trunco. Es hora de que comiences a pasar página. Él ya lo ha hecho. ¿No es hora de que lo hagas tú también?

—¿Tú podrías? —le preguntó Melissa a su amigo mientras lo miraba directamente a los ojos. Este no la contestó—. Es imposible que pase página cuando lo veo casi a diario y encima con otra. Todavía a día de hoy, cada vez que lo veo, mi corazón da un vuelco para a continuación, romperse en mil pedazos. Le añoro todavía tanto... No sé si algún día podré sentir lo mismo por otro hombre como lo que sentí por él.

—Melissa —Alejandro le cogió las manos entre las suyas—, sé que es duro. Sé que te rompió el corazón en mil pedazos pero tienes que intentar pasar página. Es más fácil decirlo que hacerlo, pero tú eres fuerte y si te lo propones, puedes conseguirlo. Es por tú bien, cielo. Vivir inmersa en el pasado no te hace ningún bien, en absoluto.

Melissa miró sus manos cogidas por las de Alejandro.

—Le propuse que nos fuéramos lejos de aquí, que huyéramos de las redes de la organización y él aceptó sin dudar. Preparamos nuestra huida durante semanas. Lo teníamos todo preparado, Alejandro, todo. Ni siquiera te puse al corriente de nuestros planes, y no tienes idea de lo mal que me sentía por tenerte al margen de todo, pero era por tu seguridad. Espero que lo entiendas —Melissa miró de soslayo a Alejandro y este asintió a modo de respuesta—. La cuestión es que fui a la estación de tren como acordamos. El próximo viernes hará un año de aquello. Lo esperé en el banco acordado, pero él nunca llegó. Me dejó colgada, Alejandro. Ni siquiera tuvo la decencia de llamarme y decirme que había cambiado de opinión. Me dejó allí sola en la estación, esperándole como una idiota. ¿Qué podía hacer yo? Pensé en irme de Ximar y proseguir con lo que teníamos planeado. Pero cuando fui a subirme a ese tren, cambié de opinión y decidí realizar la misión que tenía encomendada. Huir de la organización sin él, sola, no tenía sentido para mí y lo más seguro es que me cazaran en pocas semanas con el fatal desenlace para mí. Así que ese día en el que comenzaría una nueva vida al lado del hombre al que amaba, bueno mejor dicho al que aún amo, me embarque en el enredo que ahora estoy viviendo. No me digas que mi historia no es surrealista —Melissa sonrió de forma nerviosa y embelesada en su historia.

—¿Nunca le preguntaste por qué no apareció? —Alejandro la sacó de su embelesamiento y la devolvió a la realidad.

—¿Cómo dices? —Melissa retiró sus manos de las de Alejandro como si de repente su contacto la quemara.

—¿Vosotros dos nunca hablasteis de lo ocurrido? Tal vez él tenga una explicación que ofrecerte.

—¿Lo estás defendiendo, Alex? No me lo puedo creer. Yo fui la que esperé como una idiota su llegada en aquel andén, y todavía he de preguntarle, ¿por qué?

—Me has malinterpretado, Melissa. Yo no quería decir exactamente eso. Pero a veces las cosas no son lo que parecen. ¿Nunca has pensado que tal vez algo o alguien le impidiera ir a vuestro encuentro?

—Lo único que he pensado durante todos estos meses es que él nunca me amó. Para él lo nuestro fue solo una misión como lo es ahora para mí la relación con Germán.

—¿Crees que él nunca te amó? Cuando os veía juntos, percibía una química especial entre ambos. Cuando él te miraba las chispas surgían en sus ojos. Eso no se puede fingir, o surge, o no lo hace. En esa relación los dos estabais enamorados el uno del otro, era recíproco.

—¿Cuándo me ves con Germán no percibes la misma química? —Alejandro no contestó. Por un breve espacio de tiempo abrió mucho los ojos pero rápidamente controló su reacción—. Los sentimientos se pueden fingir como yo lo hago ahora. Es muy sencillo si te lo propones y él, en su día, fue lo que hizo conmigo.

—¿En qué te basas? ¿Por qué haría él eso?

—Mis inicios en la organización, como los de todos, fueron muy duros. Mi primera misión fue una de las más complicadas a las que me he enfrentado hasta la fecha. Me interné en el complejo organigrama de la desaparecida organización terrorista OTIR. Mi misión era escalar dentro del grupo para finalmente destruirla desde dentro. Nadie conocía la identidad de la cúpula de OTIR y ese era mi objetivo principal. Para conseguirlo tuve que hacer cosas de las que no estoy nada orgullosa, cosas que nunca revelaré a nadie por miedo a que me odien. Hice cosas horribles, Alejandro. Cosas que durante las noches se convierten en mis peores pesadillas y sé que me acompañarán toda mi vida. Durante mi infiltración, tras ejecutar cosas horribles, mi determinación se debilitó hasta tal punto que estuve a punto de abandonar. En ese momento, el innumerable, como mi instructor que era, apareció para motivarme. Me hizo ver que yo estaba más que preparada para llevar a cabo mi labor y

yo, tonta de mí, le hice caso. Durante semanas me apoyó en mi misión. Durante mis recaídas emocionales, él aparecía como mi salvador, hasta que caí enamorada de él como una autentica idiota. Él supo jugar muy bien sus cartas y yo no me percaté de ello hasta que me echo el órdago.

—Tras terminar tu infiltración en OTIR vuestra relación no terminó sino que continuó. Si ese hubiera sido su propósito habría terminado ahí, no se habría dilatado en el tiempo.

—Sí pero escasamente dos meses y terminó de la forma más irreal. ¿Sabes qué me duele más?

—¿Qué, Melissa? —le animó Alejandro a proseguir.

—Que tras el regreso del viaje con el que comencé la misión en la que ahora estoy inmersa, se acercó a mí como si entre él y yo nunca hubiera existido nada, como si no hubiéramos planeado nunca fugarnos. Fue una situación de lo más quimérica. Me di cuenta de que ese hombre me hizo vivir una mentira y me sentí como la mujer más estúpida del planeta. Ese sentimiento se acrecentó aún más cuando le vi que estaba saliendo con Tania. Yo volví de aquel viaje creyendo que me daría una explicación de su plantazo, pero en lugar de eso, me hizo sentir como si lo que hubo entre él y yo solo hubiera estado en mi imaginación. En nuestro primer encuentro me habló como si fuera un agente más, de una forma fría y distante, como antes le había visto hablar con otros. Y a pesar de que creía que le odiaba, cuando lo vi, me di cuenta de que nunca podría hacerlo porque lo amaba. ¿Alguna vez has estado en una tesitura similar a la mía? ¿Alguna vez has estado enamorado de una persona que no te ama y nunca lo hará?

—Sí, una vez me encontré en una situación parecida a la tuya.

—¿Cómo conseguiste sobrellevarlo? ¿Cómo conseguiste olvidarte de esa persona que tanto daño te hizo?

—No se si mi contestación te gustará mucho; pero por mi experiencia, nunca consigues borrar a esa persona de tu mente totalmente, siempre está ahí como latente. Yo, a día de hoy, todavía no he logrado suprimirla y creo, sinceramente, que nunca lo conseguiré. He aprendido a vivir con su existencia continua en mi vida.

—Pero yo quiero olvidarlo, borrarlo de mi vida —Melissa hablaba con desesperación.

—Lo siento muchísimo, Melissa. Yo en esa labor no sé como ayudarte, que más quisiera que poder hacerlo. Solo puedo decirte que el tiempo va borrando poco a poco esos sentimientos enfermizos y con los años serás

capaz de verlo sin esa desesperación que sientes ahora cuando lo haces.

—No sé si podré, Alex.

Alejandro volvió a coger entre sus manos las de su amiga.

—Ahora estás inmersa en una relación que puede ayudarte en ese trance. Toma el tren que la vida te ha brindado, aférrate a él para conseguir olvidar cuanto antes a Ro...

—Shhhh —le cortó Melissa antes de que terminará de decir el nombre—. Recuerda que no quiero oír su nombre. No puedo afianzarme a una relación nacida de la mentira. ¿No te das cuenta de ello? Tarde o temprano me ordenarán que termine esa unión.

—Germán es uno de los solteros más deseado de este país. Es guapo, listo, con posibles... Cualquiera chica soñaría por encontrarse ahora mismo en tu lugar. Ese hombre bebe los vientos por ti, aprovéchalo. Que luego te ordenan terminar esa relación, ya encontrarás otra cosa a la aferrarte. Vive el día a día, cielo. Confía en mí, ¿vale? Ahora Germán es tu mejor opción para tirar adelante, no seas tonta. Mañana es sábado, cuando te levantes, llámalo y quedad para comer y pasar el resto del día juntos. Disfruta de los momentos que pases con él sin pensar que él es una misión para ti.

Melissa se levantó del sofá y abrazó fuerte a su amigo.

—Muchísimas gracias, Alejandro. Sabía que venir aquí para hablar contigo me haría mucho bien. No sé que haría sin ti. —Melissa lo besó sonoramente en la mejilla—. Te aprecio muchísimo.

—Lo sé, Melissa, lo sé. Yo también lo hago y quiero que sepas que yo siempre estaré aquí para ayudarte. Eres mi pequeña y siempre te protegeré si está en mi mano.

## Capítulo 13

Cuando Melissa llegó a su oficina el lunes, como ocurría siempre, todos sus empleados ya habían llegado. Pero en esta ocasión, algo fallaba, ninguno se encontraba en sus respectivos sitios. Todos se hallaban entorno a la mesa de Cristina.

—Hola. Buenos días a todos —saludó Melissa a sus empleados.

Ellos al ser cazados fuera de sus lugares habituales, se sobresaltaron y volvieron rápidamente a sus mesas como si se encontraran haciendo algo ilegal.

—Hola, buenos días, Melissa —contestaron todos al unísono.

—¿Qué tal el fin de semana, Melissa? —agregó a continuación Cristina sentada en su escritorio.

—Muy bien, gracias. Pero, ¿a qué se debe la pregunta? —le contestó ella intrigada.

—Porque se te ve muy bien acompañada en la prensa rosa. ¡Qué calladito te lo tenías jefa!

—¿Disculpa? —Melissa no sabía a que se refería su empleada. ¿Por qué habría de salir ella en la prensa rosa?

—¿No lo sabías? —le contestó su empleada extrañada porque ella no supiera que salía en todas la revistas.

—La verdad, Cristina, es que no se a qué te refieres.

—A estas alturas deberías de saber que siendo novia de quien eres, no pasarías desapercibida para los paparazzis. Tu chico es uno de los solteros más deseados y codiciados del país. Yo porque estoy casada que sino te tendría una envidia...

Cristina le tendió la revista que antes habían estado viendo todos sus empleados. En la portada se podía leer el siguiente titular “¿La pareja del verano?” junto a una fotografía de Germán y ella bailando felizmente en la fiesta del solsticio de verano celebrada en la casa de los padres de él. Melissa estaba sorprendida por la noticia. No creía que la relación saliera a la luz pública tan pronto, era un riesgo asumible y para el que ya estaba preparada. Seguramente a su suegro no le haría mucha gracia aquella portada.

—¿Me dejarías la revista? —se dirigió a su empleada.

—Faltaría más, jefa —le contestó Cristina—. ¿Germán es tan guapo en persona como en la tele?

—Gracias —contestó simplemente Melissa omitiendo contestar a la pregunta que su empleada le acababa de formular. A continuación, en voz alta agregó—. Os recuerdo que en diez minutos tenemos reunión de trabajo —enfaticó tocando su reloj de pulsera—, por si ya se os había olvidado.

Melissa giró sobre sus talones y se dirigió a su despacho taconeando. Antes de entrar, saludó a la joven secretaria que sustituía a la habitual que se encontraba de vacaciones.

—Buenos días, Marlene.

—Buenos días, Melissa —le contestó esta.

Melissa finalmente entró en su despacho. Cerró la puerta a su paso y se sentó en su cómodo sillón de oficina. Dejó la revista sobre su imponente escritorio de madera noble. Encendió su ordenador y comprobó su correo electrónico. Cuando terminó sus labores habituales, todavía le quedaban cinco minutos que decidió dedicar a leer la noticia de la revista en la que ella y su pareja salían.

*"Germán Domínguez tiene una nueva conquista."*

*Germán Domínguez, hijo del conocido político Borja Domínguez, acudió a la fiesta que organizaba su familia para celebrar el inicio del verano acompañado de una guapa y desconocida mujer. Parece ser que al actor no solo le va bien en el terreno laboral, ya que la serie en la que ha debutado "Balas perdidas" esta siendo todo un éxito en la pequeña pantalla, sino que también parece que le sonrío la suerte en el terreno amoroso.*

*Mucho se especuló durante el estreno de la serie sobre el motivo por el que el deseado intérprete no fuera acompañado de ninguna fémina, cosa a la que nos tiene poco acostumbrados. Parece ser que su guapa pareja no es amiga de flashes. Sus anteriores novias siempre han estado relacionadas con el mundo de la farándula. En esta ocasión, por el contrario, la mujer es totalmente anónima, cosa que a las comunes de las mortales nos deja volar nuestra imaginación.*

*Las primeras imágenes de esta pareja fueron tomadas durante el transcurso de la fiesta del solsticio de verano y entre ellos puede*

*percibirse una gran complicidad.*

*Durante las próximas semanas les iremos poniendo al día de la identidad de esta guapa mujer y del transcurso de esta magnífica relación.*

*Desde esta redacción, les deseamos que el amor les dure mucho tiempo. Felicidades Germán. Esperamos que hayas encontrado, por fin, tu media naranja.*

—Lo que me faltaba, ser la comidilla de todo el mundo y tener a una recua de periodistas pisándome los talones —sentenció Melissa en voz alta para ella misma tras leer el artículo que hablaba sobre ella.

## Capítulo 14

Roberto se encontraba nervioso y desasosegado en su despacho privado de la base de la organización. Desde hacía unos días esa intranquilidad iba en aumento y no tenía ni idea de a qué podía deberse. Al principio se despertaba agitado en mitad de la noche pero ahora, apenas podía concentrarse en el trabajo en el que estaba inmerso. Debía coordinar varias misiones y en aquellas condiciones emocionales le era imposible.

El hombre levantó la mirada de su ordenador y centró su atención en la zona central de la base. Eran las once de la mañana y muchos utilizaban la hora del café de sus respectivos trabajos para ir a la organización a enterarse de las novedades, recibir una nueva misión o simplemente informar de sus progresos. Melissa siempre llegaba a las once y dos minutos, así que estaba apunto de pasar por allí. Verla era lo único que lo tranquilizaba aquellos días, lo único que le permitía centrarse de nuevo en su trabajo. Pero las once y dos minutos pasaron y la mujer no hizo su aparición estelar. Roberto consultó su reloj por si hubiera algún error, pero no, ya eran las once y tres minutos y ella no había aparecido. ¿A qué se debía aquel cambio en su tan estricta metodología? Su desesperación fue acrecentándose más y más hasta que decidió levantarse. Aquellas cuatro paredes le agobiaban y necesitaba respirar sino quería estallar.

Roberto salió de su despacho y se chocó con alguien que pasaba por allí.

—Lo siento —se disculpó sin siquiera mirar a la persona contra la que se había tropezado.

El hombre estaba decidido a investigar porque Melissa no había venido aquella mañana a la base de la organización. Si alguien conocía la causa, esa persona solo podía ser Alejandro. Al llegar a la zona central, una mano le cogió por el antebrazo y le impidió seguir caminando.

—¿A dónde vas de esa forma, Roberto? —Tania le apretó más el brazo para que centrar su atención en ella—. Acabas de llevarte por delante a Miriam, ¿en qué narices estás pensando?

El hombre finalmente se giró y centró su interés en su pareja.

—He de preguntarle algo a Alejandro de vital importancia.

—¿Algo como qué? —se interesó la mujer sin ceder su amarre.

—Soy agente de grado uno. Hay cosas de las que no he de darte explicaciones y esta es una de ellas. —Roberto la fulminó con la mirada y

Tania cesó su contacto sobre él.

—Llevas semanas muy raro. Si hay algo que quieres contarme...

—No. No hay nada que quiera contarte, Tania —le cortó de forma tajante Roberto—. Me encuentro perfectamente y ahora te agradecería que me dejarás en paz. Si me disculpas, he de tratar un asunto importante y que no te incumbe.

Antes de dar tiempo a que le contestara, se dio media vuelta y se encaminó directamente a la zona de trabajo de Alejandro. El hombre se encontraba hablando animadamente con dos agentes que le miraban embelesados por la explicación que les estaba dando.

—Leo, Pablo —les llamó Roberto a ambos por su nombre—. ¿Nos dejáis un momento?

Roberto miró a los dos hombres de una forma dura, sin darles posibilidad de rebatirle. Ellos únicamente se miraron y asintieron al unísono en su dirección para a continuación abonar el lugar en silencio.

—Vaya humos que tenemos hoy, ¿no? —dijo Alejandro mientras guardaba el artilugio que había estado enseñando a los dos agentes que se acababan de ir.

—¿Dónde esta Melissa? —preguntó a bocajarro Roberto.

—¡Oye, oye, oye! —respondió Alejandro—. A los demás puedes tratarlos de esa manera, pero a mi me tienes que hablar con educación, chaval. Si entras de esa manera en mi taller, ya te puedes ir por dónde has entrado —el hombre señaló con el dedo la salida—. Aquí, soy yo el jefe. Puede que a los demás los amedrentes por tu posición jerárquica, pero yo no te tengo ningún miedo. Así que tú mismo.

El hombre no bajó la intensidad dura de su discurso. Estaba muy serio y su semblante no cambió en ningún momento. Ambos hombres se miraron a los ojos sin hablar durante unos segundos. En silencio, uno se evaluaba al otro y viceversa.

—Lo siento, Alejandro —intervino finalmente Roberto. Tras pronunciar aquellas palabras algo dentro de él se relajó—. Perdona mi comportamiento. No sé qué me pasa desde hace unos meses para acá. Me encuentro todo el día irascible y dentro de mí nace una irá que apenas llevo a controlar.

—Tal vez tengas que hablar con Yolanda. Ella te podría ayudar, de hecho

es su trabajo.

—¿Yolanda? Ni loco la haría participe de mis problemas emocionales. Ya he de soportarla demasiado por ser la segunda de esto como para encima contarla mis debilidades. No, gracias. Saldré de esto solo como ya lo hice antes.

—Yolanda es la segunda de esto, sí, pero también es nuestra psicóloga. Si tienes un problema emocional que te impide realizar bien tu trabajo, por tu bien y por el de todos, acude a ella cuanto antes.

—Mi experiencia me dice que cuanto menos conozca tus debilidades mucho mejor. Sé de lo que hablo.

—Con Tania, ¿todo bien? —se interesó Alejandro.

—Sí, es demasiado permisiva conmigo. Últimamente la estoy tratando bastante mal y de momento no me ha mandado a la mierda —Roberto sonrió—. No sé durante cuanto tiempo más me aguantará, pero de momento, nos va bien.

—Me alegro —respondió escuetamente Alejandro antes de volverse a poner a trabajar con una arma.

—¿Melissa hoy no va a venir a informar de los avances de su misión?  
—insistió de nuevo Roberto.

—Ya estuvo por aquí a primera hora de la mañana —respondió el hombre mientras examinaba meticulosamente el arma—. Serían las siete de la mañana. Fíjate que Francisco todavía no se encontraba y tuvo que informar a Yolanda.

—¿Y por qué vino hoy tan pronto? ¿Es qué tenía que ir a algún sitio?

—Sí, por lo poco que me pudo comentar, iba a pasar todo el día con Germán. No sé qué me habló de ir en barco a unas calas o no se qué. ¿Querías decirle algo? Si quieres se lo puedo comentar yo, no tengo ningún problema por hacerlo.

—No es nada, Alejandro —respondió Roberto intentando quitar importancia a la situación—. Solo quería comentarla algunas cosas sobre la misión que va a tener que llevar a cabo el sábado próximo, eso es todo. Tendré que esperar a mañana para hacerlo. De todas maneras, muchas gracias.

Roberto procedió a abandonar el taller cuando Alejandro lo llamó de

nuevo.

—Roberto, ¿tienes ahora unos minutos libres? Me gustaría hablar contigo, si no te importa. —El hombre posó el arma en la que estaba trabajando sobre la mesa y esperó la contestación del que todavía era su amigo.

—Sí, por supuesto —Roberto se encogió de hombros—. ¿De qué quieres hablar?

—Acompáñame, por favor. —Alejandro lo guió hasta la habitación donde almacenaba todo el armamento de la organización y le animó a pasar—. Aquí podremos hablar de forma más íntima, lejos de radioescuchas.

Una vez que Roberto había entrado en la sala y Alejandro había hecho lo propio, este último cerró la puerta de la estancia y marcó unos números en el panel de control.

—¿Qué haces? —le inquirió Roberto al saber lo que hacía.

—No tenemos muchos minutos antes de que se enteren de que no pueden oír nuestra conversación —su interlocutor asintió en silencio—. Por ello iré al grano. ¿Cómo pudiste ser tan capullo con Melissa? Nunca pensé que tuviera que catalogarte de ese modo a ti.

—No sé a qué te estás refiriendo, Alejandro —respondió Roberto.

—Sabes perfectamente a que me estoy refiriendo y tú también. Al igual que también conoces el motivo por el que te encuentras con ese humor de perros. —Alejandro se acercó a Roberto hasta quedar a una distancia prudencial—. Hace poco se cumplió un año de cuando dejaste a Melissa plantada en la estación de tren. ¿Tienes remordimientos de aquello?

—¿Cómo puedes saber eso?¿Te lo ha contado ella? —contestó Roberto a media voz.

—Sí. Vino hace unos días, tras la fiesta del solsticio de verano, destrozada a mi casa y me lo relató todo. No sé como has podido ser tan capullo con ella. Ella te quería y yo pensé que tú a ella también. Pero hacerla eso...

—No me juzgues así a la ligera —le cortó Roberto antes de que terminara la frase—. Las cosas, a veces, no son lo que parecen. Tú, mejor que nadie, deberías de saberlo.

—¿Ah no? Dime entonces como he de juzgar a un tío que se iba a fugar con su novia y la deja plantada sin ningún tipo de explicación el día de la huida. Dime que he de opinar de ese mismo tío que tras dejar plantada a su pareja, comienza a salir con otra escasos días después sin atreverse a cortar formalmente con la primera. Dime Roberto, ¿qué he de opinar de

ese tío? Mejor dicho, ¿qué opinas tú de su actitud?

—Te he dicho que a veces las cosas no son lo que parecen y en esta ocasión es lo que ocurre.

—¿Quieres decirme que en esta circunstancia las cosas no son lo que parecen? Ahora, tienes la oportunidad perfecta para explicarte. Ya que no te atreves a hacerlo con ella, tal vez lo hagas conmigo y esa actuación te ayude a controlar tu humor.

—Amaba, amo y amaré siempre a Melissa. Cada día que vivo en este mundo, la quiero aún más, pero nuestro amor es imposible.

—¿Por qué es imposible? Aún estás a tiempo de arreglarlo todo. Estoy seguro que si la cuentas el motivo por el que no acudiste aquel día a la estación, ella te perdonará.

—No, no he de arreglar nada. Si no le expliqué los motivos de mi plantazo fue precisamente porque la amo demasiado.

—Perdóname pero no te entiendo. Si la quieres tanto, no entiendo porque no luchas por ella. Yo sería lo que haría si estuviera en tu lugar.

—Porque si lucho por ese amor, Yolanda y Francisco la eliminarán —sentenció Roberto. Nada más decir aquellas palabras, se arrepintió de haberlo hecho.

—¿Cómo dices? —Alejandro estaba asombrado con la respuesta de su amigo.

Roberto antes de contestar sopesó bien su respuesta.

—Escasamente una hora antes de que nos fuéramos a fugar, recibí una inesperada visita en mi loft de Francisco y Yolanda. No me preguntes cómo pero conocían perfectamente nuestros planes. Sabían que nos íbamos a fugar y que poseíamos la forma de borrar todos nuestros datos del sistema informático de la organización. Me hicieron ver que tarde o temprano, a pesar de mi destreza, nos acabarían encontrando. Me amenazaron con el fatal desenlace que correría Melissa si decidíamos finalmente irnos.

—¿El fatal desenlace para Melissa? —Alejandro le animó a proseguir con su relato-.

—Sí. Me amenazaron con que cuando nos encontraran la torturarían delante de mis ojos. Y que finalmente, cuando estuviera tan débil que a penas pudiera respirar, me obligarían a matarla. De este modo, mis manos estarían teñidas con la sangre de mi amada y tú bien sabes que no

podría vivir con esa culpa.

—¿Y qué te dijeron que harían contigo?

—A mi no me matarían. Mi castigo sería ser el responsable de su muerte. El que ella viviera o no dependía de la decisión que tomara en aquel momento. ¿Cómo puedes pensar que con este escenario lucharé por ella? La quiero, y si para que siga viviendo ha de estar con otro, lo aceptaré. Yo no seré el causante de su muerte.

—¿A pesar de que ambos seáis infelices de por vida?

Miguel pensó su respuesta antes de contestar.

—¿No crees que arriesgarme a qué ocurra el fatal desenlace no sería ser kamikaze?

—Llegado el momento no creo que se atrevieran a cumplir la amenaza — Alejandro respondió de una forma muy tajante.

—Ya creo que si se atreverían —respondió Roberto rápidamente como si las palabras le quemaran dentro de su boca—. Esa amenaza ya la han cumplido más veces y yo mismo he sido participe del ritual.

—No alcanzo a comprender por qué les incomodaba tanto tu relación con Melissa y ahora no ocurre lo mismo con Tania.

—Melissa y yo teníamos una atracción carnal. Los dos haríamos cualquier cosa por el otro y eso es algo muy peligroso aquí dentro. ¿Qué pasaría si a ella o a mi nos capturara el enemigo en alguna de nuestras misiones? ¿Comprendes a dónde quiero llegar? Mi relación con Tania es distinta. Ella no es agentes de campo por lo que ese riesgo ha sido eliminado en esta relación.

—¿Por qué no le contaste esto mismo a Melissa? Se merece conocer la realidad.

—Es una de las muchas reglas que ellos me impusieron para que no tuviera lugar el fatal desenlace.

—Vamos que no solo te amenazaron por la fuga sino también por tener cualquier tipo de relación con ella.

—Ya sabes lo estrictas que son las normas de la organización. Ningún agente de campo puede tener una relación aquí, y Melissa lo es, nos guste o no. Si no impedían nuestra relación y se hacía pública, otros nos imitarían. Tenían que terminar nuestra relación de la manera más radical posible. En cierta medida no les culpo por ello. Sabíamos que infringíamos

las leyes y nos embarcamos igual.

—Y tú sesgaste la relación dejándola plantada en el anden el día de vuestra fuga cuando podías haberlo hecho de otra manera.

—¿Qué podía hacer? Melissa nunca habría atendido a razones. Ya conoces lo impulsiva que es. Fue la mejor idea que se me ocurrió en ese momento y sinceramente, creo que fue la mejor. A la vista esta que Melissa sigue viva, de otra manera no sería así.

—Pero te odiará de por vida. ¿Eso te da igual? —Alejandro no se podía creer las palabras de Roberto.

—Mejor que me odie estando viva que muriera por una decisión que estaba en mis manos.

—¿No crees que ella también tenía que tener la opción de decidir? A fin de cuentas lo que hiciste la repercutía a ella también.

—No me considero un hombre egoísta y si la mantenía a mi lado lo estaba siendo. ¿Crees qué no es duro para mi verla en los brazos de otro? ¿Crees qué no sufro cuando la veo y no puedo rodearla con mis brazos y besarla apasionadamente? La quiero y si para que esté viva he de seguir alejándola de mí, lo haré una y mil veces sin dudar. Ahora solo te pido que no le reveles nada de lo que hemos hablado aquí. Sé que la aprecias pero si le haces participe de la verdad, la podrás en peligro y mis desvelos no habrán servido entonces de nada. ¿Comprendes?

Alejandro evaluó a Roberto detenidamente. Parecía que decía la verdad y que hablaba con sentimiento.

—No has de que preocuparte. Seré una tumba. No le diré nada de lo que aquí hemos hablado. La quiero como se quiere a una hija. No la pondría en peligro deliberadamente. Tienes mi palabra. —Alejandro tecleó de nuevo unos números en el panel de control y la puerta se abrió. Roberto procedió a salir de la habitación pero antes de que lo hiciera le llamó para captar su atención—. No es necesario que vayas a Yolanda para averiguar la causa de lo que te pasa.

—¿Cómo dices? —Roberto no sabía que le quería decir ahora el jefe de armamento con aquellas palabras.

—Estás intranquilo, desasosegado y tienes ese humor de perros porque hoy hizo un año que os ibais a fugar de aquí. Es la misma causa por la que Melissa no quería toparse contigo hoy por aquí. Ambos todavía os amáis y el que estéis poniendo trabas entre vosotros solo empeorará más vuestra desazón. Hablando se entiende la gente. Puede que vuestro destino no sea estar juntos, pero podéis llegar a un entendimiento y saber

encauzar vuestra relación de otro modo.

Roberto dejó que el hombre terminara su discurso y cuando lo hizo, se fue del taller de armamento sin contestar. Él sabía que era mejor dejar las cosas como estaban. Si hablaba con Melissa cara a cara, sabía que no podría controlarse y todo lo que habían sufrido durante aquel año, no habría servido para nada

## Capítulo 15

Melissa llevó a Germán hasta el puerto deportivo de la ciudad de Ximar. Lo guió hasta un magnifico yate.

—¿Es qué te has comprado un barco? —le preguntó Germán al verla subirse a la escalerilla de una de las embarcaciones allí amarradas.

—¡Qué va! ¡Qué más quisiera yo! —respondió una vez que ya estaba en el barco—. Se lo he pedido prestado a un amigo.

—Muy intimo ha de ser ese amigo para dejarte un barco de esta envergadura así como así. —Germán la imitó y llegó a su lado en cubierta. A continuación, la abrazó.

—¿Eso que oigo son celos? Según me dijiste una vez, tú no eres celoso o, ¿es que acaso comienzas a serlo? —Melissa intentó sin ganas alejarse de él.

—¿Qué pensarías si una amiga me dejara un yate así sin más?

—Así sin más tampoco, ¿eh? Le pedí un favor para que tú y yo pudiéramos alejarnos de la ciudad y estar solos. Él accedió a dejarme su yate para tal fin. Eso es todo.

—¿A cambio de qué?

Melissa sonrió antes de contestar.

—A cambio de nada de lo que tú estés pensando, retorcido. Este barco es de un antiguo compañero de trabajo. No tienes de que preocuparte porque entre él y yo no hay nada. Unas veces él me pide favores y otras se los requiero yo.

—¿No hay nada solo por tu parte o por parte de ambos?

Melissa se rió de forma graciosa.

—Esta conversación me parece de lo más irreal. No hay nada por parte de ambos. No tienes de que preocuparte, él es gay. Así que como comprenderás...

—Ya me dejas mucho más tranquilo —contestó Germán de forma pícaro y con doble sentido.

—No tienes nada de que temer. —Melissa lo abrazó también y lo atrajo hacía ella—. Él tiene pareja y hasta donde yo sé, es muy solida. —La

mujer finalizó la frase sellando sus labios a los de su chico. Al cabo de unos segundos ambos cedieron el beso y se miraron fijamente a los ojos—. Te quiero, Germán. Nada podrá separarnos, te lo prometo.

—Como me gusta oír eso de tus labios —respondió él.

Melissa no pudo contenerse y sonrió.

—No nos convirtamos en una de esas parejas ñoñas, ¿eh? —Melissa se separó de su chico y se dirigió al timón—. Hoy voy a llevarte a una cala que te va a encantar. ¿Te apuntas?

—Por supuesto. —Germán se puso detrás de ella y la cogió de la cintura para a continuación besarla en el cuello—. Cualquier sitio al que vayamos será maravilloso si tú estás en él.

—Serás zalamero. Seguro que eso se lo dices a todas.

Germán la contestó con un pequeño mordisco que la hizo temblar.

—Tú eres la primera con la que soy así de zalamero.

Abandonaron el puerto y la cercanía de la ciudad de Ximar para dirigirse a la cala que ella tenía en mente. Tenían un trayecto de veinte minutos por delante.

—¿Te gusta la velocidad? —le preguntó Melissa a Germán.

—¿En serio me preguntas eso? Claro que me gusta la velocidad —le respondió él.

Melissa al oír esas palabras aceleró el yate a tope. Ambos sonrieron al notar la velocidad y el viento chocando sobre sus cuerpos. Algo sí tenían en común y era que a los dos les gustaba sentir esa adrenalina que les aportaba la velocidad.

Tras pasar todo el día bañándose y tomando el sol primero en la cala y después en alta mar disfrutando de la compañía el uno del otro, decidieron regresar a la realidad de su vidas en Ximar. Melissa tenía preparada una última sorpresa para su chico.

Tras quince minutos navegando, un ruido de tambores les llegó desde lejos.

—¿Oyes eso? —le preguntó Germán a su chica que se encontraba pilotando la embarcación con el pelo mojado y completamente alocado.

—¿Te refieres a los tambores?

—Sí, claro.

—Es a dónde nos dirigimos —le respondió ella.

—Pensé que regresábamos a Ximar.

—Antes tienes que ser participe de esta increíble puesta de sol.

—¿Qué puede tener de increíble una simple puesta de sol? El sol se esconde y ya está. Ocurre día tras día.

—Cuando la vivas como ellos lo hacen, sabrás a lo que me refiero.

Melissa acercó el barco hacía un pequeño embarcadero en el que ya se encontraban estacionadas dos naves más. Desde la plataforma un joven la ayudó a atracar la embarcación. La pareja salió del barco y Melissa pagó al joven una generosa cantidad de dinero por su colaboración. Tras realizar dicha acción, Melissa cogió de la mano a German y lo guió hasta la playa donde un grupo de veinte persona tocaba animadamente unos tambores entre unas antorchas que comenzaban a encenderse. Germán miró extrañado las manos entrelazadas de ambos.

—Creo que es la primera vez que nos cogemos de la mano de esta forma.

—¿No te gusta? —se interesó Melissa.

—¿Cómo no me va a gustar? Lo que pasa es que hasta este momento no me había dado cuenta de esta realidad, eso es todo. —Germán le dio un pico.

Cuando llegaron a la playa Melissa se descalzó y Germán la imitó.

—Déjalas ahí —le informó Melissa al ver que Germán procedía a coger sus sandalias.

—¿Estarán aquí a la vuelta? —le preguntó Germán con suspicacia. No se fiaba de dejar allí su calzado.

—Claro que sí, no te preocupes. Son gente muy simpática. Yo vengo a

menudo y nunca he vuelto a casa descalza.

La pareja comenzó a caminar a través de la playa hasta llegar a los tambores. Un grupo de gente saltaba y bailaba al son de la música. En un lateral había unas pequeñas hogueras alrededor de las cuales se estaba comenzando a reunir gente para bailar al son de la música. Melissa guió a su novio hasta el centro de la fiesta para imitar los movimientos de los demás.

—¿Cómo conociste este lugar? —se interesó Germán. Él nunca se hubiera imaginado que su chica pudiera acudir a menudo a un lugar como aquel.

—Me lo enseñó hace un par de años un amigo. Desde ese momento, siempre que puedo, me escapo para ser participe de este magnífico ritual.

—Vaya amigos más majos que tienes. Vas a tener que comenzar a presentármelos. —Germán no se sentía cómodo en aquella playa rodeado de aquellas personas.

—¿Es qué los tuyos son menos?

—Mis amigos no van a sitios tan singulares como este.

Melissa le cogió de las manos y comenzó a mover a Germán para que comenzara a bailar. Al principio se resistió pero enseguida se contagió de la música.

—Solo tienes que moverte al son de la música. Cierra los ojos y deja que tu cuerpo se fusione con el ruido de los tambores. Es muy divertido, Germán.

Melissa se soltó de él y comenzó a bailar sola al son del ritmo como si fuera una ninfa. Germán la contemplaba bailar. Los movimientos de ella eran gráciles a diferencia de los de él que era incapaz de moverse. En aquel momento solo podía observarla como si un magnetismo se apoderara de su razón. Al cabo de unos segundos, la mujer abrió los ojos y al ver la pose de su chico sonrió.

—¿Es qué no te embriaga este ritmo en este entorno? —le preguntó la mujer a su pareja mientras se acercaba a él sonriendo.

Germán esperó a que estuviera convenientemente cerca para atraerla hacia sí y besarla apasionadamente.

—A mí lo que me embriaga es tu presencia, Melissa.

Los dos se fundieron en un tórrido beso mientras el sol se ponía al son de los tambores.

## Capítulo 16

Tras una reunión de trabajo, Cristina y Melissa fueron a ver el loft de un cliente. Cristina se encargaría de tomar las fotografías de las estancia para posteriormente poder trabajar sobre ellas en el estudio.

—No me gusta nada, nada, este barrio —le dijo Cristina a su jefa cuando salieron del coche.

—No es el mejor barrio de Ximar, pero tampoco está tan mal. No exageres. —Melissa guió a su trabajadora hasta el edificio en el que iban a trabajar.

Una vez que llegaron a la puerta, Melissa sacó unas llaves del bolsillo izquierdo de su pantalón y la abrió. Las dos mujeres accedieron al interior. Cristina intentó encender las luces con el interruptor pero no se iluminaron, así que fue en busca del cuadro de luces.

—iVoilà! —dijo Cristina al conseguir encender las luces del loft.

—No se que haría sin ti —la alentó Melissa—. Creo que tenemos mucho trabajo por delante —sentenció al ver el estado del lugar.

Tras horas evaluando la situación estructural del inmueble y tras hacer las fotos que necesitarían para ejecutar su trabajo, las dos mujeres decidieron recoger para irse. Cuando salieron del edificio, era completamente de noche y no había gente por la calle. Solo podían oír sus propios pasos.

—¿Y tú decías antes que este barrio no está tan mal? Por Dios, Melissa. —Cristina estaba algo histérica, no le gustaban los sitios solitarios. Ella solo se encontraba a gusto cuando estaba rodeada de gente.

—Cristina, por favor. Puede que haya cierta inseguridad, pero como en todos los barrios de esta ciudad. Ahora no hay nadie, ¿qué nos puede pasar? —Melissa miró a su trabajadora y la vio muy asustada—. Tranquila, ¿vale? Ya estamos llegando al coche y pronto estaremos lejos de aquí. Si no quieres no tienes porque volver a acompañarme. Cualquiera del equipo podrá sustituirte.

Las dos mujeres se metieron por un callejón, al final del cual, estaba la plaza donde Melissa había aparcado su coche. Cuando estaban a mitad de camino para salir de él, tres hombres se interpusieron entre la salida y ellas.

—Esto no me gusta. Demos la vuelta, Melissa, por favor —dijo Cristina en

voz baja mientras cogía el brazo a su jefa.

—Continuemos —la contradijo Melissa cogiéndola de la mano para afianzar sus palabras—. No nos queda nada para llegar al coche. Tranquila, no nos pasará nada, confía en mi. Comportate de forma natural.

Los tres hombres avanzaron por el callejón, ocupándolo prácticamente todo con sus rudos cuerpos.

—Chicos —dijo uno de los tres—, mirad que preciosidades han venido a vernos hoy.

El que hablaba parecía el cabecilla de la banda, pero Melissa y Cristina no respondieron a sus palabras. Melissa, tiró de Cristina para pasar entre ellos cuando les cortaron el paso.

—¿A dónde creéis que vais, hermosuras? Ya que os habéis molestado en venir, os enseñaremos el barrio. Sino, ¿por qué clase de anfitriones nos tomaríais?

Melissa no contestó a la provocación y decidió intentar escapar por la otra entrada del callejón, pero era demasiado tarde. Otros dos hombres se acercaban por allí, y por la cara del cabecilla, parecían amigos.

—Chicos, mirad que chicas más guapas tenemos por aquí.

—Sí, sí —contestaron los otros al unísono.

Las dos mujeres estaban acorraladas, tres hombres por un lado y dos por el otro.

—Parecen chicas con posibles. No crees ¿Elias?

—Sí, eso parece —contestó Elías, el que parecía ser el cabecilla. El hombre se aproximó a Melissa y la tocó la cara—. No os pongáis nerviosas, preciosas. Si hacéis todo lo que os digamos no os pasará nada. Lo prometo.

—No me toques —le dijo Melissa mirándolo duramente.

—¡Vaya, vaya! ¿Pero qué tenemos por aquí? Una pijilla con agallas. Eso me encanta.

—Melissa, por favor. No empeores las cosas —le dijo Cristina a la vez que le tiraba del brazo.

—Haz caso a tu amiga, Melissa. No te hagas la lista y podréis llegar a casa para la cena, sanas y salvas. Ahora, darnos vuestros bolsos y todo lo que llevéis de valor encima. ¡Venga! —gritó Elias para intimidarlas.

Cristina se descolgó el bolso y comenzó a tendérselo al cabecilla de los pandilleros, pero Melissa le paró a medio camino de ejecutar la acción.

—No, no os vamos a dar nada. Dejarnos pasar y nosotras olvidaremos este desagradable incidente. Así, todos podremos cenar sanos y salvos en nuestras respectivas casas.

Los pandilleros se rieron por el comentario de la mujer.

—¡Vaya vaya! Nos hemos encontrado con unas damiselas peleonas.

—Elias no se podía creer lo que acababa de oír.

—Cristina —la llamó Melissa—, ponte ahí, a la derecha. En cuanto te sea posible, sal corriendo dirección al coche. ¿Me has entendido? No pares pase lo que pase aquí. Tú llega a ese coche y huye de aquí. —Melissa le entregó las llaves de su coche.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí.

—Melissa —agregó la mujer aterrada—, hagamos lo que nos dicen y ya está. Es por nuestro bien. Tal vez si les damos todo, nos dejen en paz.

—Haz lo que yo te digo, ¿has comprendido? —Cristina asintió en silencio, sin estar muy convencida de lo que su jefa le pedía—. No tenéis ni idea con quien os estáis enfrentando —agregó Melissa dirigiéndose ahora a los pandilleros—. Dejadnos marchar o lo lamentareis.

Los hombres volvieron a reírse. El cabecilla hizo una señal a uno de los compinches que estaban detrás de las mujeres, y este, se abalanzó directamente contra Melissa. No le duró ni un asalto. Lo inmovilizó rodeándole el cuello con su brazo y lo amenazó insertando una llave sobre su yugular. La mujer utilizaba la llave del ascensor del edificio Plaza a modo de arma. Tenía el llavero guardado en el puño y la llave le sobresalía entre los dedos índice y corazón. Para dar mas énfasis al control que tenía sobre el inmovilizado, le dio una patada en la corva de las rodillas lo que lo desestabilizó.

—¿Ahora entendéis mejor mi mensaje? Os lo vuelvo a repetir, dejarnos marchar. Todavía estáis a tiempo. —Para enfatizar sus palabras, apretó aún más la llave contra el cuello del hombre.

Ahora parecía que dicha frase no producía tanta gracia a la banda. El cabecilla hizo señas a uno de los hombres que estaban a su lado para que se dirigiera esta vez contra Cristina.

—Ni se os ocurra ir a por ella o este no verá la luz de mañana.

El hombre paró en seco, a medio camino de su objetivo, al escuchar las palabras de Melissa.

—Marcos, coge a esa mujer, te he dicho —gritó Elías al ver la reacción de su compinche—. ¿Qué puede hacer con una simple llave? Por el amor de Dios.

—¿Quieres que te demuestre que puedo hacer con una simple llave? Probablemente haga mucho más que tú con un cuchillo. Si no queréis ser uno menos en la banda, dejadnos marchar. No lo volveré a repetir.

Marcos estaba indeciso, no sabía que hacer.

—¡Marcos! ¡Ve a por esa mujer, ya! —le gritó Elías—. No lo repetiré.

Melissa analizó al hombre y percibió que iba a hacer caso a la orden de su superior. No podía permitir que cogieran a su empleada como rehén. Melissa separó la llave de la piel de su rehén y la bajó con fuerza clavándola en el cuello del hombre. La retorció en la piel mientras comprobaba el horror que se dibujaba en la cara de Marcos. Mientras lo miraba a los ojos, sacó la llave de donde la había insertado.

—Cristina, ¡corre! —le gritó Melissa.

La mujer no se lo pensó dos veces y salió disparada dirección al coche. Ninguno de los hombres la paró, estaban valorando la situación. Querían vengarse de la mujer que había malherido a su compañero, el cual, ahora estaba agonizando en el suelo. Melissa se agachó al lado del hombre y le arrancó una cadena que llevaba entorno al cuello y de la que colgaba una especie de chapa militar. La guardó mecánicamente en uno de los bolsillos traseros de su pantalón.

—Te vas a arrepentir de esto, preciosa. —El cabecilla hizo señas al otro hombre que estaba a su lado y al que estaba en la otra entrada del callejón—. Acabad con ella, no tengáis miramientos.

Los hombres no se lo pensaron y se dirigieron contra ella. Melissa estaba bien entrenada, repelía sus golpes y cuando tenía ocasión propinaba los suyos contra sus atacantes. Uno de ellos, se cansó de pelear solo con sus puños, y sacó una navaja de uno de sus bolsillos.

—A ver si ahora eres igual de valiente —dijo el hombre que empuñaba ahora el arma blanca.

Melissa se quitó la chaqueta que llevaba, y la enrolló entorno a su antebrazo izquierdo. Los dos hombres volvieron a arremeter contra ella. En el último momento, se zafó de uno de ellos sin no antes notar que la navaja le cortaba en el brazo izquierdo por encima del codo. Pero el que empuñaba la navaja, sin querer, se la había clavado a su compañero en la boca del estómago.

Melissa oyó como Cristina arrancaba el coche y vio como se metía por el callejón. La mujer aceleró el vehículo y Melissa corrió en dirección a la salida desenrollando la chaqueta de su antebrazo y vendando con ella la herida que tenía más arriba en el brazo.

*Pum, pum.* Cristina arrojó a dos hombres. Cuando salió del callejón, paró el coche para que Melissa pudiera subirse.

—¡Venga! ¡Arranca, arranca! —le dijo Melissa a Cristina al ver que el cabecilla venía corriendo por el callejón en dirección al coche con un arma de fuego en la mano.

—¡Oh Dios mío! ¡Qué locura he hecho! ¡He arrollado a dos hombres!  
—contestó la mujer conmocionada por lo que acababa de hacer.

—¿Quieres arrancar de una vez? Ya tendrás tiempo de arrepentirte de tus actos. Pero créeme, si ellos estuvieran en tu lugar, no tendrían ningún tipo de remordimiento. Si quieres que tus actos nos sirvan para algo, arranca. Todavía no estamos a salvo, Cristina.

Cristina finalmente consiguió recomponerse, aceleró de nuevo y salieron de allí sin mirar atrás.

El trayecto hasta el edificio Plaza lo hicieron en completo silencio. La herida de Melissa era bastante profunda. A primera vista y bajo los efectos de la adrenalina, parecía un simple rasguño, pero ahora en frío, podía comprobar que no era así. El brazo le dolía cada vez más, en poco tiempo, no podría siquiera moverlo.

—Melissa, estás sangrando mucho. Tengo que llevarte al hospital.  
—Cristina miró aterrada el brazo ensangrentado que su jefa intentaba esconder tras su comentario.

—Ni se te ocurra, esto no es nada. La sangre es muy escandalosa. Sangras un poco y pones todo perdido. Vamos al aparcamiento de las oficinas, allí cogerás tu coche y yo me iré a casa. Con unas vendas será

suficiente.

—¿Estás loca? Te acaban de apuñalar. Esa herida tiene que verla un médico. Necesitarás puntos, antibióticos...

—¿Qué me acaban de apuñalar? Anda que no eres tú exagerada, ni nada —le cortó Melissa.

Cristina no insistió más y hizo caso a su jefa. En quince minutos llegaron al aparcamiento de las oficinas. La mujer estacionó el vehículo, paró el motor y las dos salieron del automóvil.

—Melissa. No puedes conducir en ese estado. Déjame que te acerque al hospital.

—¿Y cómo se supone que voy a explicar esto? —preguntó Melissa señalando su brazo ensangrentado.

—Denunciémoslo. Esos hombres nos intentaron robar y a saber que otras cosas más tenían pensado hacernos. No nos va a pasar nada. La policía estará de nuestro lado.

La mujer abrió su bolso y sacó un móvil. Pero Melissa se lo quitó cuando estaba a punto de marcar el número de emergencias.

—He dicho que nada de policía. No ha pasado nada, ¿me has entendido? Olvida lo que ha ocurrido durante la última media hora.

—Pero Melissa...

—Prométeme que te olvidarás del asunto, Cristina —la cortó Melissa—. Las dos nos encontramos perfectamente. El estudio no puede verse implicado en asuntos de ese tipo.

—Pero...

—Esto no se trata de un juego, ¿no lo entiendes? —la volvió a interrumpir.

—Pues no, no entiendo porque no podemos acudir a la policía. Su trabajo es protegernos y pillar a ese tipo de gente; limpiar las calles, ¡vamos!

—Huimos de la escena de los hechos. ¿Quién nos creería ahora?

—De acuerdo, de acuerdo. Por mi parte no ha pasado nada —sentenció Cristina mientras asentía sin estar muy convencida—. El estudio acaba de

arrancar y puede que un hecho de este tipo nos perjudique.

—Eso es, Cristina. Ahora dame la cámara. Yo misma me encargaré de descargar las fotografías. Creo que sería buena idea que te tomaras unos días libres para que puedas asimilar todo lo ocurrido.

—¿Tomarme unos días libres ahora? Estamos en un momento de muchísimo trabajo, no podría...

—Nos las apañaremos —le cortó nuevamente Melissa—. No se hable más. Tómame lo que queda de semana de descanso. Aprovéchalo al máximo.

—Melissa consiguió reunir fuerzas para sonreír—. Vuelve la semana que viene con energías renovadas.

—De acuerdo. El lunes me tendrás en la oficina a primera hora de la mañana.

—Estaremos esperándote.

Cristina se dirigió a su coche, se subió a él y abandonó el aparcamiento bajo la atenta mirada de Melissa.

Melissa se quedó sola en el aparcamiento. Nadie se encontraba allí, ni siquiera había coches estacionados. La mujer, en lugar de introducirse de nuevo en su vehículo, decidió que debía informar a la organización y sobre todo, cerciorarse que detrás de aquel incidente estaba la mano de Borja.

Melissa se dirigió al ascensor. Mientras llegaba, sacó la llave ensangrentada de uno de los bolsillos de su pantalón. Durante el camino, la limpió en su ropa. Era una autentica suerte que no hubiera nadie en el aparcamiento porque de aquella guisa no podría pasar desapercibida aunque quisiera.

Llamó al ascensor, entró, esperó a que se cerraran las puertas, metió la llave y el ascensor comenzó a descender a las entrañas del edificio. A medida que descendía, Melissa iba notando que sus fuerzas la iban abandonando. La herida no paraba de sangrar. Por fin el ascensor llegó a su destino y las puertas se abrieron. Melissa apenas podía mantenerse en pie, las rodillas le comenzaban a fallar. Nada más abandonar el ascensor, comenzó a caminar por el pasillo apoyándose en la pared dejando un reguero de sangre a su paso. Al llegar a la sala central de la base, unas manos la cogieron y la elevaron, estaba terriblemente cansada y cayó inconsciente en los brazos de aquel compañero al que no pudo verle la cara, ni darle las gracias.

## Capítulo 17

—Hola, Melissa. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Adrián mientras la miraba los ojos con una pequeña linterna.

—He tenido momentos mejores —le contestó ella.

—Si no se te ha ido el humor, eso quiere decir que estás más o menos bien. — Adrián le sonrió mientras escribía algo en un dispositivo. Melissa intentó incorporarse en la cama, pero el médico se lo impidió—. Descansa un poco. Has perdido mucha sangre. Hemos preparado todo para que pases la noche aquí. A fin de cuentas, es ya muy tarde, y con lo débil que estás no podrás irte sola a casa.

—Por favor, Adrián. He toreado en plazas más complicadas. Puedo irme perfectamente a casa.

—Si no estás quieta, tendré que atarte a la cama. —Melissa le miró con cara de pocos amigos—. Es por tu bien. Te he puesto un suero reconstituyente. Mañana tendrás la misma energía de siempre y podrás retomar tu vida con total naturalidad, como si nunca te hubieran apuñalado.

—Si no me queda otro remedio... —Adrián le volvió a sonreír y a continuación se dio la vuelta para irse—. Adrián —le llamó Melissa.

—¿Sí? —le contestó él.

—Gracias.

—De nada, Melissa. Ahora, durante una temporada, deberás olvidarte de esos vestidos veraniegos sin mangas que tanto te gustan. Aprovecha estas horas para descansar antes de tener que informar al jefe. Además, por como me has mirado, seguro que mañana querrás ir a trabajar. Para todo eso, debes descansar, has de recuperar fuerzas.

—En realidad, si me estás inyectando un suero...

—Es un suero reconstituyente, sí, pero no milagroso —le cortó Adrián—. ¡Descansa! No me obligues a ponerte un sedante, Melissa.

Adrián abandonó la habitación tras cerciorarse convenientemente que Melissa le iba a hacer caso. Las luces se apagaron al irse su presencia y Melissa, al momento, cayó en un profundo sueño.

—Buenos días, Melissa.

La mujer se despertó en la enfermería de la base solamente con un pijama, pero había encontrado ropa limpia y de su talla en un sillón contiguo a la cama donde había dormido.

—Buenos días, Francisco —le contestó ella mientras se acababa de poner una sudadera.

—Espero que se haya recuperado y que la ropa sea de su agrado.

—Recuperada, recuperada completamente todavía no estoy. Tampoco pensé que me encontraría así de bien por la mañana.

—El suero reconstituyente que ha inventado Adrián es realmente increíble. Casi podríamos catalogarlo de milagroso. Aunque a él no le gusta mucho ese adjetivo. Sino le importa, preferiría que me contara lo sucedido ayer en la sala de reuniones.

Francisco abrió la puerta de la habitación, ambos salieron de ella en dirección a la sala acordada. La estancia a la que fueron era amplia. Con una gran mesa oval en el centro. Era la sala donde se discutían las tácticas de todas las misiones antes de ejecutarse. Si esa sala tuviera oídos, conocería los secretos más oscuros de todo un país, las misiones más importantes y desconocidas que habían hecho desaparecer a una buena parte de los delincuentes que la justicia no era capaz de sacar de la circulación.

Francisco se sentó en su sillón, presidiendo la mesa. La mesa no estaba llena de ordenadores y papeles como en otras ocasiones en las que había estado allí. En aquella ocasión, estaba llena de bollería, frutas, zumos, leche, café y demás alimentos para desayunar.

—Como sé que no ha desayunado, he creído apropiado que lo hiciésemos juntos. Así, mientras tanto, puede contarme lo que le ocurrió ayer. Siéntese, por favor.

El hombre la indicó la silla de su derecha y Melissa se sentó en ella sin rechistar. Mientras desayunaban, la mujer relató a su superior su encuentro con los cinco desconocidos que la atacaron.

—¿Hubo algún testigo? —le preguntó Francisco.

—No. Solo los cinco atacantes y yo estábamos en el lugar de los hechos. No hubo otro testigo ocular.

—Así que dos de ellos escaparon.

—Sí. Fue antes de que me hirieran. Pensé que era mejor marchar que esperar a que vinieran teniendo en cuenta el estado en el que me encontraba.

—Hizo bien. Pero es todo tan raro...

—Esta claro quien ha sido el instigador. No puede haber sido otro que Borja.

—¿Por qué se arriesgaría de esta forma? No es un hombre impulsivo. Al menos no tenía ese concepto de él. Siempre ha sabido controlar muy bien sus impulsos.

—¿Quién más podría ser? No tengo otro enemigo. Él ya me amenazó de que algo podía pasarme si no dejaba en paz a su familia. Puede que esta sea su forma de darme un toque.

—También pudo ser fruto de la casualidad, quien sabe. El barrio en el que ocurrió no es que sea muy seguro que digamos.

—Dudo que haya sido fruto de la casualidad. No creo en las casualidades.

—Por una simple corazonada no puedo hacer nada, Melissa. Espero que lo entienda —respondió Francisco—. Sé que en esa fiesta, Borja, tensó la cuerda. ¿Pero lo ve capaz de contratar a cinco matones de tres al cuarto? Lo siento, pero sin una prueba más fehaciente, la organización no puede hacer nada. Por el momento, única y exclusivamente, extremaremos precauciones.

En ese preciso instante, Melissa se acordó de la medalla que le había quitado a uno de sus atacantes. Era una medalla militar, puede que fueran útil para demostrar que Borja estaba detrás del ataque.

—Puede que tenga una prueba de su implicación, señor —le contestó finalmente ella.

—¿Ah sí? ¿Cuál? —se interesó el hombre.

—Durante la pelea quité a uno de ellos una medalla. Era una especie de chapa militar. Si conseguimos la identificación de esos hombres, quizás

ellos mismos nos lleven ante su contratador.

—Es una posibilidad. ¿Dónde tiene esa medalla?

—En el bolsillo del pantalón que llevaba puesto ayer.

Francisco marcó unas techas del reposabrazos de su sillón.

—Necesito que traiga la ropa que llevaba puesta Melissa ayer a la sala de reuniones.

—Ahora mismo, señor —contestó alguien al otro lado.

—En un momento traerán su ropa —le informó Francisco a su subordinada.

Mientras continuaban con el desayuno, la puerta de la sala se abrió y un hombre entró con la ropa de Melissa todavía ensangrentada. El hombre se dirigió directamente a Francisco.

—Aquí tiene, señor —le dijo tendiéndosela.

—Entréguesela a Melissa, después, puede retirarse.

El hombre acató la orden y a continuación abandonó la estancia.

Melissa dejó la camiseta y la chaqueta ensangrentada en el suelo y buscó en el bolsillo del pantalón la preciada medalla. Allí estaba. La cogió, la miró y se la tendió a Francisco que la aceptó con intriga.

—¡Vaya, vaya! Tenía razón. No eran simples ladrones, eran militares. Y no cualquier clase de militares.

—Disculpe, pero no sé que quiere decir.

—Hace muchos años se creó un grupo de militares que actuaban al margen de la ley. Se puede decir que eran nuestros iguales pero todo el mundo sabía de su existencia. No como nosotros que trabajamos al margen de la opinión pública, escasas personas conocen nuestra existencia. Estos grupos militares, al principio, eran aclamados por el pueblo, pero poco a poco fueron cayendo en desgracia. Ya sabes, la gente comienza a crear conciencia, o eso dicen ellos. La cuestión es que por aquel entonces el que era presidente, decidió acabar con dichos grupos.

—¿Qué tienen que ver estos hombres con aquellos?

—Más de lo que se puede imaginar. Aquellos hombres tenían chapas identificativas, chapas exactamente iguales a esta. Al parecer su

desarticulación solo fue de cara al pueblo, pero no fue real.

—¿Quiere decir...?

—Sí. La verdad es que ha tenido suerte de salir con vida al enfrentarte a cinco de ellos usted sola. —Francisco miró detenidamente la chapa—. Definitivamente, no sé si Borja estará detrás de esto, pero lo que sí tengo claro, es que detrás hay alguien del gobierno. Prepararemos algo para demostrarles que nada tememos de ellos y que nosotros también sabemos actuar. Usted, vuelve hoy a su vida normal, o al menos de la forma mas natural posible. Nosotros nos encargaremos ahora de esto. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Pero nada —le cortó él—. Usted en este asunto se encuentra demasiado implicada, no podría actuar de una forma conveniente. Deje que sean otros los que contestes a este ultraje directo contra usted —Francisco se levantó de la silla y dejó la servilleta sobre la mesa—. Usted continúe con su desayuno; yo he de comenzar a idear una respuesta firme y contundente contra ese ultraje. Será informada convenientemente de todo lo que acontezca.

Francisco se marchó de la sala rápido antes de que Melissa pudiera incluso contestar.

## Capítulo 18

Melissa no estaba de muy buen humor al llegar ese día a su oficina. Su mejor trabajadora había cogido unos días libres tras el incidente y a ella le dolía el brazo aún tomando analgésicos para tumbar a un elefante. Pero de cara a la galería, tenía que poner su mejor cara. No debía exteriorizar, por nada del mundo, la mala noche que había pasado.

—Bueno chicos, ¿alguna idea para la decoración del proyecto 20?  
—preguntó Melissa mientras entraba en la sala de reuniones donde ya le estaba esperando su equipo.

—Deberíamos dar más luz al salón —expuso Tomás.

—Me gusta esa idea. ¿Qué propones para ello? —le animó Melissa.

—Convertir esta pared en un gran ventanal —le contestó él mientras señalaba en el plano la pared a sustituir.

—Bien, ¿y qué me decís de esta escalera? —les preguntó Melissa—. Podría darnos mucho juego, ¿no creéis?

—Yo había pensado en una escalera de cristal sin pasamanos —intervino Teresa.

—¿Sin pasamanos? —contestó Melissa alarmada—. La familia tiene un niño de dos años, ¿quieres que se descalabre y que nos arrepintamos de ello más tarde? No, gracias. La nueva decoración tiene que tener un estilo moderno, pero a la vez cuidando los detalles al máximo en cuanto de seguridad hablamos.

En ese momento, la puerta de la sala de reuniones se abrió precipitadamente.

—Melissa, Melissa, un señor... —intervino atropelladamente Marlene.

—¿Qué formas son estas de irrumpir una reunión de trabajo, Marlene?  
—la cortó tajantemente Melissa.

—Lo siento mucho, pero hay un señor que quiere hablar con usted y...

—¿Ese señor tenía cita concertada conmigo hoy a estas horas? —le inquirió de forma brusca Melissa.

—No, señora.

—Pues dale una cita y san se a cabo. ¡Ah!, por cierto. La próxima vez, llama antes de entrar, ¿de acuerdo?

—No, no me ha entendido bien, señora. El hombre ha entrado en su despacho, yo no he....

—¿Qué ese hombre se encuentra en estos momentos en mi despacho? Esto no puede ser verdad. Lo que me faltaba. —Melissa estaba fuera de sí—. ¿No te dije el primer día cuando comenzaste a trabajar aquí, que nadie puede entrar en él sin estar yo presente? —Melissa, se levantó de su silla y se dirigió a la salida de la sala—. Espero, por tu bien, que este sea el único fallo de estas características que comentas porque sino ya te puedes ir despidiendo de mi carta de recomendación. ¡Ah!, y los demás —dijo girándose para mirar al resto de sus empleados—. Quiero que cada uno me entregue una propuesta decente para este proyecto hoy por la tarde. A más tardar las quiero en mi mesa a las seis. Y tú y yo —dijo esta vez dirigiéndose a Marlene—, hablaremos de esto luego.

Melissa salió de la estancia rápidamente para descubrir quien era el descarado que había entrado en su despacho como si de su propia casa se tratara. Tenía una sospecha pero esperaba que no se cumplieran sus peores pronósticos. Cuando abrió la puerta y vio a su descarada visita, su sospecha quedó totalmente confirmada.

—Puedes retirarte —le dijo el descarado invitado a su guardaespaldas.

El hombre salió por la puerta por la que acababa de entrar Melissa cerrándola tras él.

—Buenos días, Borja. Parece que tiene a sus mascotas bien amaestradas ¿Qué hace por aquí? ¿Necesita que le decore alguna estancia de su flamante hogar? —le preguntó Melissa mientras se dirigía a ocupar su sillón.

—Así que esta es tu tapadera. Dueña de un prestigioso estudio de decoración y renovación de hogares. He investigado. Tienes buenas referencias y has ganado prestigiosos premios por tus increíbles trabajos. Disculpa por no tratarte de usted, pero creo que es ridículo teniendo en cuenta que prácticamente perteneces a mi familia —le contesto él de forma relajada mientras se desabrochaba la chaqueta de su traje.

—Intento superarme cada día en mi trabajo. Pero no creo que hayas venido hasta aquí para elogiarme, ¿me temo?

Melissa se sentó y apretó varios botones bajo su escritorio activando de ese modo un inhibidor de frecuencia por si su visita traía un micrófono o

una cámara con él.

—No, por supuesto que no. He venido a sonsacarte cual es el precio para que dejes a mi hijo fuera de nuestras cuitas.

—Vaya, vaya. Estas obsesionado con eso, ¿verdad? ¿Es qué no deseas que tu hijo sea feliz? —Melissa apoyó sus codos sobre la mesa.

Borja se rió de forma sarcástica.

—No me hagas reír, querida. Dime lo que quieres y desaparece de la vida de Germán. Así de fácil y sencillo. Piensa que soy tu genio de la lámpara. Puedo conseguirte lo que quieras.

—No hay nada que puedas darme que no pueda conseguir yo solita por mi misma.

—Puedo perdonarte la vida. ¿Te parece suficiente pago? —le contestó muy serio Borja.

—No me haga reír ahora tú a mi, Borja. ¿Perdonarme la vida? Creo que has visto demasiadas películas. —La joven se recostó en el sillón mientras miraba a Borja a los ojos.

—Si le digo al presidente que tú eres una de...

—Ya veo por dónde vas —le cortó ella—. Cuénteselo, adelante —le animó ella—. No voy a impedir que lo hagas. ¿Pero qué pensará el presidente de ti tras conocer dicha noticia? A fin de cuentas, soy la novia de tu hijo. Es una información de opinión pública —añadió enseñándole la revista en la que salía la foto de ella y Germán juntos—. No podrás negarlo, me temo. Igual después de compartir con él esa información tan valiosa que crees tener, puede que tú también dejes de ser su hombre de confianza e intente eliminarte igual que pretende hacer con su vicepresidente. —Borja se quedó pensando en las palabras que acaba de decirle la joven—. ¿Cómo crees que le sentará saber que su mano derecha confraterniza con un integrante de un grupo armado que no acata literalmente sus ordenes? Probablemente te meta a ti también en mi pack. ¿No crees, suegro? Escúchame bien, Borja —agregó mientras se levantaba de su sillón y se acercaba a él—. Es la última amenaza que te consiento sin repercusiones por mi parte. ¿Me has entendido? —le preguntó mientras le tocaba con su índice en la zona del cuerpo donde se aloja el corazón—. Último aviso Borja. En la próxima ocasión, habrá consecuencias. Luego no digas que no te lo advertí —la mujer se apoyó contra su escritorio sin quitar los ojos de encima de su invitado—. Por cierto, ¿tiene algo más que decirme? Porque tengo mucho trabajo todavía por hacer y no dispongo de

más tiempo para confraternizar contigo.

—Sí, tengo algo más que decirte. Mi mujer quiere que nos acompañes hoy a comer en el Restaurante Miramar. ¿Crees qué podrás estar allí entorno a las dos y media? —le preguntó cambiando de tema radicalmente mientras se levantaba de la silla.

—Por supuesto, será un placer. —Melissa decidió ocupar de nuevo su cómodo sillón de oficina—. Dile a tu mujer que será un placer para mi comer con vosotros. Qué tengas una buena mañana, Borja.

—Lo mismo te deseo, Melissa —el hombre salió del despacho de la joven sin mirar atrás.

Melissa debía informar a su superior respecto a dicha conversación. Tras lo que consideró un tiempo prudencial, salió de su despacho en dirección a la base de la organización.

—Marlene, voy a estar fuera el resto de mañana. Si llama alguien para reunirse conmigo, dale cita para mañana, ¿de acuerdo?

—Sí, señora.

Melissa fue directa al ascensor, no había tiempo que perder.

## Capítulo 19

Cuando Melissa llegó a la base de operaciones se encontró con un hervidero. Los agentes iban de un lado para otro como si algo grave hubiera ocurrido o estuviera a punto de acontecer. La joven decidió, antes de informar a Francisco, enterarse de lo que estaba pasando allí. Para ello se dirigió a la zona de armamento.

—Hola Alex, ¿qué está pasando aquí?

—Hola, Mel. Hacía tiempo que no te veía por aquí a estas horas. Me he enterado que pasaste aquí la noche. Estamos perdiendo facultades, ¿eh?  
—le contestó Alejandro con tono risueño mientras andaba observando un arma.

—Sí, ayer estuve por aquí. —Melissa se sentó en un taburete de la zona de armamento y observó como Alejandro colocaba armas en sus lugares convenientes.

—Me has preguntado qué pasa por aquí, ¿verdad? Pues ya ves, gracias a Roberto, hemos conseguido desbaratar un intento de asesinato contra el vicepresidente. Según parece, ni a tu querido y recién estrenado suegro, ni a ese sinvergüenza de mandatario que tenemos, tus palabras les han calado ni un poquito. ¿Y cómo es que tengo el honor de verte por aquí?

—Venía a informar a Francisco de una visita que acaba de hacerme mi querido suegro.

—Mmmmm. No sé si no habrás hecho el paseo en balde. Está muy ocupado con el tema del intento de asesinato.

—Melissa —la llamó Francisco con la voz fuerte que le caracterizaba—. Venga a mi despacho, por favor.

—Parece que el jefe si me va a hacer un hueco en su apretada agenda  
—le dijo Melissa a Alejandro cuando Francisco ya había desaparecido.

—Sí, eso parece. Cuando acabes, pásate por aquí para comentarme que te parecieron los nuevos cambios que le hice a tu moto.

—Por supuesto, eso está hecho. Nos vemos en un rato.

Melissa se dirigió al despacho de Francisco con paso decidido. La comida de hoy se presumía movidita.

La mujer entró en el despacho del jefe de la organización. No estaba solo, en él también se encontraban Yolanda, su mando derecha, y Roberto que

la evaluó de arriba a abajo.

—Melissa, ¿cómo ha venido hoy por aquí? No le esperábamos —le preguntó Francisco.

—He venido a informar de unos hechos que pueden ser importantes teniendo en cuenta lo acontecido —contestó ella.

—Bien, bien. —Francisco miró a Roberto y le habló—. Roberto, creo que ya va siendo hora de que vuelva a reincorporarse en su puesto. Hoy ha hecho un excelente trabajo. Mis más sinceras felicitaciones.

—Gracias, señor —le contestó este—. Melissa —se dirigió ahora a ella—, ha sido un placer poder volver a verte.

—Igualmente, Roberto —le contestó ella fríamente. Si por ella hubiera sido, no le hubiera contestado pero la educación ante todo.

Tras abandonar Roberto la estancia, Francisco se sentó en su sillón e invitó a las dos mujeres a que lo imitaran.

—Adelante Melissa, cuéntenos esas novedades.

—Antes de nada. Necesito que Tania compruebe si me han hackeado el ordenador de mi estudio y que Alejandro compruebe si me han instalado micrófonos en mi oficina.

—Veo que su día también comenzó movido —respondió Francisco.

—Sí. Borja irrumpió en mi despacho mientras estaba en una reunión de trabajo. Mi secretaria no pudo pararlo.

—Le recomendaría que cambiara de secretaria.

—Tania es novata y no la culpo, cualquiera se atreve a contradecir a Borja.

—Ya veo, ya veo —dijo Francisco meditabundo—. ¿Ve este dispositivo? —le dijo señalándolo en la mesa.

—Sí, señor —contestó ella.

—Este dispositivo contenía la carga que iba a hacer volar por los aires el coche del vicepresidente. Parece que ni Sergio, ni Borja nos han tomado en serio. Va siendo hora de darles un toque de atención. Quiero que le entregue esta caja a Borja —añadió mientras metía el dispositivo en una ornamentada caja de madera—. Necesito que sepan que hemos sido nosotros los que hemos desmantelado este atentado. Cuanto antes se lo

haga llegar, mucho mejor.

—Perfecto, señor. Hoy mismo voy a comer con la familia Domínguez. Si le parece bien, podría entregárselo a modo de presente —contestó Melissa cogiendo la caja entre sus manos—. Tenía pensado hacerle un pequeño regalo a la madre de Germán. No quedaría mal hacer lo propio con Borja. Si le parece bien, claro.

—Es una magnífica idea, Melissa —Francisco abrió un cajón de su escritorio y sacó una pequeña cajita, la abrió, la puso encima de la mesa y se la acercó a Melissa—. ¿Ve su contenido?

—Sí —respondió esta al verlo—. ¿De qué se trata?

—A simple vista parece una bola de chicle. Pero esta inofensiva bolita, es una importante carga explosiva. Un pequeño invento de nuestro querido Alejandro. Nuestras vidas no serían tan sencillas si ese pequeño genio no estuviera entre nosotros. No es una gran carga, pero colocada en el lugar apropiado ocasiona el daño justo y necesario. Y lo más importante, no deja huellas —le contestó Francisco.

—¿Qué quiere que haga con ella? —preguntó la joven cogiendo la cajita.

Antes de contestar a la pregunta, Francisco la miró orgulloso.

—Te hemos entrenado bien, Melissa, lo hemos hecho bien. —Francisco abandonó por un instante su distante registro para tornar a un lenguaje más coloquial y cercano el cual pocas veces utilizaba con sus subordinados—. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Te quiero como a una hija. De hecho siempre te he tratado como tal aunque en algunas ocasiones sea demasiado frío contigo. Antes de decirte su destinatario, Yolanda te explicará su funcionamiento.

## Capítulo 20

Cuando Melissa llegó al restaurante Miramar, la familia Domínguez ya la estaba aguardando dentro. La joven aparcó su vehículo y salió de él. Antes de estacionar ya había visto la localización de los coches tanto de Borja como de Germán.

Germán, como siempre, había aparcado cerca de la puerta de entrada del restaurante. La mujer observó el aparcamiento. El restaurante, a tenor de los coches que había en él, debía estar completamente lleno.

Melissa se dirigió a la puerta del restaurante, pero al llegar a la altura del coche de Germán el tacón de su zapato izquierdo se enganchó en la tapa de una alcantarilla. Ese hecho la hizo tropezar y perder el equilibrio.

—Señorita. —Un hombre se acercó a ella rápidamente para auxiliarla—. ¿Se encuentra bien? —El hombre la cogió por la cintura y la ayudó a incorporarse.

—¡Ups! ¡Madre mía que situación más embarazosa! —Melissa se sintió avergonzada por el suceso—. El tacón de mi zapato se encajó en la alcantarilla y eso me ha echo tropezar. —Melissa sonrió para quitar importancia al hecho.

—Es el riesgo que tiene ir subida en semejantes tacones. —El hombre señaló el calzado de la mujer—. Yo mismo me hubiera tropezado nada más subirme a ellos.

Ambos se rieron por la evidencia de las palabras de aquel desconocido.

—Sí. Se puede decir que son gajes del oficio, ¿no?

Melissa se agachó para intentar recuperar su zapato, pero el desconocido se le adelantó.

—Permítame que recupere su zapato, señorita.

El hombre desencajó el zapato cuidadosamente y lo calzó en el pie desnudo de la mujer.

—Gracias —dijo Melissa sonriente al volver estar de nuevo calzada—. Ha sido usted muy amable.

—De nada. Para mí ha sido todo un placer poder ayudarla. Sino, ¿qué clase de hombre sería? —El hombre se irguió—. ¿Cree qué podrá llegar a

la puerta sin sufrir ningún otro contratiempo por el camino?

—Eso espero —le contestó ella sonriéndole—. He de sincerarme con usted, pero me encuentro muy nerviosa.

—¿Y eso a qué se debe?

—Voy a comer con los que puede que se conviertan en mis suegros dentro de un tiempo. He de confesarle, y espero que esto quede entre usted y yo, mi suegro me intimida de un manera que nunca antes nadie había conseguido hacerlo.

—Cualquier suegro intimida, pero he de revelarles que con el paso del tiempo esa sensación se va difuminando.

—¿Lo dice con conocimiento de causa?

El desconocido sonrió antes de contestar.

—Mi suegro hace años me provocaba esa misma conmoción. Sin embargo con el paso de los años he de decir que nos hemos convertido en grandes amigos. Puede que eso mismo les pase a ustedes. ¿Quién sabe?

Juntos llegaron a la puerta del restaurante, el hombre abrió la puerta y esperó a que ella entrara primero.

—Buenos días, señores. ¿Tienen reserva? —les preguntó la recepcionista del restaurante.

—En realidad hemos venido por separado —contestó Melissa rápidamente—. Yo he venido a comer con la familia Domínguez. Creo que ya se encuentran aquí.

La recepcionista buscó en el libro de reservas.

—Un momento. Avisaré al maître para que le guíe hasta la mesa de los señores Domínguez. Si me disculpan.

—Gracias.

La mujer desapareció por la puerta dejando a Melissa a solas nuevamente con el desconocido pero la espera fue corta.

—Buenas días, señorita Talso. —Un hombre bien vestido entró por la puerta por la que hacía unos breves instantes había desaparecido la recepcionista—. Acompañeme, señorita. —Le indicó el maître señalando la

puerta por la que acababa de aparecer.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Talso —dijo el desconocido a modo de despedida.

—Lo mismo digo, ¿señor?

—Morán, Miguel Morán.

—Para mí también ha sido un placer conocerle, señor Moran.

Melissa decidió seguir al maître antes de que el hombre se diera cuenta de que ella no le seguía.

—Hola, buenos días. Disculpadme por el retraso —se excusó Melissa al llegar a la mesa.

Germán se levantó ágilmente de su silla y la besó en la mejilla.

—Sólo han sido cinco minutos. No te preocupes, cariño —contestó su novio mientras separaba la silla de la mesa para que se sentará.

—Germán tiene razón, querida. Cinco minutos no se consideran retraso y más cuando se viene del centro de la ciudad, con el tráfico que hay a estas horas. ¿A qué sí Borja?

—Por supuesto, Elisabeth —respondió este medio distraído.

El maître se acercó a la mesa con cuatro cartas y cada comensal pidió sus respectivas comidas.

—¿Has venido alguna vez a este restaurante, querida? —se interesó Elisabeth.

—Sí —contestó esta—. Pero solo en una ocasión. Vine a comer con un cliente.

—Debía ser un cliente muy importante —intervino Borja.

—Ya lo creo que sí —Melissa sonrió al hombre—. El proyecto era muy ambicioso, lo mínimo que podía hacer era invitarle a comer en un buen

restaurante.

—Yo diría que este es el mejor restaurante de la ciudad. Un poco caro, sí. Pero si quieres impresionar a alguien, este lugar es una apuesta segura.

—Elisabeth sonrió a la joven—. ¿Cómo un arquitecto termina montando un estudio de decoración?

—Nosotros no solo decoramos casas, las reestructuramos íntegramente. Cada proyecto que llega a nuestras manos es un desafío.

—¿No te gustaría hacer nuevos muebles?

—Mamá —intervino Germán—. ¿De qué va este interrogatorio?

—Quiero conocer mejor a tu novia. ¿Tan malo es?

—En absoluto —Melissa quitó hierro al asunto—. Para mí no es ningún inconveniente contestar las preguntas de tu madre. —La joven cogió la mano de su novio encima de la mesa. A continuación miró a Borja y luego posó su vista en Elisabeth—. Claro que me encanta diseñar nuevas casa, pero eso ahora, en las circunstancias actuales es prácticamente imposible. Así que renovarse o morir.

—¿Y tienes mucho trabajo?

—Más de lo que te puede imaginar, te lo aseguro. De hecho, últimamente nos llegan más proyectos de los que podemos abarcar.

—¿Cuánto llevas con el estudio? —Borja la estaba analizando profundamente.

—Poquito. Un año solamente.

—¿Solo un año y ya tienes tanto trabajo? —Elisabeth estaba sorprendida.

—Bueno, llevo un año independizada. Pero cuatro en el negocio. Tuve un buen instructor.

—¿Ah sí? ¿Quién, si se puede saber? —se interesó nuevamente Borja.

—Enzo Tiro. Quizás le conozcáis.

—Como no habríamos de conocerlo. Se encargó de la remodelación de la casa presidencial. Toda una exquisitez. Es un hombre increíble, un genio —contestó Elisabeth.

—Según tengo entendido trabajar para él es una tarea complicada. ¿Cómo lo conseguiste? —Borja era directo. Quería sacar información y no dudaba

en conseguirlo.

—A mí al menos me resultó sencillo formar parte de su equipo. Necesitaba un arquitecto, envíe mi curriculum y me eligió. Quizás solamente tuve suerte.

—¿Suerte, querida? Ya lo creo. Una de mis amigas intentó que su hijo trabajara para él, pero fue imposible. Ni siquiera el poder que ostenta su marido le hizo cambiar de opinión.

—Puede que la novia de nuestro hijo tenga amigos con poderes más ostentosos.

—Lo siento, pero me temo que no. Soy una mujer muy normal, con un excelente curriculum. Quizás solamente se decantó por mi candidatura por ser la mejor de mi promoción y por el hecho de haber conseguido trabajar al lado de Delio Folp durante mi último año de carrera, uno de los mejores arquitectos del mundo.

—¿Cómo conociste a mi hijo? —Borja cambió de tema radicalmente.

—Casualidades de la vida. —Melissa miró a Germán que entrelazó sus dedos a los de ella—. Fue una suerte que...

—Es una historia muy aburrida —le cortó Germán—. Y fijaros ya está aquí la comida, tengo un hambre atroz.

El camarero sirvió la mesa y los comensales procedieron a catar sus manjares.

—Simplemente exquisito —sentenció Elisabeth al probar su plato.

—Ya lo creo —dictaminó Melissa.

La comida transcurrió en silencio irrumpido en algunas ocasiones por alguna conversación banal.

—Únicamente se puede sentenciar como sublime, ¿no creéis? —Elisabeth intentaba romper el hielo instaurado en la mesa.

—Sí, la verdad es que todo ha estado perfecto. El solomillo estaba tremendamente delicioso —contestó Melissa—. Y que decir de la tarta de

queso y chocolate. Antes de marcharnos, me gustaría entregaros unos presentes —agregó dirigiéndose a los padres de Germán mientras sacaba dos pequeñas bolsitas de su bolso.

—Querida, no hacía falta que te molestarás —le contestó Elisabeth—. Esta invitación era solamente para conocernos mejor sin el barullo de una fiesta de por medio.

—No ha sido ninguna molestia. Ir a comprarlos ha sido todo un placer. Además, era lo mínimo que podía hacer como agradecimiento por vuestra generosidad —añadió mientras les entregaba las pequeñas bolsas a cada uno de ellos.

Elisabeth estaba entusiasmada al ver su bolsa, rápidamente la abrió para ver su contenido.

—¡Oh! Es precioso —dijo extasiada al abrir su regalo—. Es un pañuelo divino. Que delicadeza. —La señora se colocó el pañuelo de seda entorno a su cuello—. Germán, ¿qué tal me queda? —le preguntó a su hijo tras habérselo puesto.

—Perfecto, mamá. Te queda maravilloso —Germán dio un beso a Melissa en la mejilla.

Borja, por su parte, también abrió su regalo.

—Gracias, Melissa. Me gusta mucho —dijo mientras sostenía su corbata para que la viera tanto su mujer como su hijo.

—¡Oh por el amor de Dios, Borja! Por una vez en tu vida se algo más efusivo. La corbata es preciosa, querida —le manifestó Elisabeth a Melissa mientras se la quitaba de las manos a su marido—. Tienes un gusto exquisito —agregó mirando más detenidamente el caro tejido.

En ese preciso momento Borja reparó que había algo más en la caja donde antes había descansado la corbata. Cuando cayó en la cuenta de que era, se quedó helado, todo el color de su cara desapareció, se quedó totalmente blanco.

—Borja, ¿te encuentras bien? —le preguntó extrañada su mujer al verlo sin color—. Te has quedado pálido.

—Sí, sí, Elisabeth. Me encuentro perfectamente. ¿Por qué no habría de estarlo? —El hombre sonrió a su mujer sin mucho convencimiento y eso su esposa lo percibió.

—Por tu cara parecería que no es así o bien que esta corbata tan cara —agregó entregándosela de nuevo— no te ha gustado en absoluto.

Querida —dijo esta vez dirigiéndose a Melissa—, discúlpalo. Son hombres —agregó de forma cómplice—. Ninguno valora estos detalles, pero no te preocupes, los regalos son increíbles.

—Me acabo de dar cuenta que tengo una reunión con el presidente. Por Dios, se me había olvidado. ¡Qué cabeza esta la mía! —respondió Borja recuperando la corbata de las manos de su mujer y devolviéndola a la caja—. Tenemos que irnos Elisabeth si quieres que sea yo quien te acerque a casa.

—Bueno, entonces en ese caso nos retiraremos todos. Yo también debería volver a mi despacho. Tengo mucho trabajo pendiente todavía por hacer —anunció Melissa por su parte.

—Tenemos que quedar otro día. Me ha encantado que comieras con nosotros, Melissa —añadió Elisabeth mientras todos se levantaban de la mesa.

—A mi también me ha encantado comer con vosotros —contestó Melissa por su parte.

Melissa, Germán y la madre de este, salieron juntos del restaurante. Fuera, llegó el momento de las despedidas.

—Espero volver a verte pronto, Melissa —le dijo Elisabeth mientras la abrazaba efusivamente.

—Lo mismo digo.

En ese momento, Borja salió del restaurante tras haber abonado la cuenta de la comida.

—Vamos Elisabeth. No dispongo de mucho tiempo. Pronto volveremos a vernos, Melissa.

Ambos se dirigieron a su coche dejando a la pareja a solas.

—¿Y para mí no has traído ningún regalo? —preguntó Germán mientras la abrazaba cariñosamente.

—Lo siento. No he tenido tiempo para comprarte nada. Tu padre me avisó de la comida hace apenas dos horas.

—Me voy a poner celoso —agregó Germán mientras disminuía la fuerza del abrazo y reposaba sus manos detrás de la cintura de la mujer—. Mi padre te invita a una comida familiar, compras regalos a mis progenitores y a mí, ¿no? Eso me da mucho en qué pensar —sonrió con su habitual

sonrisa torcida.

—La verdad es que había pensado en un regalo mucho mas íntimo para ti  
— contestó ella provocativamente mientras se mordía el labio inferior.

—¿Cuándo podré disfrutar de ese regalo? —se interesó mientras saboreaba cada palabra que salía por su boca.

—Había pensado que tal vez esta noche, después de que termines tus grabaciones. ¿Qué te parece si nos vemos en mi casa?

—Tú si que sabes como ganarte a alguien con un regalo —la besó tiernamente en los labios.

La pareja se separó y cuando cada uno iba entrar en sus respectivos coches. Germán la habló de nuevo.

—¡Ah! Por cierto, Melissa. Sales muy guapa y favorecida en las revistas.

Antes de que ella pudiera contestarle, él había entrado en su coche y había arrancado el motor de su vehículo.

## Capítulo 21

Melissa llegó a su oficina tras la comida con la familia Domínguez y al igual que había ocurrido por la mañana, todos sus empleados se encontraban ya en el estudio. En esta ocasión no estaban cotilleando sino inmersos en sus respectivos trabajos. La mujer se encaminó a su despacho.

—Marlene. Quiero hablar contigo. ¿Podrías venir a mi despacho? —Melissa señaló la puerta.

—Sí, señora —contestó ella tímidamente casi con miedo a la par que se levantaba de su escritorio y la seguía.

—Cierra la puerta y toma asiento, por favor. —La animó señalando una silla de las dos de invitados de su escritorio una vez que ambas ya estaban dentro del despacho.

—Gracias —le contestó Marlene.

La secretaria cerró despacio la puerta y se sentó en la silla que le había ofrecido su jefa.

—Creo que debo disculparme por como te trate antes. Quiero pedirte perdón por el trato que te ofrecí. Tengo que reconocer que fui demasiado dura contigo. —Al oírlo, Marlene se relajó, no esperaba aquellas palabras—. Sé que es tu primer puesto de responsabilidad y la responsabilidad, en ocasiones, te hace cometer ciertos errores. Todos hemos sido novatos, y como tal, hemos cometido deslices. Tú no ibas a ser menos. —Melissa sonrió a Marlene de forma cómplice—. Además, cuando vi quien era el susodicho invitado, comprendí porque no podías o mejor dicho no te atreviste a pararlo. ¿Quién se atrevería a contradecir a la mano derecha del presidente de nuestro país? —Marlene se relajó aún más e incluso se atrevió a devolverle la sonrisa—. Quiero que olvides todas las palabras que te dije esta mañana. Pero recuerda esta otra frase —la chica se tensó de nuevo—. Cuando entres en la sala de reuniones, sea por la causa que sea, llama antes de entrar, por favor. Eso sí debe ser algo que nunca debes olvidar.

—Por supuesto. Fueron los nervios, lo siento mucho. No volverá a ocurrir, se lo juro —la chica contestó muy rápido, como si escupiera cada palabra.

—No hace falta que jures nada. Lo comprendo. Déjame darte un consejo, si me lo permites. —Marlene asintió—. Los mejores secretarios no son aquellos que hacen todo el trabajo a tiempo, sino aquellos que controlan sus nervios y mantienen su mente fría ante situaciones difíciles y complicadas. No obstante no te preocupes, eres aún muy joven. A fin de

cuentas, eso es parte de la experiencia y a ti te quedan muchos años por delante de oficio. Ahora, ya puedes volver a tus obligaciones.

—Por supuesto, señora.

La chica salió del despacho de Melissa dejando a esta meditabunda. ¿Funcionaría la invención de Alejandro? Si así fuese, pronto tendría noticias.

Eran las cinco de la tarde cuando el teléfono del despacho de Melissa comenzó a sonar. El indicador del teléfono la informaba que la llamada era interna, se estaba haciendo desde su propia oficina, concretamente desde el escritorio de Marlene.

—Sí, ¿Marlene? —contestó Melissa tras descolgar el terminal.

—Melissa. La señora Domínguez quiere hablar con usted. La tengo en espera por la línea dos. Por cierto, se le nota un poco alterada por su forma de hablar.

—Bien. Páseme la llamada. —En su teléfono se encendió el indicador del paso de llamada—. Buenas tardes, Elisabeth. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Querida... —comenzó la mujer con voz alterada—. Ha ocurrido una desgracia. Germán, se encuentra en el hospital. Ha sufrido un accidente con el coche.

—¿Un accidente? ¿Se encuentra bien? —preguntó Melissa intentando poner voz de sobrecogida.

—Todavía no lo sabemos. Acabamos de llegar al hospital y los médicos no nos han comentado aún nada. —La voz de Elisabeth delataba que estaba terriblemente afectada por el desconcertante estado de su hijo.

—Saldré ahora mismo para allá. Gracias por llamarme, Elisabeth.

—De nada. Mi hijo desearía que estuvieras aquí. Es lo mínimo que podía hacer.

—Solo espero que no sea nada, que todo quede en un susto. Ahora mismo

iré al hospital. Hasta ahora.

—Hasta luego, Melissa.

Melissa colgó el auricular del teléfono. El invento de Alejandro parecía que si había funcionado. Pero, ¿qué daños habría ocasionado? Era hora de asumir responsabilidades y enfrentar la realidad. Melissa, desde lo más profundo de su ser, deseaba que el accidente hubiera sido menor y que a Germán no le hubiera ocurrido nada grave.

Cuando Melissa llegó al hospital central de Ximar un montón de periodistas estaban en la entrada en busca, presumiblemente, de cualquier miembro de la familia Domínguez o amigo de la familia. Parecían leones a la espera de una presa y ella sería la primera.

—¡Oh mirad! Llega la novia de Germán —dijo una joven periodista a su compañero cámara.

Pero tras esa frase, no solo el cámara la siguió sino que lo hicieron todos los allí congregados.

—Melissa, Melissa.

La joven oyó como un montón de periodistas la llamaban por su nombre. Todos querían la mejor posición para captar sus palabras o para conseguir la mejor instantánea de ella.

—¿Conoce el estado de Germán? —le preguntó uno mientras le ponía el micrófono en la boca.

Los periodistas apenas la dejaban caminar, se habían hacinado a su alrededor. Melissa intentaba llegar a la puerta del hospital pero la tarea le estaba resultando sumamente complicada.

—¿Conocen la causa del accidente? —preguntó otra prácticamente golpeándola con el micrófono.

Melissa no contestó a ninguna de las preguntas que le formularon. No conocía todavía el estado de Germán, no sabía si se encontraba bien o mal. Y respecto a la causa, no tenía intención de revelarla.

El trayecto que habitualmente habría durado apenas treinta segundos, se había convertido en un recorrido interminable. Pero al final llegó a la esperada puerta del hospital. Ella entró y los periodistas se quedaron fuera disgustados por no haber conseguido las jugosas declaraciones de la nueva novia del accidentado.

Una vez dentro, la joven se dirigió al mostrador de información.

—Buenas tardes. He venido a ver a un paciente que se encuentra ingresado en este hospital. —Melissa se dirigió a la trabajadora que se encontraba tras el mostrador de información—. Su nombre es Germán Domínguez.

—Buenas tardes. Déjeme ver... —la señora tecleó el nombre en su ordenador—. ¿Puede decirme su nombre? Le informo que el paciente tiene una lista de visitas muy restringidas. Si usted no se encuentra en ella, lamento comunicarla que no podrá subir a planta

—Mi nombre es Melissa Talso.

—Muy bien —agregó la mujer al comprobar de nuevo su ordenador—, su nombre se encuentra en la lista. Tome esta tarjeta —dijo mientras se la tendía—. En caso de que algún trabajador se la pida, deberá enseñársela. Con esta tarjeta, podrá venir a cualquier hora del día. No será necesario que cumpla estrictamente el horario de visitas. Por cierto, la habitación es la 286, segunda planta.

—Gracias. —Melissa cogió la tarjeta que le tendía la mujer del mostrador de información.

—De nada —le contestó la señora con una sonrisa.

Melissa decidió no coger el ascensor y subir por las escaleras. Un agente doble lo es las veinticuatro horas del día. El ascensor es un sitio peligroso en caso de ataque y sin posibilidad de escapatoria. No podría defenderse sin ver expuesta su tapadera. Las escaleras, habiendo ascensor, eran menos transitada, por lo que las probabilidades de ver desmantelada su tapadera en caso de ataque disminuían considerablemente.

Melissa comenzó a subir las escaleras. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta del primer piso esta se abrió. El hombre que entró metió su mano derecha en el interior de su chaqueta. Ese movimiento la alertó. El hombre no la miró pero la joven no sabía si no la había visto o era una mera actuación. Melissa decidió subir las escaleras que la separaban de él corriendo para interceptarlo. El señor se percató de su presencia y se sobresaltó al tenerla a su lado. Melissa miró las manos del desconocido. Tenía un mechero y un cigarrillo en ellas. Al verlos le sonrió y él le devolvió la sonrisa. La mujer continuó subiendo las escaleras ante la falsa

alarma. Al llegar a la segunda planta, abrió la puerta y se internó en el pasillo. Cuando llegó a la habitación, llamó tímidamente a la puerta. Desde dentro, oyó una voz que la animaba a pasar.

—Buenas tardes —dijo Melissa al entrar en la habitación.

—Buenas tardes —respondió Borja y Elisabeth al unísono pero con dos tonos de voz completamente dispares. Mientras Elisabeth se alegraba de volver a verla, Borja, por su semblante, detestaba verla allí.

—Buenas tardes —contestó también Germán.

*¡Gracias a Dios!* pensó Melissa. Los daños que presentaba parecían de poca importancia. Un brazo escayolado y unas cuantas magulladuras repartidas por su cuerpo y su masculino rostro. Nada que un hombre sano y fuerte como él no pudiera superar en unas pocas semanas.

—¡Qué susto me has dado, Germán! —le inquirió Melissa—. ¿Cómo te encuentras?

La joven lo besó tímidamente en la frente, en una de las pocas zonas de su rostro que no presentaba magulladuras.

—He estado en mejor estado —Germán intentó sonreír pero el dolor se lo impidió.

—¿Cómo ha ocurrido el accidente? —se interesó Melissa.

—Al parecer, según la policía, el accidente fue provocado por el reventón de la rueda trasera izquierda de su coche. Esto hizo que chocara contra un semáforo — contestó Borja observándola fijamente intentando analizar su reacción.

—Entonces has tenido mucha suerte de solo acabar con unos cuantos huesos rotos —le dijo Melissa a su novio.

—Sí, eso parece. La policía abrirá una investigación por si existe alguna causa oculta. Entre tú y yo —agregó Germán en voz baja—, creo que la causa de que abran dicha investigación son las paranoias de mi padre. Cualquiera se atreve a contradecir sus ordenes.

—Germán —le cortó su madre—, tu padre esta solamente preocupado por tu seguridad. No está de más que se abra esa investigación. Si el accidente fue provocado puede que vuelvan a intentarlo y en consecuencia toda la familia puede estar en peligro. A veces vale la pena ser precavido.

—Hijo, si quiero que abran la investigación es porque tengo mis razones  
—contestó Borja apoyando las palabras de su mujer.

—¿Crees que el accidente ha podido ser un sabotaje? —preguntó Melissa a Borja mientras le retaba con la mirada.

—Podría ser. A estas alturas no se puede descartar ninguna hipótesis  
—contestó el padre de Germán de forma fría—. Si ha sido así, encontraremos al terrorista y todo el peso de la ley caerá sobre él, de eso no me cabe la menor duda. Yo mismo moveré cielo y tierra para que eso ocurra, sea quien sea.

—No hagas caso a mi padre —dijo Germán a su novia—. Siempre cree que todo lo que pasa a su alrededor es causa de una conspiración, son las consecuencias de ser político. Cuando algo ocurre siempre intentan buscar la justificación más aterradora posible.

—Pero, ¿y si en realidad tu padre tiene razón y ha sido un sabotaje?  
—Melissa puso cara de preocupación al decir estas palabras.

—Querida, no te preocupes —la intentó tranquilizar Elisabeth—. Si verdaderamente ha sido un sabotaje, cogerán al responsable y sino, todo habrá sido producto de la mala fortuna.

—¿Te apetece tomar un café, Elisabeth? —le preguntó su marido que ya no aguantaba estar más tiempo en la misma habitación que Melissa. El hombre sospechaba de la novia de su hijo pero para desenmascararla, antes necesitaba pruebas.

—Sí, te acompañaré —le contestó ella—. ¿Quieres que te traigamos algo, Melissa?

—No, muchas gracias.

Cuando Elisabeth y Borja abandonaron la habitación, Melissa evaluó más detenidamente las lesiones de Germán. El choque había tenido que ser fuerte para provocar todo aquello.

—No te preocupes. Son solo un par de huesos rotos. Me curaré. Podría haber sido mucho peor. He tenido mucha suerte.

—Siento tanto verte así...

—Cariño, tú no tienes la culpa de que yo me encuentre así. Ha sido un simple accidente. Las cosas pasan. Los accidentes ocurren, así es la vida. ¿Sabes qué es lo que más siento de todo esto?

—¿Qué? —quiso saber Melissa.

—Que no voy a poder recibir hoy mi regalo.

Al principio, Melissa no sabía a que regalo se refería, pero cuando calló en la cuenta, no pudo contener la risa.

—Serás tonto. Podrás canjear tu regalo cualquier otro día. No seas impaciente. Cuando salgas de aquí te compensaré, te lo prometo —la mujer lo besó tiernamente en los labios con miedo a poder hacerle más daño del que ya le había causado.

## Capítulo 22

Miguel entró en el salón donde su jefe se encontraba sentado saboreando un whisky escocés. El hombre miraba el contenido de su vaso mientras giraba la copa. Le fascinaba observar los cambios de color de aquel exquisito líquido, nunca se cansaba de contemplarlo.

—No puedo dejar de maravillarme con los colores de este whisky y con el exquisito aroma que desprende. ¿Quieres tomarte una copa conmigo, Miguel? —el hombre ni siquiera despegó su mirada de la bebida para hablar.

—Será un placer, señor —contestó este.

El hombre posó su vaso en la mesa auxiliar y se dirigió a una pequeña barra. Allí cogió un vaso y sirvió el preciado líquido. A continuación, le entregó la bebida a Miguel y se sentaron en dos sofás enfrentados. El misterioso hombre recuperó de nuevo su preciado tesoro entre sus manos.

—¿Cómo has venido tan pronto de Ximar? La verdad es que no esperaba ni siquiera verte antes de mi regreso a Panaz.

—He decidido venir antes porque he conseguido información de gran relevancia para usted, señor. Una información que supongo le entristecerá profundamente —contestó Miguel.

—A estas alturas ya estoy curado de espantos, Miguel. Pero adelante, revélame esa información.

—Hoy he corroborado nuestras peores sospechas, señor. —Miguel dio un largo trago a su vaso.

—¿Tan grave es?

—Sí. Hoy la he visto cara a cara e incluso la he visto en acción. Es muy buena, señor. Colocó un explosivo en el coche de su propio novio sin que nadie se percatara de ello. Incluso yo mismo dudé de ello, hasta que minutos después la rueda de ese coche explotó sin motivo aparente.

—¿Atentó contra su propio novio?

—Para ella no es amor, es simplemente una misión. Está más que claro, señor.

El hombre saboreo pausadamente su whisky.

—Esta claro que es la peor noticia que podía recibir pero estaba dentro de las posibilidades que barajábamos. Se ha convertido en lo mismo que destrozó nuestra familia y todo por mi culpa.

—No, señor. Usted la buscó pero hasta ahora nos había sido imposible hallarla.

—Tuve que haber aunado más en mis esfuerzos.

—Lo importante es que ya la hemos encontrado.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí. He tardado más de lo necesario pero prefería no arriesgarme a que me descubriera. Tuve que implantar cámaras por prácticamente toda la ciudad para conseguir seguirla hasta su casa sin que se diera cuenta. Es metódica y se cerciora reiteradamente que nadie la siga a los sitios a los que va. Pero también comete errores, es humana.

—¿Qué tipo de errores?

—Ayer unos hombres intentaron asaltarla a ella y a una de sus ayudantes en la zona oeste de la ciudad. No dudo en enfrentarse a ellos delante de su empleada a pesar de que su tapadera fuera revelada.

—¿Resultó herida?

—Sí, pero por como se movía hoy no fue gran cosa. Lo mejor de todo es que también sé dónde se encuentra la base de operaciones de la organización Águila.

—¡Vaya, vaya! Eso es una gran noticia, Miguel. ¿Dónde?

—En el edificio Plaza, en el pleno centro de la ciudad. Es una localización increíble.

—¿Cómo has conseguido esa información? Los integrantes de la organización deben guardarla con recelo.

—Melissa entró en el garaje de ese edificio herida. Su ayudante se fue y ella no salió de allí sino que se metió en el ascensor y desapareció hasta hoy que reapareció en su oficina totalmente recuperada. Ella entró en el ascensor y no salió en ninguno de las plantas del edificio. Eso solo puede significar que la base de la organización Águila se encuentre en un nivel

inferior al garaje.

—Bien. Debes seguir siendo su sombra sin que ella se entere.

—Si usted quiere ya estamos en disposición de revelar su existencia. Puede que ese hecho lo cambie todo.

—No, todavía es pronto y no creo que esté preparada para toparse con esa realidad. De momento debes seguir investigándola y siendo su sombra. Muy pronto volveremos con ella a Panaz, muy pronto, pero todavía no ha llegado ese momento. —El hombre dejó su vaso en la mesa auxiliar y se levantó de su sillón—. Mañana a primera hora volveré a Panaz. Tengo negocios que atender y no puedo posponerlos más tiempo. Siento que tu estancia aquí se alargue más de lo que previmos. Debes echar mucho de menos a Sara.

—No pasa nada, señor. —Miguel se metió la mano en su cazadora y sacó un sobre que le entregó al misterioso hombre—. ¿Podría hacerle llegar esta carta a mi chica?

El hombre sonrió y cogió el sobre entre sus manos.

—En cuanto pise Panaz se la haré llegar, no te preocupes. Sara tiene mucha suerte de haberte encontrado.

—No creo que ella piense lo mismo al recibir esa carta. Ambos habíamos previsto pasar juntos este fin de semana.

—Cuando vuelvas a Panaz la compensaras. Sara es una mujer comprensiva. Buenas noches, Miguel.

—Buenas noches, señor.

El hombre abandonó el salón dejando a Miguel completamente solo con su vaso de whisky. Melissa le fascinaba, era una mujer fuerte, guerrera, altiva, guapa e incluso graciosa. Poseía una sonrisa que conseguía iluminar cualquier estancia. Pero los sentimientos no la paraban, no había dudado en poner una carga explosiva en el coche de su novio. Les había observado durante días y se vislumbraba que entre ellos había atracción, pero parecía que aquello no era suficiente para pararla. Era un soldado cien por cien entregado a su misión y los sentimientos parecían que no eran suficiente obstáculo para frenarla. ¿Estaría perdida o podrían salvarla de ella misma? Tenía una misión complicada por delante, pero adoraba los retos y aquel era uno.

## Capítulo 23

## Capítulo 24

Melissa se encontraba trabajando en un proyecto cuando el teléfono de su despacho comenzó a sonar.

*Rin, rin...*

—Sí, ¿Marlene? —contestó Melissa sin despegar los ojos de su ordenador.

—Hay un cliente que quiere verla.

—No recuerdo que hoy tuviera ninguna cita concertada con ninguno  
—agregó mientras miraba rápidamente su agenda.

—No, no tenía ninguna. Se trata de un cliente nuevo.

—Bueno, si es así, hágale pasar, Marlene.

*Toc, toc.*

Tras llamar a la puerta, Marlene la abrió. Melissa mientras tanto se levantó de su sillón y fue a recibir a su nuevo cliente.

—Adelante, Francisco —dijo Marlene para animar al cliente a pasar al despacho de su jefa.

—Buenos días, Francisco. Marlene, puedes retirarte, muchas gracias  
—agregó Melissa—. ¿Quiere tomar algo, un café, una copa?

En ese momento, Marlene cerró la puerta.

—Buenos días, Melissa. Un café estará bien, gracias. Por cierto, tienes mala cara.

—Llevo un par de noches durmiendo fatal. Apenas consigo conciliar el sueño —contestó la mujer mientras se dirigía a la zona bar de su despacho. Una vez allí, cogió dos tazas de café y las puso en la cafetera.

—Es normal cuando duermes en el sofá de un hospital. —Francisco se sentó en uno de los sofás de la zona de descanso del despacho de Melissa.

—Yo...

—No tienes porque darme ningún tipo de explicación, Melissa —le cortó él antes de que intentara disculparse—. A fin de cuentas, tienes que darle ahora más que nunca fuerza a tu tapadera. Y que mejor para ello que

estar al lado de tu novio en estos momento difíciles para él.

—Francisco, necesito abandonar esta misión. Me estoy implicando demasiado en ella. —Melissa cogió las dos tazas y las puso sobre la mesa de café. Antes de sentarse cogió un plato con pastas y bombones y lo añadió a la mesa. Melissa tomó finalmente asiento en el mismo sofá que Francisco—. La misión me está superando. Nunca pensé que ocurriría pero ha pasado. Necesito tomar perspectiva.

—Estás más que preparada para terminar esta misión. Si abandonas, todo lo que has hecho hasta ahora no habrá servido para nada. Nos costará años volver a llegar donde nos encontramos ahora. ¿Crees que no entiendo por lo que estás pasando? Te equivocas, conozco perfectamente tus sentimientos.

—Yo... —intentó intervenir la mujer sin éxito.

—No me interrumpas, por favor —le volvió a cortar Francisco—. He venido hasta aquí para contarte algo, algo revelador, algo que te ayudará a tomar perspectiva como tú necesitas en estos momentos.

—De acuerdo —le contestó Melissa a la vez que asentía.

—Hace veinte años, mas o menos, yo estaba en una situación muy parecida a la que te encuentras tú ahora. Por aquel entonces, me ordenaron una misión bastante similar a la que tú te enfrentas ahora. En mi caso, para más inri debía seducir a una mujer casada. Me costó mucho conseguirlo. La señora en cuestión estaba muy enamorada de su marido eran, por así decirlo de alguna manera, almas gemelas. Su marido trabajaba mucho y apenas pasaba tiempo en casa pero eso no impedía que entre ambos existiera una química especial. Tuve que tramar muchas argucias para que al final cayera en mis brazos. Pero no solo calló ella, sin querer también lo hice yo, como me temo que a tí también te ha ocurrido. —Francisco paró su relato, y tragó saliva—. Cuando mi jefe me comunicó que debía eliminar a la familia entera, creí que el mundo se me venía encima. No podía dormir, la comida no me entraba en el cuerpo. Pensé en como poder escapar, en como podía abandonar la organización, pero no sólo, sino con ella a mi lado. Por más que me exprimí los sesos en su momento, no conseguí encontrar ninguna escapatoria. En ese preciso momento me di cuenta que todo lo que era, se lo debía a esta organización y que en realidad, si no hubiera sido por la misión, no hubiera conocido a esa maravillosa mujer. Pensé en negarme a ejecutar la orden, pero sabía que solo conseguiría que enviaran a otro a realizarla. También se me pasó por la cabeza contarle a esa mujer quien era, a que me dedicaba, porque había verdaderamente irrumpido en su vida y que se viniera conmigo para así poder salvar su vida. Pero no me atreví. ¿Qué reacción iba a tener tras contarle que nuestra relación había sido premeditada desde un principio? ¿Cómo se tomaría que nuestros primeros

encuentros no hubieran sido casuales sino premeditados? Piensa en ello tú también, Melissa. ¿Cómo crees que se tomaría Germán vuestra verdadera situación? Tu vida está construida sobre un castillo de arena aunque no te guste admitirlo. La única verdad que conoces, es la organización.

—Melissa procesaba las palabras de su jefe—. Déjame darte un consejo. Los demás pueden darte la espalda, la organización nunca lo hará, siempre estará aquí a tu lado. Todos formamos una gran familia.

—Francisco cogió la taza de café y se la bebió de un trago—. Bueno, voy a dejarte a solas para que pienses en todo ello. Reflexiona. Piensa con quien debe estar tu lealtad. —Francisco se levantó del sillón—. Y Melissa, por favor, descansa. Necesitas estar al cien por cien para continuar con la misión. Muy pronto tendrás objetivos nuevos que cumplir y estamos muy cerca de que todo esto termine. Confía en mí. Solo has de aguantar un poco más. Ahora he de irme.

Francisco se dirigió a la puerta para abandonar el despacho.

—¿Al final que le ocurrió a esa mujer? —Melissa estaba intrigada por el final de la historia—. ¿Terminaste tu misión como te ordenaron?

Francisco se paró en seco al oír esas preguntas y se giró para contestar.

—Al final comprendí que las misiones de la organización siempre deben ejecutarse y están por delante de cualquiera de nuestros sentimientos. Si no lo hacía yo, lo haría otro. Al menos yo lo hice de una forma en que sufrió de la menor manera posible.

—Muchas gracias por esta conversación tan reveladora. Gracias, Francisco.

Francisco abandonó finalmente el despacho de la mujer dejándola sola, sentada en el sofá y procesando silenciosamente las palabras que le acaba de decir Francisco con la taza de café entre sus manos. Su jefe tenía razón, si ella no continuaba con aquello, otro agente lo haría. Al menos así ella podía decidir como y cuando se harían las cosas.

La visita de Francisco le había dado mucho en qué pensar. El jefe nunca, o casi nunca, visitaba a sus agentes en sus trabajos tapadera. Una de las premisas de la organización era que nadie confraternizara fuera de la base. La conversación que habían tenido, estaba claro que se saltaba completamente dicha norma. ¿Intuía Francisco que Melissa comenzaba a tener sentimientos especiales por Germán? Ella estaba confundida. Si

había percibido que cuando la madre de este le había llamado dándole la noticia, algo dentro de ella se había alarmado y cuando comprobó que tenía solo daños menores, ese algo, se había relajado. ¿Era eso lo que preocupaba a Francisco? Melissa nunca antes había sentido aquello por nadie a excepción de por un agente de la organización.

Melissa fue acogida por la organización tarde respecto al ingreso normal del resto de sus compañeros. Mientras sus compañeros prácticamente desde que nacieron fueron instruidos para ser agentes, ella comenzó sus entrenamientos cuando ya tenía diez años.

Ella no recordaba nada antes de sus siete años de edad lo que le resulta raro ya que toda persona tiene algún que otro recuerdo de sus cuatro, cinco o seis años, pero ella no. Solo recordaba que un día sus padres desaparecieron de su vida, pero ni recordaba el motivo, ni sus caras, ni nada que tuviera que ver con ellos. Solo recordaba lo que la había contado la asistente social del orfanato, que sus padres la habían abandonado en un parque. Si no hubiera sido por Francisco, no sabía que habría sido de ella.

Durante muchos años intentó por todo los medio recuperar la memoria anterior a sus siete años. Acudió a psicólogos e incluso a parapsicólogos para encontrar el modo de recobrarla pero no tuvo nunca éxito. Según la mayoría de los profesionales que había consultado, esa falta de memoria era causada por su propio cerebro. Fue la válvula de escape que tuvo en su momento para olvidar el trauma que le había causado el abandono de sus progenitores.

Según la historia que le contaba siempre Francisco, él la encontró sola en el parque Oeste de Ximar. Según los indicios de la policía, sus padres la habrían llevado al parque para abandonarla allí a su suerte. Francisco la había encontrado ya de noche cuando sacaba a su perro a pasear. Al verla sentada en uno de los bancos sola, como esperando a alguien que nunca llegaba y tiritando, no dudo en ir a preguntarla que hacía allí sola a aquellas horas. El hombre al comprobar que ningún adulto se encontraba en el parque, la cogió de la mano y la llevó a la policía.

Francisco nunca perdió su pista. Siempre que podía iba a visitarla al centro de acogida donde la habían llevado. Melissa al ver a alguien conocido, se le iluminaba el rostro. El hombre, con el tiempo, consiguió que la cambiaran de centro. Más tarde Melissa supo que era uno de los centros de menores pertenecientes a la propia organización. Un centro que el grupo utilizaba para nutrir sus filas.

Melissa, a pesar de comenzar sus entrenamientos tardes, no tardó en llegar al nivel de sus compañeros. No era una niña estándar, era perseverante, lista y con unas ganas increíbles de superarse a sí misma día a día. Aún así, para conseguir llegar al nivel del resto, tuvo que echar

muchas horas extra de duro entrenamiento. Francisco para conseguir que llegara al nivel de los demás reclutas, no dudo en llevarla a casa de dos agentes de la organización. Así, además de la instrucción en el centro donde seguía acudiendo para recibir clases, la niña recibía clases extras en casa por parte de la pareja que ejercían de padres adoptivos.

Poco a poco, se fue ganando un hueco en la organización y en cierta forma, como decía Francisco, le debía todo. Sin ella nunca podría haber estudiado la carrera de arquitectura y haber conseguido llegar al estatus en el que ahora mismo se encontraba. Tenía un estudio de arquitectura de éxito, una casa increíble y todo con tan solo veintiocho años.

Muchas veces, cuando Melissa iba a correr por el parque Oeste y veía jugar a los niños con sus padres, añoraba esa clase de cariño que nunca tuvo. Para ella las figuras paterna y materna nunca habían existido y si tenía que catalogar a alguien en ese estatus, ese había sido Francisco. Él la había recogido aquel día en el parque, él la había acogido en su organización y ahora ella no podía darle la espalda abandonando la misión que le había encomendado.

Francisco tenía razón, su relación con Germán estaba construida sobre un castillo de arena. Si no hubiera sido por la misión, nunca lo habría conocido. La única verdad para ella era la organización y así debía seguir siendo. Además, a Melissa le gustaba lo que hacía, su trabajo tapadera, su vida como agente en la sombra... No se le había pasado por la cabeza abandonarlo todo como a Francisco por su relación con Germán, ¿o sí? ¿Qué sería de su vida sin poder ejercer la profesión que tanto la gustaba? En realidad, ¿estaba preparada para dejarlo todo por amor? En una ocasión, lo había estado, ¿podría ocurrir ahora de nuevo?

*Toc Toc.*

Las llamadas en la puerta la bajaron rápidamente al planeta Tierra.

—Adelante —contestó Melissa a modo de respuesta.

La puerta se abrió y entró Marlene.

—Siento importunarla, pero mientras tenía esa reunión con ese cliente, Borja le ha llamado para concertar hoy mismo con usted una comida.

—¿A qué hora y dónde tengo esa comida?

—Dónde no me lo ha dicho —Melissa la miró extrañada—. Solo me informó que pasaría a buscarla a las dos de la tarde.

—Perfecto. —Melissa le indicó con la mano que se marchara.

Cuando Marlene cerró la puerta, Melissa miró su reloj. La una y media. No podía ir a la base a informar de esa repentina comida y tenía un presentimiento de que algo malo podía ocurrirla.

Sacó su móvil y llamó a la persona que creía que podía ser su mejor baza. Contestó al primer tono.

—¿Melissa?

—Hola Roberto. Quería saber si me podrías hacer un gran favor cubriéndome las espaldas.

—Claro, eso está hecho. ¿Cuándo necesitas mi apoyo? —quiso saber Roberto.

—Dentro de media hora. ¿Tendrás tiempo para llegar al edificio Plaza?

—La verdad es que sí. Estoy muy cerca de allí. No tendré ningún problema para llegar a tiempo.

—A las dos me vendrá a buscar un coche —le informó Melissa—. Síguelo.

—No te preocupes, seré tu sombra.

—Gracias de antemano, Roberto.

—De nada, Melissa. Para eso estamos los compañeros.